

LUZ ROS

*La historia
de una criatura
de la lluvia*





La historia de una criatura de lluvia

Luz Ros

Click Ediciones

Diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la portada, Shutterstock

Luz Ros, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08 034 Barcelona (España).

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21 007-8 (epub).

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Sólo pensar en ella te produce desazón, sin ningún motivo aparente, aunque tú sepas realmente por qué te la produce. Y, aunque todo esto puede parecer contradictorio, el caso es que, una vez conoces algo sobre ella, ya es imposible poder olvidarla, sólo quieres saber más.

Tratas de entender, tratas de encontrarle significado a las cosas que suceden, pero tal vez no tengan significado. El mundo ya no es igual. En realidad, es tu apreciación del mundo lo que cambia. Cambia tu realidad y la forma en que la miras, en que la vives. Un agujero se abre ante ti y sabes que eres tú el que debe llenarlo, pero no consigues el material o las piezas para conseguirlo, por lo que te da miedo que el agujero siga delante de ti.

*Para Juan,
por siempre.
Para Juan y Lara,
mi vida.*

Prólogo

Vas a conocer enseguida a Mónica y La Vintage, una cafetería especial y casi mágica.

Vas a tener que descubrir a Ela, dudar a veces y sentir casi siempre, hasta que su incógnita se desvele hacia el final de la historia..., o no.

Y, sobre todo, te aseguro que te engancharás hacia la página...

Pero vamos a empezar por el principio, ¿no crees?

Iban dos y se cayó el del medio.

«¿Y eso tiene que ver con la historia?», te preguntarás.

Pues algo, pero muy poquito, la verdad.

Pero por algo hay que empezar...

Iban dos y se cayó el del medio. Que sí. Que el del medio se cayó. El caso es que «alguien» se cayó...

Una caída de esas de ir al hospital y análisis y placas y horas y horas y todo eso.

¡Ah! Por cierto, el del medio era la del medio. Y se cayó.

—¿De dónde cayó?, ¿del segundo piso?

—Pues un poco más alto, más arriba.

—¿Del sexto?

—En realidad, cayó del cielo.

—¿Qué?

—Que cayó del cielo. Con la lluvia, exactamente.

¿Que si es un ángel? Pues no, la verdad, de eso no entienden arriba ni yo tampoco. Los ángeles suenan a buenos y santurriones...

Técnicamente, se trata de una criatura de la lluvia.

—¿Y eso qué es?

Pues eso es lo que vamos a contarte: la historia de una criatura de la lluvia.

Principios de agosto, tras un mes de julio pesado, pesado de calor. Mónica va por la calle sudando y de repente se forma una tormenta. Y cae una criatura de la lluvia. Pero, claro, eso Mónica aún no lo sabe. Me refiero a que no sabe que ha caído ni qué es una criatura de la lluvia. Lo típico..., hadas, duendes, elfos, sirenas..., cosas de ésas. Bueno, y también vampiros y hombres lobo, por tanto, libro crepuscular.

¿Qué? ¿Que quieres saber qué es?

Pues, querido lector, vas a tener que esperar, porque toda historia comienza por el principio,

que puede ser lo mejor... o no, igual que el final.

Capítulo 1

Todo comienza

Voy de camino a la cafetería donde trabajo como camarera, cocinera, limpiadora, psicóloga, cajera, reponedora, contable... Sí, mi nombre es Mónica y soy la señora dueña del local, con sus pros y toodos sus contras. Para qué te voy a contar cómo estamos los autónomos en España..., pero, en fin, no me quiero quejar, que tampoco sé cómo están en otros lares. Como decía: primeros de agosto y yo de camino a la cafetería, pensando en que estos zapatos me van a molestar de aquí a un rato.

¡Inocente de mí! Que ése fuera el mayor de los problemas. Aquel mes de agosto no tenía ni idea de lo que me esperaba, ni lo que me esperaba tenía idea de mí.

Ela cayó cual pesado fardo en medio del trocito de césped que había en el parque infantil de las afueras. En un primer momento disfrutó del color verde del césped, de su textura, de cómo guardaba las gotas de lluvia, la humedad de la tierra, esponjoso, frío, fuerte y delicado..., hasta que todo el cuerpo le empezó a doler dolorosamente amargamente profundamente, sin saber qué parte del cuerpo era la que no dolía, porque no parecía que hubiera alguna que no doliera o fuera a doler. Añadamos, además, que experimentar un cuerpo nuevo de esta forma, así tan de golpe y golpes, es una de las peores maneras de empezar. Aunque, desde luego, le hizo notar cada una de las partes de aquel delicado cuerpo.

Coger aire, suspirar, gemir de dolor. Así no había pensado Ela empezar en la tierra. Ella quería que sus primeros sonidos fueran dulces, ¿angelicales?, equilibrados, armoniosos..., al menos al principio, porque con la práctica ya vería cómo cambiar las cosas..., jejeje. Pero no, sólo salían lamentos y parecía más un perro apaleado que ninguna otra cosa.

Cruzó la calle y... ¡vaya! O ¡caramba! Ahí estaba el hospital.

—¡Qué casualidad! —dijo mirando hacia arriba hacia el cielo o más allá, pero enseguida bajó la mirada por el dolor que le supuso estar en esa postura. Bueno, tampoco era momento de despreciar la ayuda.

Horas después, estaba en la puerta con unos cuantos papeles, un brazo enyesado, moratones en las piernas y una tirita en la cara. No había más que pensar que era su día de suerte.

Aunque Ela no tenía experiencia en caídas desde arriba ni sabía de nadie que hubiera caído

con anterioridad, decidió mirar las cosas con optimismo, concluyendo en pensar que el comienzo había ido muy bien.

Pero, dado que era inquieta, sentía en su interior que ya llevaba bastantes horas quietecita, sin hacer nada. Y esa desazón tenía que calmarla, porque no era buena. No, nada buena.

Un toquecito y el semáforo se pondría en verde y, ¡oh!, los peatones pasando. Frenazos, pitidos, gritos, ofensas. Ji, ji. Ya empiezo a pasarlo bien. Un poco de diversión, por favor.

Y, mientras decidía el siguiente paso que daría, volvió al parque, a desembarazarse de vendas, potingues, papeles, moratones, dolores grandes y pequeños..., hasta volver a ser ella misma.

La cafetería La Vintage luce una decoración muy cuidada con base *vintage* parisina, londinense y de casino español, con elementos eclécticos que la hacen muy especial. Vamos, un mezclaillo con mucho encanto.

¿Recuerdas los carteles donde se ponía el menú en la puerta de los bares, que imitaban a un cocinero con su gorro, casi a tamaño real? ¡Pues uno de esos tengo yo! A mí me recuerda a sitio turístico de los setenta, veraneo familiar, olor a salitre y bronceador de zanahoria..., a sensaciones de mucha vida. Me costó encontrarlo, pero ahora lo tengo aquí, junto a uno de los bojs que flanquean la puerta de madera acristalada, a la entrada de La Vintage.

Entras en La Vintage y entras a otro mundo donde todo tiene cabida, donde cabe relajarse, hablar con los amigos, diseñar un videojuego, montar un club de lectura, jugar a la Play... o tomar el té.

Un gran espacio con secciones diferenciadas.

Una gran biblioteca de suelo a techo, repleta de libros de todo tipo, en el rincón junto a la cristalera de la entrada, con sofás, butacas y lámparas de lectura. Junto a este rincón, escritorios antiguos de madera, restaurados; y, sobre ellos, los ordenadores más modernos y potentes que pude conseguir.

Sillones, sillas de colores, sofás, mesas y mesillas distribuidas por todo el local, donde cada grupo es un mundo, o un submundo, en el que se respira distinto, se crea, se transforma, se ríe, se llora, se lee, se investiga, se siente..., se vive.

Y lo más emocionante es ver a un joven de veintipocos años disfrutar comentando un libro con una señora de sesenta, que no sólo está disfrutando, está ganando vida.

O ver al típico friqui (cara al ordenador) que no se da cuenta de que le sonrío la tímida muchacha del fondo, que ha venido con sus amigas a tomar un batido.

Los ruidosos de todas las tardes, pero con esa energía que dan los diecisiete, dieciocho o más, que nunca se tiene bastante, que se quiere más, se vive más, se ríe más fuerte y más alto, se exagera, que son buena gente y animan hasta al más gruñón.

No puedo olvidarme de mis clientes fijos del café de la mañana. Cada uno (¡qué curioso!) tiene su sitio. Es como una tradición o un hábito sentarse cada día cada uno en su sitio. Si, alguna vez, por lo que sea, está ocupado, se quedan unos segundos indecisos, fuera de lugar, sin saber qué hacer o dónde sentarse, desubicados totalmente, porque aún no han comprobado que ver el mundo desde otra perspectiva, desde otro punto de vista, en otro entorno, te abre los ojos y la mente y puede que hasta el corazón.

Hasta a mí me descoloca que alguien nuevo ocupe un sitio «ya asignado». Pero me coloco mi mejor sonrisa, porque un cliente nuevo no sólo es un cliente nuevo, es una oportunidad única de

tener esa primera impresión que dicen que nunca se pierde.

Y yo, lo siento, pero disiento completamente, porque si las personas tenemos capacidad de cambiar, ¿cómo no van a cambiar nuestras actitudes y las impresiones que nos hacemos de otras personas que, a su vez, también pueden cambiar? Como decía William Blake, «el hombre cuya opinión nunca varía es semejante al agua estancada, y engendra reptiles en su mente». Pues eso.

Y, la verdad, crecemos constantemente, no sólo cuando somos niños, de mayores también estamos creciendo, aunque siempre tan ocupados que no nos damos cuenta.

Ya, ya lo sé. Vuelvo al tema.

Estábamos con un nuevo cliente. Un nuevo cliente que aún no sabe que saludar es gratis, que la sonrisa es gratis y que ser amable es gratis, que te pregunta que qué se puede comer... con sus ojillos de nuevo, con su nariz de nuevo, su boca de nuevo, su pelo o su no pelo de nuevo..., y que no es consciente de todo lo nuevo que es; no sabe todavía que al entrar en La Vintage todo puede ocurrir, lo imaginable y lo que no todo el mundo es capaz de imaginar, porque La Vintage no es tan sólo una cafetería, es... algo más.

Y ya no volverá a ser un cliente nuevo, porque aprenderá y aprenderemos de él, porque formará parte de este espacio y de este tiempo.

Deli. La indomable Deli. Camarera, compañera, trabajadora asalariada y, sobre todo, amiga.

¡Pero qué envidia tengo de Deli! Siempre tan mona, tan alegre, tan visceral, tan dinámica. Y ¿qué haría yo sin Deli? Tanto en la cafetería como fuera de ella.

¡Ahí va! A la zona de Ikea (la más moderna y funcional), donde los chiquillos se dicen cosas por lo bajo cuando la ven dirigirse hacia ellos. ¡A saber a quién le toca soltarle el piropo hoy! Y Deli, con su gracia y su sonrisa, hace reír a todos y se sale por la tangente tan mágicamente que además de siete cervezas le han pedido dos raciones de tapas. ¿Qué quieres que te diga? El negocio es el negocio. ¿O te creías que iba a ser todo filosofar...? Que hay que ser realista y ganarse el pan cada día, o las tostadas integrales.

Agario. Es el juego más adictivo del lugar actualmente. O sea, en este momento, lo que mola es jugar a Agario, con sus bolitas...

«¿Que no has jugado a Agario todavía? Pero, tío..., ¿tú qué haces por las tardes? ¿Estudiar?».

Es una conversación como otra que se oye al pasar, que te roza pero no te toca, porque en realidad no te interesa.

Un día, una de esas conversaciones me atrapó más segundos de lo habitual y me hizo volver por segunda vez a la mesa de la que provenía, en la que tres hombres hablaban en voz baja acerca de la leyenda de la lluvia o algo así. Y no sé qué de interesante tenía para mí esa conversación, pero hubo algo que resonó dentro de mí, como un «hip», un bamboleo interno, un no sé qué.

Su lenguaje corporal expresaba confidencialidad, secretismo e incluso cierto pudor; pero nada en su ropa, su aspecto o su pedido, tres cervezas y algo de picar, producía ningún impacto que reafirmara mi impresión.

Volví a pasarme por allí, rodeando la mesa y tratando de escuchar, y lo conseguí, aunque era como hablar con un móvil con poca cobertura, que viene y se va, viene y se va y frustra más que si no oyeras nada.

Dicen magia, maldad y bondad, lluvia, no puede ser, sensual, ya está aquí.

Me reclaman para otro pedido. Esta vez, batidos especiales. Y puedo asegurar que son muy

especiales, con frutas naturales, al momento y en vasos con forma de bombilla. Y es que en La Vintage todo es original y diferente o, por el contrario, antiguo y muy visto.

La incorporación más reciente en la cafetería han sido los *e-books*, principalmente para mis clientes lectores más veteranos, que me lo compensan cada tarde con pedidos de pastas, poleos y tés (algún día algún extra de pastelitos), porque ha sido un gran avance y un gran impacto para ellos poder leer sus libros favoritos con letra bien grande, para no dejarse la vista. ¡Viva la tecnología! Y pensar que hay gente que ha dejado de leer porque no puede ver las letras tan pequeñitas...

Ella pensaba que no podría caminar muy lejos. Sentía cosas confusas en su mente. Se mezclaban recuerdos, aprendizajes, ideas y proyectos. No sabía lo que era real. No sabía si vivía o si estar en la tierra realmente significaba vivir, ni lo que para ella en ese mismo momento significaba vivir, no tenía muy claro si sería lo mismo que pensaba ayer. En fin, que era todo muy confuso. Quizás lo más preocupante eran las ganas de Divertirse (sí, con mayúscula), de hacer travesuras, maldades, calamidades, tempestades, maremotos, tormentas, inundaciones..., ¡ostras, hasta tsunamis! Pero que fuera preocupante no era lo importante, porque para ella «preocupante» no era nada. Confuso, sí, todo, pero preocupante nada.

Por esta vez se conformó con una ligera llovizna que no llegó ni a formar charcos en el suelo. Lo «preocupante» ya llegaría.

Alejandro se sentía muy alarmado. La situación era muy controvertida y no sabía muy bien cómo reaccionar, cómo actuaría a partir de ahora y... ¡Mónica! ¡Dios mío, Mónica! Si Mónica se entera me mata, me mata. No habría forma humana de explicárselo, de hacérselo ver y que entendiera que todo había sido un error, que realmente no había pasado nada y nada iba a pasar.

Si se lo contara... Pero no, nunca, nunca más volvería a confiar en mí. Ni plantearme decírselo, pero soy tan gilipollas que se me nota, que no me lo puedo quitar de la cabeza. ¿Y Deli? No había vuelto a hablar con ella, ni tan siquiera se habían visto. ¿Estaría Deli tan preocupada como él? La verdad, Deli es mucho más desenfadada. Seguro que si se lo comento se reirá a carcajadas, le quitará hierro al asunto y quedaré aún más como un gilipollas. No, un gilipollas apaleado por tres partes: Deli, con su *laissez faire*; Mónica, con su monumental enfado sólo con que lo oliera, y yo con el mío propio por sentirme tan mal cuando en realidad no ha pasado nada. Y ¡ale!, a darle vueltas. Pero como se entere Mónica..., es que, es que... no sé.

Mejor me paso por La Vintage y que sea lo que Dios quiera.

Capítulo 2

Lo peor es que no se lo he dicho a nadie

No hay nada ni mejor ni peor que una criatura de la lluvia. Sólo pensar en ella te produce desazón, sin ningún motivo aparente, aunque tú sepas realmente por qué te la produce. Y aunque todo esto puede parecer contradictorio, el caso es que, una vez conoces algo sobre ella, ya es imposible poder olvidarla, sólo quieres saber más. Tratas de entender, tratas de encontrarles significado a las cosas que suceden, pero tal vez no tengan significado. El mundo ya no es igual.

En realidad, es tu apreciación del mundo lo que cambia. Cambia tu realidad y la forma en que la miras, en que la vives.

Un agujero se abre ante ti y sabes que eres tú el que debe llenarlo, pero no consigues el material o las piezas para conseguirlo, por lo que te da miedo que el agujero siga delante de ti.

Peter y sus hazañas erótico-festivas eran el tema de conversación de nuestra noche de chicas. Y es que, además de estar como un tren, según las fotos que nos enseñó Sonia en su móvil, nos hace babear y sentir una envidia corrosiva que, por supuesto, todas tratamos de ocultar, pero que flota en el ambiente, hasta que alguna hace un comentario chistoso, todas nos reímos y se descarga la tensión, para dejar que Sonia continúe su relato sobre sus espectaculares andanzas en la cama y fuera de ella.

Todas sabemos que durarán dos o tres semanas, como máximo dos meses, pero en ese intervalo aprendemos cosas que ni tan siquiera podríamos imaginar que pudieran ocurrir en la vida real, porque parecen sacadas más de una película porno o de un libro erótico que de la realidad, la de ir todos los días con prisas de aquí para allá, el trabajo, la compra... y no te digo lo que debe de pensar Lupe, mamá de dos niños pequeños.

Cuando salimos seguía lloviendo.

«Qué extraño —pensé—, ya lleva varios días lloviendo, así da gusto».

En ese momento la lluvia aún parecía beneficiosa, limpiadora y energética.

Un gran caos se formó en el centro de la ciudad cuando empezó a salir agua como si fuera un géiser de varias alcantarillas.

En pleno mes de agosto, con las plantillas de trabajadores bajo mínimos (dado que en agosto sólo trabajan los nuevos y el pobre al que le ha tocado pringar porque alguien debe estar de

guardia), la papeleta que se les presentaba era considerable. Y sin tener a quién recurrir, porque en agosto no trabajan ni técnicos ni ingenieros, y no subas más en la cadena porque los mandamases están desaparecidos del mapa. Así las cosas, los pobres operarios trataban de hacerse con la situación intentando, al menos, detener el agua que salía a borbotones no se sabía muy bien de dónde ni, sobre todo, por qué.

Así que el panorama era... el caos. Nadie era capaz de encontrar la causa de aquel gran escape de agua, que había empezado a inundar las calles de forma tan repentina y caótica, pues todo el sistema de tuberías y alcantarillado parecía perfectamente conectado y en condiciones como para funcionar normalmente. No era nuevo, desde luego, tendría más de treinta años, probablemente muchos más, pero aún podía tirar.

Con suerte consiguieron (aún no se sabe muy bien cómo) parar el torrente de agua escupido por las entrañas de la tierra, por el inframundo bajo el mundo del asfalto, que anegaba las aceras y empezaba a amenazar con entrar en comercios y sótanos. El agua dejó de brotar y todo volvió a la normalidad.

—Señorita, un café, por favor.

—Por supuesto. Enseguida se lo traigo. ¿Quiere acompañarlo con algún dulce?

—No, sólo café. Gracias.

Vaya. Un cliente de los educados, de los que saben y utilizan bien la educación. Que los hay que la conocen y, por eso mismo, no la utilizan.

Desgraciadamente, La Vintage no va a aguantar tan sólo por un café educado.

Toda la ilusión, todo el encanto y el tiempo invertido en crear este lugar acogedor hasta hacerlo más acogedor que la propia casa; llegar a construir un lugar único, precioso, como un tesoro que hay que sacar para verlo, tocarlo, sentirlo, que te lleva a imaginar grandes y pequeñas aventuras en las que pasa de todo, o no pasa nada y estás plácidamente sentado leyendo un libro mientras te tomas algo; conseguir un sueño dentro de su propio sueño... todo ello llegaba a su final.

Tantos sueños (y pesadillas) invertidos en este local, donde cada rincón lleva a una vivencia.

Tantos billetes milimetrados por metros cuadrados, por bolsitas de azúcar, por lámparas, por libros, por equipos informáticos, por cocacolas y botellines de agua.

Tantas monedas estiradas hasta el infinito y repartidas cual lluvia de estrellas por las facturas de la luz y demás familiares, como tíos o primas terceras que son todos los gastos necesarios e *impepinables* para poder abrir La Vintage cada uno de los días. O incluso sin abrir, los gastos se reproducen sin fin, como si quisieran jugar con el símbolo del infinito.

Es el último hálito. Y digo esto con los ojos llenos de lágrimas, que no contengo, que salen a borbotones con una intensidad y con un sufrimiento pesados, casi materiales, aunque rebozen agua.

No puedo ni quiero imaginar la vida sin La Vintage, porque es mi mundo. Mi Mundo con mayúsculas. Y si mi mundo se desvanece, ¿dónde quedo yo? Vagando en la nada, un noser, porque existir existiré mientras tenga mi DNI, me exijan soluciones y me presenten números y cifras para reclamar deudas; pero yo no estaré, ya no seré yo, porque La Vintage no estará. Mi mundo se desinflará como un globo sin nudo, chirriando.

¿Y los clientes? ¿Qué será de sus vidas? Por supuesto, se repondrán y encontrarán otra cafetería en la que invertir su tiempo, pero seguro que no será una inversión, será un gasto café

tras café, porque el aura de La Vintage no podrá acompañarlos ya. Se habrá esfumado molécula a molécula y, tras la niebla, nada quedará.

Y éste es el panorama actual en este mes de agosto en el que, por no haber, ni nos visitan los mosquitos. Menos mal que el agua no ha llegado a entrar, porque empezaba a preocuparme por cómo iba subiendo el nivel en la calle y ya me veía con escobas para achicar, mochos para recoger e intentando poner todo a cubierto. Parecía que allí nadie sabía muy bien qué hacer para detener el agua y más agua que seguía saliendo y, lo peor, parecía que no tuvieran ni la más remota idea de dónde procedía. Menos mal que no ha entrado. Sí, buscar lo positivo en las situaciones a veces consuela algo. Algo, muy poquito.

Mientras el calor derrite todo en el exterior (incluso con el derroche de agua), aquí dentro, los objetos, cada silla, cada mesa, la barra, los libros... me dicen cosas que no sé descifrar. Intento entenderlas y para ello los toco, los acaricio, observo, pienso, porque tal vez ellos tengan la solución a todos los problemas.

Pero su idioma no está especificado en ningún diccionario internacional. Su lenguaje fluye con las ondas, es la energía de la cafetería que gira en espirales alrededor, por arriba y por abajo, en las columnas, llega hasta los sillones y da la vuelta, juguetea rodeando las mesas y pasa entre los libros como un suspiro.

Y, tras la barra, pongo toda la atención en seguir y perseguir ese flujo, pero se me escapa porque la situación me desborda y ya no puedo pensar en otra cosa. Me temo que aguanto hasta fin de mes y no tendré más remedio que cerrar.

Lo peor es que no se lo he dicho a nadie. No tienen ni idea. Tendré también que enfrentarme a eso y pensar en la manera de decirlo.

—Llevo un día aquí y ya no sé qué hacer ni dónde meterme. ¡Estoy que me subo por las paredes! —saluda Lupe, mientras me da dos besos, descarga sus bolsas y envía a sus hijos a trastear con la Play, todo a la vez—. ¡Es que no hay quien pueda con ellos!

Entre resoplidos, pero entre sonrisas también, se para y me mira con atención, porque aún no me había ni visto, como quien dice.

—¿Estás bien, cariño? —me dice poniendo su carita escrutadora.

Y yo ya sé que a Lupe, madre de dos hijos y, por lo tanto, con un olfato que ni el más fiero animal de la selva y una intuición que ya quisieran los mejores adivinadores y médiums, no voy a poder ocultarle nada, aunque lo intente.

—¿Qué ha pasado por aquí mientras yo estaba de vacaciones con los mocos? ¿Qué me he perdido? ¿Te ha pasado algo? ¿Has estado llorando? ¿Dónde está la librería azul? Pero ¡qué chula esta lámpara!... ¿de qué tiene forma?, ¿de flotador? A ver, dime qué pasa.

Sí, había vuelto la agotadora Lupe. A veces entendías por qué sus hijos parecían tan revoltosos. Con una madre así, ser calladito y bueno está fuera de lugar.

—Aquí todo igual, Lupe. Tienes que contarme qué tal tus vacaciones por Alicante —pequeño intento de esquivar por mi parte.

—Ya, ya..., pero dime, ¿qué te pasa? Has estado llorando. Eso no me lo puedes negar, que yo te lo noto. Ahora ya estoy aquí y sabes que puedes contármelo. Te escucho —dice ella, con actitud de disposición total, total.

Y claro, todavía no tengo un guion preparado para amortiguar el golpe de mi fracaso y caída en desgracia. Un guion para amigos, familiares y empleados. Una argumentación ensayada que

expresé, con la mayor objetividad posible y sin grandes algarabías, que La Vintage va a cerrar. Un discurso que lo enuncie ocultando el dolor que traspasa por dentro, que quema y hunde.

Tendré que elaborar otro para los clientes. Me gustaría despedirme de ellos con una sonrisa y que su última consumición en La Vintage la recordaran de la forma más grata posible; o más bien, que ese día fuera como uno más, como cualquier otro día en que vienen y dejan parte de ellos y se llevan parte de La Vintage y de todos los que estamos o hemos estado aquí.

—Lupe. Si no hay un milagro, voy a tener que cerrar La Vintage. —¡Olé yo!, tan directa, sin más, ni guion ni argumentación ni *ná de ná*.

—¡Oh! ¡Cariño! —Expresa ella acercándose a mí y dándome un abrazo caluroso de agosto, pero acogedor y amigable.

Y ya no hay más que hablar, porque Lupe, no sé cómo, sabe que ahora mismo no es el mejor momento para hablar, que todavía no estoy preparada y que realmente no me apetece y, pues eso, que no hay más que hablar.

—Prefiero que no lo digas aún por ahí, por favor —añado, por si organiza una de las suyas llamando a todas para que vengan a rodearme con su apoyo, sus intentos de solucionarlo, sus propuestas o simplemente para estar.

Y no, la verdad, hoy no me siento con fuerzas para soportarlo.

Y veo a la niña de Lupe y me gustaría ser ella. Volver a ser niña y no tener problemas ni preocupaciones, como mucho la de cómo evitar al pesado de mi hermano. Ser una niña todavía sin la conciencia de lo que es ser mayor, tener ganas de serlo, por esa misma inconsciencia, pensando que hacerse mayor es como entrar en un mundo nuevo. Me dan ganas de decirle que, en realidad, el mundo es nuevo ahora para ella, porque es ahora cuando lo está descubriendo. Después es el mismo y no cambia. En realidad, hay poco que descubrir.

Uyyy... ¡qué negativa estoy!

Como no pase algo que me haga romper la cadena de pensamientos que se me ha pegado como si fuera un ente independiente que me agarra, acabaré de nuevo tirando el río por los ojos y, por hoy, creo que ya están bastante enrojecidos. Pero es que me siento tan tan sumamente hundida...

Por suerte, entran los operarios que están arreglando la fuga de agua de la calle. Necesitan reponer energías con uno de esos almuerzos sagrados en toda España, almuerzo de *currante* (vocablo permitido por la Real Academia de la Lengua), con sus cacahuets y sus aceitunas y su buen bocata, que casi, casi, para ellos es lo mejor del día porque es merecido y compartido en camaradería. Y además, contagian con su alegría, con palabras soeces a veces, pero con cierto encanto en el fondo.

Estando de servicio hay que tener buena cara. Y no es tan sólo por coquetería o vanidad. Es por deferencia a la clientela y por profesionalidad, porque, por muy mal que yo esté, ellos no se merecen menos que una sonrisa sincera, un pequeño rincón de buen humor y ánimo vital.

La Vintage sólo abre para cenas los sábados, lo que la convierte en algo especial y deseable. Todos los sábados se llena el local. Y se podría pensar que cómo es que va a cerrar si se llena... Pues por varias razones, muy lógicas todas ellas.

En primer lugar, tengo que contratar personal para dar el servicio adecuado a mis clientes.

Por otro lado, sólo son los sábados.

Y además, los precios son los más bajos de toda la ciudad.

Vale. A lo mejor me he pasado, pero realmente son económicos, vamos, como unas eternas rebajas *cafeteriles*.

Hoy sólo he llamado a la señora Mercedes al frente de los fogones para que parlotee con las sartenes y riña a la plancha. Cocina las mejores tapas y los mejores bocadillos que puedas probar.

No, no es broma. Es que de esa cocina de ahí atrás salen unos olores que casi los puedes tocar. Sin duda, dan ganas de comerse lo que en ese mismo momento flote en el aire, porque suena a delicioso, aunque sea algo tan normal como una simple tortilla (perdón, no puedo llamar simple a una tortilla «creada» por la señora Mercedes).

De cara a la palestra, o sea, atendiendo y sirviendo los pedidos, estoy yo. («Y sí, ya me empiezan a molestar estos zapatos. Si ya lo sabía yo...»).

Es agosto. Hoy no se llenará.

Y la señora Mercedes y yo, cual heroínas en una moderna película, podemos con todo. Aunque, sinceramente, no nos imagino ni a mí ni a ella con traje de superhéroes; que no sé por qué, pero todos son ajustaditos y apretaditos... Y, digamos, la señora Mercedes y yo estamos de buen ver, y con sus guisos y nuestras ganas, pues tenemos todas las curvas y volúmenes en su sitio y... vivimos en un país de buen comer y buen beber, y ¡nada de zarandajas!

Vamos, que mejor borra lo de la idea de superheroínas de sábado de agosto. Mejor digamos simplemente que entre la señora Mercedes y yo podemos servir servicialmente (olé la redundancia) y con total profesionalidad a los conciudadanos que vengan esta noche a cenar a La Vintage. Claro, los que no se hayan ido de vacaciones al mar y se hayan quedado a cuidar de las calles, farolas incluidas. Y aburrimientos vespertinos, también.

La señora Mercedes cocina con gusto y también se digna a limpiar y recoger la cocina, que no es de estos grandes cocineros o chefs que son tan remilgados que, en cuanto acaban el servicio, se largan y ya se apañarán los demás; parece que no sepan que, aunque hayan cocinado pulcramente, los platos, cubiertos, ollas, sartenes y miles de artefactos y artilugios que han utilizado están por lavar.

La señora Mercedes recoge y ayuda en lo que puede, sobre todo, cuando estamos las dos. Incluso alguna vez se ha quedado hasta el final de los finales para sentarse a charlar tranquilamente conmigo y contarme cosas de su familia, lo que la enorgullece y lo que la saca de quicio.

Es una buena mujer y yo la respeto mucho, por todo el esfuerzo de toda una vida y por su fortaleza.

Y, como no puede ser de otra manera, siendo ella como es y el esmero que pone en su trabajo y siendo yo como soy, que, aunque empresaria, lo de la tacañería o ir maquinando con el dinero no va conmigo, su parte es sustanciosa, pero es que se merece un buen pago por su servicio.

Pese a ser días muy ajetrechos, los sábados suelen acabar muy bien, sentándonos todos (cuando somos más) en la única mesa que no hemos recogido para poder tomar una copa relajada y compartir los momentos y las jugadas de la jornada, como en *Más que goles* o en una retransmisión por la radio de un partido en diferido.

Los sábados son ajetrechos porque el trájín comienza ya cuando acaban los aperitivos de antes de comer, cuando toca redistribuir el local. Colocar mesas y sillas más cerca de la barra, reubicar las butacas castigándolas al rincón de lectura, juntar sillones...

Preparar las mesas con manteles, cubertería y decoración que, como todo en La Vintage, es

diferente. No diferente por peculiar, sino diferente por diferente, porque la decoración de cada mesa es diferente, y su vajilla, cubertería, mantel y demás, también.

Ya sé que podría simplificar las cosas, sería mucho más rápido, eficiente y sencillo. Pero también me pregunto «¿por qué?, ¿por qué no puedo hacerlo tal como lo visualizo, tal como me nace?».

Los clientes están encantados y buscan la mesa que más se amolda a su estado de ánimo, sus intenciones o sus pretensiones para esa noche.

Más clásica para una cena formal.

Más ecléctica para personas creativas.

Más informal para muy jóvenes.

Más moderna para jóvenes.

Más romántica para grandes momentos o para agradecer.

Más minimalista para hacerse más importante y curtido.

Esta última me recuerda a *Cincuenta sombras de Grey*, no sé por qué. Supongo que porque me suena como a más masculino el estilo que preparamos en esta mesa, o tal vez porque estoy necesitada de algo de marcha...

Puedes imaginarte cuando llaman los clientes para reservar mesa y les preguntas cuál quieren escoger; las descripciones que hacen son de lo más variopintas.

—Queremos la mesa ésa tan chic...

—Por supuesto, ¿puede indicarme algún detalle más?

—Sí, esa que está casi al medio y tan bonita y tan decorada, con sus velitas... ¿Que no sabes cuál te digo?

—Sí, señora. —Y por dentro piensas: «resulta que todas las decoramos con gusto»—. ¿Puede indicarme, por ejemplo, el color de la vajilla?

—Pues creo que tiene la vajilla morada...

—¡Perfecto! —¡Bingo! Por fin—. Ya la tiene reservada, muchas gracias.

O te piden la mesa que parece de juguete... «¿Eh? ¡Ah, ya!». La actual con elementos plásticos... Escuchamos todo tipo de interpretaciones, todo tipo de descripciones basadas casi todas en las sensaciones que han experimentado cuando ya han cenado alguna vez en una mesa en la que se han sentido a gusto. Mil interpretaciones subjetivas para una misma mesa.

Llego tarde, pero tal vez tendría que haberles puesto nombre a las mesas. En otra vida será...

El alma de La Vintage está compuesta por estos cientos o miles de detalles que la caracterizan y la hacen tan familiar y exótica al mismo tiempo.

Al final de la jornada acabo agotada, reviso el móvil por si hay algún wasap o alguna llamada y nada más. Tan cansada que Facebook, Twitter, Instagram o la red o aplicación del momento, por mí como si no existieran... Ni falta que me hace. Pocos datos consumo yo, que conmigo no se van a forrar... El mundo puede seguir girando eternamente en internet, que yo me voy a dormir.

¡Plof! Me imagino tirándome de cabeza en la cama, con los brazos estirados a los lados y babeando al instante profundamente dormida, como en las pelis. Que lo ves y piensas: «¡Qué facilidad para dormirse!». ¿Por qué será que a mí nunca me ha ocurrido? En realidad me desvelo, empiezo a dar mil vueltas, el cuerpo destrozado por el cansancio, pero la mente a quinientos por hora, pensando a la vez en mil cosas, sin parar, como una noria girando sobre mi cabeza. Da igual que tome cincuenta vasos de lechecita calentita...

Fin por hoy. Off.

Llegados a este punto de la historia, te habrás dado cuenta, amigo lector, porque has estado leyendo hasta aquí, de que utilizo muchas enumeraciones.

—Pues sí, la verdad —dirás tú.

Y es que las palabras y las ideas pugnan entre ellas y se pelean por aparecer juntas en el mismo párrafo, en la misma frase, cogidas de la mano de las «y». Se niegan a verse separadas, a ser independientes en otra frase, porque no quieren ver mermada su fuerza, que se suma a la fuerza de las demás.

No soy capaz de separarlas, así que las junto y rejunto en enumeraciones que expresan justo lo que las palabras quieren decir, ni más ni menos.

Por consideración a la historia, a sus personajes y al escenario, por todos los acontecimientos que van a suceder, por no quitar un ápice de la importancia que cada una de las palabras tiene, intuyo que las enumeraciones van a seguir presentes y necesarias.

—Venga, pues.

Capítulo 3

Historias

Los domingos son los únicos días que puedo disfrutar de la mañana con mi secreto y auténtico amor. El resto de la semana salgo de casa *escopeteá*. Los domingos son diferentes, el tiempo se ralentiza, el mundo gira más despacio y yo también.

Es la actitud de domingo.

Tan queriendo ser tranquilo, pero con cierta inquietud, porque mañana comienza la semana de nuevo y sólo pensarlo me quita el cien por cien de la supuesta tranquilidad dominguera, pero sea cual sea ese tanto por ciento, le doy la bienvenida, claro.

Un café en el balcón, en mi sillón de soñar, aunque últimamente es más mi sillón de pensar. No, el rincón de pensar de los niños, no. El sillón de pensar. Tranquilamente, gratamente, en soledad. Bueno, en soledad no exactamente, con mi auténtico amor susurrando a mi alrededor, haciéndose notar, contento de que, por fin, esté con él.

Con una sonrisa que se imagina.

Con un sentimiento que quiere ser real, pero a veces, no se reconoce.

Mí amorcito es un poco egoísta y me saca de mis ensoñaciones dando la nota, haciéndome caer en la cuenta de que él está ahí, con un sonido alto y estrepitoso.

Y, claro, se ha ganado una hojita verde de lechuga, que voy a la cocina a cogerla y se la traigo y se la ofrezco con humildad y apreciación de la vida que hay en él y que yo, más egoístamente, mantengo junto a mí, allí, en mi balcón, no dejándolo marchar.

Es mi periquito Bartual.

Alejandro no sacó nada en claro de su breve visita a La Vintage, aparte de tener que inventar una excusa estúpida para explicar por qué se había presentado allí sin una razón. Desde luego, a tomar café no iba.

Todo parecía tan normal como siempre. Tan tan normal que, por un momento, tuvo que pararse a pensar cuál era el motivo de su inquietud, porque fue entrar en La Vintage y sentirse bien, sentirse acogedoramente bien, era como sumergirse en el propio pozo de los deseos soñados, no ya por el lugar, sino por las sensaciones que provocaba. Pero eso era lo normal.

Así que se fue más relajado y sin tanto temor por lo que podría pasar. Aunque unas sombras

chinescas se proyectaban tras la luz, todavía nadie lo sabía.

Fue salir de La Vintage y ponerse a llover.

«Vaya, no llevo paraguas. Intentaré no mojarme mucho para no coger un resfriado, porque los resfriados de verano cuesta mucho quitarlos y sólo me faltaría eso». Aunque Alejandro era muy precavido, en esta ocasión no pudo ser previsor y coger un paraguas, porque nada en el cielo o la tierra indicaba que pudiera llover. Era una incógnita de ese mes de agosto, tan inusual.

Así que se fue rápido, resguardándose del aguacero, para abrir de nuevo la librería (que estaba a dos calles de La Vintage) de la que era encargado desde hacía bastantes años.

Se había presentado voluntario para trabajar en agosto porque Mónica también insistía en trabajar. Pero, en el fondo, también pensó que de esta forma se granjearía las simpatías de sus compañeros, que, últimamente, parecían un poco distanciados de él, como desapegados.

Eso era lo que él pensaba.

En realidad, a sus compañeros les traía al paio lo que pensara.

«Mucho mejor las vacas en agosto, que se pringue él, que para eso es el encargado y cobra más. Si... total, deberían cerrar. ¿Quién compra libros en agosto? Si con el calor que hace hasta los renglones se derriten... Claro, como él va a La Vintage hasta le viene bien trabajar en agosto, aunque no lo diga, como si les hiciera un favor. ¡A saber qué chanchullos hace con la librería y los libros que están en la cafetería! ¡A saber...!

»Y lo sosito y estirado que es... Madre mía. Mejor no hablar. Una persona así, como compañero y además encargado, estresa a cualquiera. Es que amarga la existencia. No se sabe si porque él mismo está amargado o porque le gusta amargar la vida a los demás.

»Benditas vacaciones».

Pero, claro, obviamente, lo que pensarán de él sus compañeros Alejandro no lo sabía, ni tan siquiera se lo imaginaba, porque él pensaba que siempre actuaba con ecuanimidad y solidaridad con ellos.

Era eficiente, muy meticuloso y extremadamente responsable. En realidad, un obseso del control y de la planificación

Apilando una serie de libros con portadas un tanto licenciosas, todo su cuerpo recordó cómo se notaba al tacto la cintura de Deli mientras duró ese efímero beso. Se sorprendió al sentir como «ésta» parte de su cuerpo se hacía grande mientras imaginaba los pechos de ella apretados bajo la camiseta. En su visita virtual imaginaria por su cuerpo sus manos imaginarias apretaban y estrujaban su maravilloso culo.

Se desperezó, sacudiendo la cabeza como un perro al salir del agua.

¡Dios mío! Pero la evocación no quería irse. Sí de su cabeza, pero no de su entrepierna. ¡Por Dios! ¡Hum! Pero no. ¡A santo de qué esto!

Ella tenía algo parecido al miedo. Era como si no pudiera recordar cosas recientes. Era como si estuviera fuera de lugar, como si cada momento nuevo anulara momentos pasados. Empezaba a notar un vacío interior, aunque en realidad todo le daba igual, le importaba un pepino, le importaba una mierda.

Tan sólo estaba evaluando el terreno para ver qué podía hacer y ya estaba frotándose las manos con las cosas que tenía en mente, que eran catastróficas. Preparar un plan de ataque, un plan de actuación, era tan excitante..., era la felicidad en sí misma. Ser una criatura de la lluvia era lo

más, ahora lo entendía. Lo tenía claro. Y pronto iba a actuar. Lo único que la frustraba un poquito es que un tsunami no podría ser, por una razón muy básica: allí no había mar.

Vamos a ver qué tal le va a Deli.

—Pero ¿es importante para esta historia? —preguntas supuestamente tú—. Porque si no es más que un personaje secundario, podemos prescindir de ella y continuar; que, a fin de cuentas, lo que nos interesa es la historia, vamos, es por lo que estamos aquí.

—Sí, pero...

—Y, ya que estamos, lo que queremos saber es qué o quién es Ela, porque... Ela es la criatura de la lluvia, ¿no? Y también queremos saber de qué va la historia.

—Huy... mucho corres tú, que toda historia merece ser contada como lo merece o como lo necesita, pero aún queda mucho camino para llegar hasta el final.

Mientras, tendrás que ir conociendo a los personajes, sus formas de ser, sus formas de actuar y la interacción entre ellos. Y, de su mano, iremos caminando por la historia, algunas veces atropelladamente, otras, más tranquilos, poco a poco, serenamente, disfrutando de cada pequeño paso; o bien sin pausa, sintiendo el corazón ir más deprisa, deseando pasar la página, conocer más, adentrarnos en la historia, reconocer a los personajes. Ya casi como conocidos. No como amigos, porque no llegas a ser amigo de ningún personaje de un libro que lees, porque los amigos (los de la vida real) tienes que sentirlos, da igual si no los ves, si no hablas con ellos, pero los sientes. Y eso son los amigos.

Los personajes que leemos nos pueden provocar mil y una emociones, podemos llegar a conocerlos, incluso más que a nosotros mismos, y también odiarlos, por malos. Ésos son los mejores, porque están magistralmente creados.

Podemos querer ser como ellos (si es un superhéroe o un dios, lo llevas claro), podemos reconocernos en algún rasgo de personalidad que, generalmente, será bueno. Y eso nos hará agrandar nuestro ego. No creo que nos identifiquemos con algún rasgo negativo, malo, que probablemente asociaremos con una persona real que conozcamos diciendo, por ejemplo, «es igual de egoísta que fulanito». Nunca reconoceremos como propia una mala actitud. Los malos siempre son otros. «¡Qué malo! ¡Qué malvada!» Ni se nos pasa por la cabeza que nosotros podamos ser así.

En cambio, la buena gente es como tú, una persona de a pie, que va por la vida tranquilamente, que trabaja, descansa el fin de semana, paga la hipoteca, discute con los hijos, ahorra para las vacaciones..., en fin, una persona normal. Y, ¡oye!, además, buena persona.

Por otro lado, los grandes personajes de los libros se pueden dividir en dos categorías (sólo dos): los que sabes que no son de verdad y los que aún crees que podrían ser de verdad.

Los que sabes que no son de verdad, está claro, sean chico o chica, da igual: son ricos, follan como nadie y se comen el mundo.

Ahí va eso.

Los que aún crees que podrían ser de verdad (ingenuo de ti) son buenas personas, alegres y simpáticas siempre, con sus inseguridades, con una vida normal, que, por alguna circunstancia repentina, se convierte en la mejor vida que uno quisiera tener, porque encuentran la pareja perfecta, el amor verdadero, el trabajo de sus sueños. O les pasa algo asombroso y, aunque sigan con su misma vida, la ven completamente diferente y se sienten afortunados.

Olvídalo. Estos que aún crees que podrían ser de verdad, no son de verdad, porque en realidad y en la realidad, no existen.

No ocurren cosas asombrosas que hacen surgir «la luz» en el camino de la vida y que, «puf», se materialice ante ti la mejor vida que podrías tener, según tus esquemas. Las circunstancias milagrosas ocurren en los libros, en las novelas, da igual si son religiosas o históricas, de amor, de ciencia ficción...

La vida no sería digna de llamarse vida si dependiera de circunstancias asombrosas de ese nivel. La vida es un poco a poco, a ver lo que aguantas, a ver cómo te levantas, sigue creciendo, sigue ascendiendo, arriba, abajo, doblemente arriba...

En toda historia, como en la vida, los personajes nos acompañan hasta el final porque son los que acometen las acciones. Las cosas no pueden hacer acciones.

Los personajes de la historia de una criatura de la lluvia son importantes, porque nos van a llevar al final, nos van a hacer sentir. Y eso es bueno, porque andamos un poco zombis últimamente.

Sólo voy a decirte que Ela es nuestra gran incógnita.

Verás cómo la despejamos... o no.

También nos acompaña el escenario, el espacio a partir del cual gira la historia. La cafetería La Vintage, un lugar real, pero casi mágico. O mágico e irreal.

Un lugar donde todo, todo, puede suceder, porque está diseñado para que así sea. Porque está cuidado hasta el último detalle.

Cada elemento, cada detalle, el mobiliario, los utensilios y el ambiente te sugieren bienestar.

Desearías poder estar allí, ir a tomarte un café, hojear los libros y comprobar cuántos has leído, curiosear las cosas originales y toquetear las antiguas.

Sentirte en paz, ser sabio y soberano de tu vida, ser libre y flotar, flotar pilotando la nave de tu cuerpo y de tu mente hacia un destino que puede que aún desconozcas, pero que es el tuyo, único, independiente en su unidad, pero dependiente del conjunto de la naturaleza.

Tu destino. Tu misión. Tu razón de ser.

Y, mientras te imaginas La Vintage, las cosas seguirán sucediendo, el mundo continuará girando y los acontecimientos se irán entrelazando con la historia, y disfrutarás cuando tus suposiciones se cumplan o cuando te sorprendas ante un giro inesperado, de esos que no te imaginas para nada. Lo mejor es descubrir como todo se va construyendo como un puzle, sólo para ti.

Sí, volvemos a Deli...

¡La hostia! Tengo que ir de compras.

No he hablado con Mónica desde hace... pues creo que más de quince días. Claro, ella cree que estoy de vacaciones, que habré ido con mis padres a Cantabria.

Me siento muy ruin y traidora.

Sí, no miento. He ido a Ampuero, he estado con mis padres, mis hermanos, mis sobrinos..., pero no tantos días como le he dado a entender al no enviarle ni un wasap. Claro, ella tampoco ha dicho nada para no molestarme durante mis vacaciones, y es que es tan buena... Desde luego, tan buena jefa no tendré.

Pero lo que me preocupa es que la voy a perder como amiga. Sí, seguro, porque eso es lo que

yo haría, yo no podría considerar amiga a alguien que te deja en la estacada y allá te apañes.

Pero, oye, a veces se dan las cosas por sentadas y, joder, yo me merezco algo mejor que ser una simple camarera, por muy cafetería chic que sea.

No voy a estar toda la vida ahí sólo porque seamos amigas, y tal y como están las cosas, no se puede desaprovechar ninguna oportunidad.

Ir a una entrevista, pasarla e ir a otra y que te digan que sí... ¡es que es flipante! ¡Y en pleno mes de agosto! Vamos, que ni en mis mejores sueños. ¡Es que aún no me lo creo! Estoy nerviosilla y *tó* y con unas ganas enormes de empezar.

¡Tengo que ir de compras! ¡No puedo presentarme así, con lo que tengo! Necesito YA ir de compras y dejarlos abobados con mi estilazo.

Una ayudante de diseñador no puede ir con estos trapos. Vamos, que me voy ya. Y a Mónica... pues ¡que le den! Ella tiene que saber que esto es lo que siempre me ha gustado y lo que siempre he querido. Y es una buena oportunidad para meterme en este mundillo y quién sabe, si todo va bien, algún día puedo montarme yo algo. ¡A ver si va a ser ella la única que pueda tener su propio negocio! ¡Ja!

Joder, pero me sabe mal.

Da igual. ¿No dice que una tiene que saber lo que quiere en la vida, averiguar qué es lo que hace bien y trabajar para conseguirlo... y rollos de esos que pone en algunos libros, de esos de autoayuda que no sirven *pá ná*? Bueno, pues, como ella lo dice, pues eso voy a hacer.

Si... total, es poner un cartel en la puerta y enseguida tendrá trescientas en fila para el puesto. Sólo tendrá que elegir. A lo mejor son mejores que yo, ¡ja!, ¡que te lo has creído!

Capítulo 4

Frustración

Noticia en el periódico local

Esta madrugada se ha producido un extraño suceso en un aparcamiento subterráneo de la calle Margarita.

Los vecinos se han encontrado su garaje inundado y sus coches inutilizados.

Los bomberos han acudido para achicar el agua, pero, hasta el momento, no han dado una explicación oficial del motivo del suceso.

Lo extraño y sorprendente de la inundación es que ha sido el único inmueble afectado, no ha habido fuga alguna de agua en toda la calle ni en otras partes de la ciudad. Todas las tuberías y canalizaciones están en perfectas condiciones y la revisión del alcantarillado ha revelado una correcta circulación de las aguas. Por otro lado, los índices pluviales han sido de tan sólo 20 l/hora, lo que no justifica la inundación.

El inmueble fue construido hace tan sólo cinco años, tiene todos los permisos en regla y la revisión de los arquitectos municipales no ha detectado anomalías en la construcción.

Continuaremos informando.

—Tío, me desperté porque estaba lloviendo y se oía un puto ruido en algún puto sitio. Se estaba haciendo de día. No estaba en la cama. Me levanté, pero no estaba. Se había ido con la lluvia.

—¡No os podéis imaginar qué pasada de noche! Y una vez y otra y quería más...

—¡Ehhhh! ¡Vaaaaa!

—¡Que sí, joder!

—Ya te vale, ¡qué pollo eres!

—Joder, tíos, se sabía todas las posturas, ni el *Kamasutra* ese, y vaya pibón. Pero pibón, pibón, que está que te mueres. Joooder, me pongo nervioso sólo de pensarlo. ¡Buah! ¡Vaya tetas! Y te hacía de todo y quería de todo. Tíooooo...

—Ja, ja, ja.

—A ver, hice varias fotos cuando salimos del Kantri, pero no sé, porque también estaba lloviendo. ¡Joder! No sale *ná*. ¡Qué putada! Mira, tío, toda borrosa...

—Va, tío, que no me lo trago. Vaya película te has montado. Ahí no se ve *ná de ná*. Ni tía, ni pibón..., si sólo sales tú...

—Tío, y eso del garaje inundado, es en tu calle, ¿no?

—Sí, tío. ¡En mi edificio! Cuando salí, estaba toda la calle cortada, el camión de bomberos, la policía y toda la pesca. ¡Qué movida! Los pavos de los coches estaban flipando, todos llamando al seguro. ¡Una pasada! Todos mareados. No había parado de llover en toda la noche, será por eso. Pero yo no me enteré, tíoooo, ¡yo estaba follando!

No queda más remedio que enfrentarse a la realidad y dar a conocer la mala noticia del cierre inminente de la cafetería. ¡Jo! No sé cómo hacerlo ni cómo decirlo. Y Lupe me mira desde el otro lado de la mesa, indicándome con la mirada que va siendo hora de soltar el bombazo.

—¡Que estoy embarazada! —suelta Pepa, todo entusiasmo y alegría.

Y yo me quedo con cara abobada, porque estaba a mi rollo y no atenta a lo que decía. Y me siento completamente egoísta. Me siento ruin. Por estar pensando solo en mí, en mi mala suerte, en que voy a cerrar, en que se va acabar mi vida tal como la conozco, tal como la tenía establecida, mi mundo, mi zona de confort... Y no percatarme de lo que le sucede a los demás, a mis amigas. Porque, si fuera al revés, yo me sentiría muy ofendida.

Así que me tengo que recomponer. Aplaudir como todas y expresar mi sincera alegría con una sonrisa de oreja a oreja, porque Pepa ya llevaba mucho tiempo esperando tener un niño, y por fin había llegado al principio de la vida. Al inicio. Al acontecimiento maravilloso que marca el comienzo de un prodigioso proceso de la naturaleza, sublime e intemporal desde el inicio de los tiempos.

Es una ocasión para celebrar, para sentirse alegre y feliz y, por supuesto, no voy a empañar esta noche con mi notición. No. No puedo amargarle la noche a Pepa. Se merece lo mejor.

Así que me levanto, como todas, para rodearla, abrazarla y besarla, ¡incluso tocarle la barriga! Como si ya se notara... ¡Cómo somos! Nuestros comportamientos pueden ser tontamente absurdos.

Tras plantarle dos sonoros besos y darle un abrazo sincero, de esos que te tocas de verdad y llegas a sentir al otro, me acerco a Lupe y le digo al pasar que hoy no es momento de hablar de «mi» tema. Lupe asiente. Y es que con pocas palabras, a veces solo con la mirada, las verdaderas amigas nos entendemos.

Llega la hora de regresar y, como siempre, Sara y yo compartimos taxi. O soy un libro abierto (de par en par), como se suele decir, o Sara es adivina de las buenas, porque nada más ponerse el taxi en marcha se gira hacia mí en el asiento.

—A ver, dime qué es lo que te pasa. —Su mirada no es penetrante ni serena, aunque en el fondo muestra interés. Su mirada no puede centrarse porque, al igual que la mía, lleva detrás cierta cantidad de alcohol, y eso te hace desinhibirte y relajarte y ser más tú misma, sin tantas tiranteces ni protocolos sociales.

—Bueno, dime, ¿qué? Que has estado un pelín ausente toda la noche, como a tu rollo... —insiste.

—Tía, estoy fatal. No quería deciros nada porque no quería fastidiar a Pepa, pero estoy jodida.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿El soso de tu novio?

—Pero..., ¡tía! Siempre igual. No entiendo por qué no te gusta. Desde el principio no te ha gustado. No comprendo por qué, de verdad. Pero no, no tiene nada que ver con Alejandro. El rollo es que no puedo mantener abierta La Vintage. Todo es una mierda. Los pagos... no puedo.

—Pero, Mónica..., ¿y si subes los precios?, ¿o contratas a un consultor de esos que te lo miran todo, le dan la vuelta a todo y te dicen lo que puedes hacer para reflotar tu negocio...?

—No digas chorradas, de verdad, que ya estoy bastante mal.

—¡Es que no te puedes rendir! Tú no eres así, tú nunca has sido así. Siempre has sido la más fuerte de todas, la que siempre ha tirado *pa'lante*. Joder, eres la única que es su propia jefa. ¡Tía!

—Sí, pero ya está, se acabó. Ya no puedo más. No tengo ni un duro.

—Si pudiera, te ayudaría... pero ya sabes que voy pelada.

—Qué va..., no.

—Pero, se me ocurre que..., espera... ¡Uff! Qué mareo llevo. Sí, déjame, mañana llamo y a ver si puede hacer algo. No hagas nada. Espera, que Javi conoce a no sé quién que parece ser que es un *crack* de esos. Espera... Mañana te llamo —dice deprisa y corriendo, mientras me da la pasta y sale del taxi, porque ya hemos llegado a su casa—. Besos... y tranquila, ya verás... ¡Espera! ¡Y no hagas nada! ¡Mua!

Como si yo fuera a hacer algo a las cuatro de la mañana, y con el mogollón que llevo encima. Si ni tan siquiera sé lo que ha dicho. Algo de alguien y que espere. ¡Buf! Nada, a dormir. Y mañana, más. Que por hoy ya no voy a darle más vueltas. Ni tengo ganas ni me apetece. Para eso está el vodka, para atontarte y que no pienses, aunque ahora que estoy de bajón empieza a entrarme un mal rollo... y unas ganas de llorar...

Y ya no tengo ganas ni de llorar. Podría parecer que no me queda ni una sola lágrima, ni un líquido que pueda generar una sola lágrima y, sin embargo, me entran unas ganas horribles de llorar, la tristeza me envuelve y el río fluye.

Menos mal que, al menos, el torrente fluvial me ha pillado en casa y le he ahorrado al pobre taxista una escenita de sábado noche de bajón de semiborrachera, que bastante pringado está toda la noche dando vueltas por la ciudad o, peor aún, parado.

Ela siente que nada vale la pena.

«No sé por qué estoy aquí —se dice—. No vale la pena».

«Y encima aquí no hay ni mar para montar un tsunami, aunque sea pequeñito, ¡por favor! Que esto es más aburrido... ¡Y se creen inteligentes, interesantes y con grandes ideales...! ¡Y no son nada!».

Por eso la furia y la rabia la inundan, y piensa que eso es lo que tiene que hacer. Dejar fluir su naturaleza, no contenerla ya, que ya le duele, ya va a desbordarse, ya no cabe y va a rezumar. De hecho ya está pasando, pero eso no es nada, ¡por Dios! (y es sólo una expresión, por arriba no está confirmada su existencia, por lo visto).

«¡Por Dios! ¡Si ni tan siquiera tienen un mísero río! Ya verás, van a descubrir la cantidad de agua que tienen por debajo. Debajo de sus casas, de sus cocinas, de sus carreteras, de sus parques, de sus oficinas y comercios..., bajo sus zapatos, zapatillas y chancletas..., que no he visto calzado más absurdo que las chancletas, por mucho nombre de diseño que le quieran dar».

Por otro lado, Ela tiene la elegancia y la prestancia en su propia persona.

Emana un olor que atrapa, aunque en realidad las personas no llegamos a detectar el olor de

Ela. Si así fuera, si pudiéramos olerla, notaríamos efluvios de hierbas aromáticas, helechos y musgo de orilla de río. Nos rodearía como si fuera una pompa de jabón, pero sin jabón, con olor a limpio y, sobre todo, a natural. Un olor a humedad, pero no humedad de paredes. Humedad de humedales, de plantaciones de cañas, de olmedos, de roca de la Edad de Piedra...

Su refinamiento y su elegancia no intimidan. Tampoco piensas en riqueza material.

Ela es elegancia natural.

Al andar, su ropa se mueve «ondulantemente», como olas que la acompañan y la forman dejando apreciar su silueta, fantástica silueta femenina sin fin.

Sus curvas van más allá de lo femenino, de todo lo conocido y por conocer, es un cuerpo de la naturaleza, sinuoso, reptiliano, sangre de agua pura fluyendo, mamífero acogedor, inocencia de un niño con millones de años...

Si, tras haberla visto, te preguntaran qué ropa llevaba, no podrías definirla, no sabrías qué decir. En realidad te vendrían mil sensaciones a la mente o al cuerpo, pero no sabrías definirla. Su elegancia natural al andar, con su paso seguro, sus pies de agua, sus piernas de lluvia, su sexo de tormenta, su cintura de río, sus pechos de tempestad, sus brazos de lagunas, su cara de mar y sus cabellos de afluentes. Esto es lo que te vendría a la mente y al cuerpo, pero eso no lo puedes decir. ¿Cómo vas a verbalizarlo? ¡Es imposible!

Mejor sintetizarlo diciendo «una mujer de bandera», atractiva, atrayente y a la que todo miembro del género masculino querría llevarse a la cama. A la cama, por decir algo. A cualquier lugar, pero llevársela y disfrutársela. Porque es como un imán sexual. Un poderoso imán.

Sin embargo, su magnetismo va mucho más allá. Puede pensarse que a las mujeres podría inspirarles envidia o rechazo por su cuerpo exclusivo, su porte, su manera de atraer a los hombres... Pero no, las mujeres también se sienten atraídas por Ela, es casi una atracción sexual. No para hablar o hacerse amigas. Simplemente, para sentirse mejores. Sentir por dentro su propio cuerpo, su propio potencial, su lado femenino sólo estando a su lado. Y sentirse bien. Arriba. Y ése es también un poderoso sentimiento.

Hombres y mujeres se derriten por igual, como un polo de fresa de hielo que, gota a gota, va cayendo y se deshace, el ansia de chuparlo, de saborearlo, deprisa, antes de que desaparezca, de que se evapore y ya no esté nunca más. Es ahora. Ahora o nunca. Ya. Inmediatamente. Sólo para mí.

Capítulo 5

Para rematar

Pasan los días, las semanas, casi hasta los meses. Ya ha pasado la mitad de septiembre. Ya todo el mundo regresó a sus trabajos o a sus paros, a sus casas o pisos, a sus rutinas, los niños al cole, las amas de casa a sus infinitos quehaceres, ya todo sigue igual. Se han enseñado las fotos de las vacaciones a todo el mundo, en Facebook toca vilipendiar al político de turno o quejarse del coste de los libros de texto o seguir con el tema de los toros..., qué más da. La gente todavía no se ha enterado de que son simplemente marionetas.

El caso es que a nadie debe de interesarle La Vintage, porque aquí seguimos con los pagos de suministros, pagos a los proveedores, pagos a la Seguridad Social, impuestos, salarios a los trabajadores..., qué te voy a contar, y apenas entra nadie.

Y estoy aguantando una situación insostenible, no sé por qué.

Porque pasan los días y la desidia me acompaña y el valor para afrontarlo se esfumó, si es que alguna vez estuvo.

Bueno, hoy vuelve Deli a la cafetería y voy a tener que contárselo.

Mejor me tomo una valeriana... Sí, ya sé que hay mil cosas para los nervios y que todo el mundo las toma, pero ¿qué quieres que te diga? Yo soy más conservadora, supongo. De las que piensan que tengo que poder hacerlo yo todo, psicológicamente y con mi fuerza interior de voluntad. Lo demás es ser una blandengue y yo no quiero serlo.

Probablemente me equivoque, porque luego veo a la gente superfeliz y contenta, súper*happy*, como dice una amiga mía, con sus vidas de *pin y pon*, y lo que pasa al final es que van empastillados, más felices que un dios. Para que luego digan... Y los demás apechugando con la vida y planteándonos el cierre de La Vintage. ¡Hay que joderse!

—¡Hola, Deli! ¿Cómo estás? ¿Qué digo? ¡Estás guapísima! —Mi caluroso saludo efusivo es auténtico.

—Hola, Mónica. Dame dos besos, anda, guapetona —responde Deli... ¿con cara de acontecimientos?

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal las vacaciones? ¿Fuiste a Ampuero? ¿Algo nuevo que contar, eh? —Estoy retrasando lo inevitable, pero, joder, es que no se lo voy a soltar así de pronto.

—Espera, espera que deje el bolso, ¿vale, ansiosa? —dice, con su gran sonrisa.

—Vale, vale y... tenemos que hablar...

—¿Pasa algo? —pregunta Deli, mientras entra en el almacén a dejar su bolso.

El almacén contiene una zona para el personal con perchas, taquillas, una mesa y sillas, un pequeño sofá... Trato de mantener esta zona muy limpia, aseada y acogedora. Vale, el resto de la cafetería también, ¡por supuesto!, pero a ésta le dedico especial atención, porque creo esencial que las personas que trabajan en La Vintage se sientan a gusto y dispongan aunque sólo sea de este pequeño espacio propio. Un lugar donde sentarse, si hace falta, guardar sus cosas con total tranquilidad y poder hacer un Kit Kat cuando haga falta. Y no, no me enfado, aunque sea la jefa y vea a alguien ahí sentado y la cafetería esté a tope; porque sé que si alguien está ahí sentado es porque en ese momento lo necesita, no tengo ninguna duda. Sé que puedo confiar en las personas que trabajan conmigo. Deli, además, es amiga. Está conmigo desde que abrí La Vintage y en quien primero pensé fue en ella.

Entonces ella estaba en el paro y sin viso alguno de poder conseguir un trabajo como Dios manda, porque no tenía experiencia en nada, sólo estudios y ganas.

Además, tiene una forma de ser especial, perfecta para atender a la clientela. Un poco «malhablada» a veces, todo hay que decirlo, pero con gracia y simpatía se gana a todo el mundo.

Así que cuando abrí La Vintage se lo propuse. Le dije que ser camarera es cansado, cansado. Hay días en que no sabes dónde meter los pies y las piernas, a veces sientes como cosquilleos extraños de tanto estar de pie, de aquí para allá, de las mesas a la barra y al revés. Y le dije que el sueldo que le podría ofrecer sería el mínimo, pero que trataría de subirlo con el tiempo y compensarla en la medida que pudiera. Porque, sinceramente, no considero que el sueldo mínimo se equipare al trabajo realizado. No sé de ningún trabajo que digas, vale, sí, esto está compensado.

Por supuesto, si hay que hacer horas extras se las pago religiosamente. Aunque, mirando por el negocio, intento quedarme solo yo para hacer extras, aunque tenga que llevar una bandeja en una mano, otra en otra mano, una tercera en la cabeza y la cuenta entre los dientes. Vamos, malabarismos de hostelería. Noooo. He exagerado un poco, aunque a veces sí hay que hacer carreras para servir a todo el mundo lo más prontamente posible y que todos queden contentos.

Deli es una buena amiga. A veces participa en nuestros ratos de chicas, pero la verdad es que estos horarios no nos permiten salir a horas normales y las demás tienen que hacer un curso de organización para que podamos quedar todas. Aun así, Deli no siempre viene. Tiene también otro grupo de amigas de cuando estudió Diseño y a veces sale con ellas. También es un poco espíritu libre.

Aunque no sea una amiga fija, sigue siendo mi amiga y, sobre todo, es una persona en la que se puede confiar, porque tiene buen fondo y lo ha demostrado siempre, al menos así lo pienso yo.

Deli deja el bolso y se acerca con un paquetito.

—Te he traído un imán de Ampuero, para la nevera..., no sabía qué traerte y estos trastos quedan bien, ¿no? —Y me entrega el paquetito envuelto en papel de regalo.

—No tenías por qué. —La verdad, me ha dejado flipando. En todos estos años creo que nos hemos hecho un regalo en muy contadas ocasiones.

Recuerdo una Navidad, cuando estaba Sebas (ayyy..., Sebas, luego te cuento), que hicimos un amigo invisible. Por aquel entonces yo me sentía encandilada y todo me parecía ideal...

Pero quitando ese año, y alguna vez que a mí me ha nacido regalarle algo porque al verlo he

pensado instantáneamente (como el cacao instantáneo) que esa blusa o ese bolso o ese colgante, lo que fuera, era ideal para ella, que estaba hecho para ella y he acabado comprándoselo, en realidad no solemos cumplir con los formulismos de regalitos. Y, vaya, era muy extraño que me trajera de su pueblo un imán de nevera. Vete tú a saber por qué.

—Y ¿por qué esto? —repito, porque de verdad que necesito saber el por qué.

—Pues, hija, un detallito... —dice, un tanto despistada, mirando hacia las mesas—. Tengo que decirte algo, ¿nos sentamos en esa mesa?

Ahora sí sé que pasa algo. La revoltosa Deli, que se come el mundo, ¡se está comiendo las uñas de porcelana! Bueno, da igual, seguro que no será peor que lo que yo tengo que anunciarle: que está despedida. ¡Toma ya! Qué mal suena eso. Ojalá nunca más tenga que decírselo a nadie.

Voy a confiar en que a la hora de escoger personal (si el futuro responde y hay un milagro), primero sabré elegir bien a las personas y, segundo, nunca, por favor, tendré que despedir a nadie.

Este caso es distinto. No tengo opción. Voy a cerrar el local. Es irse al paro, ya, pero no es estar despedida, bueno, sí, pero yo no la despido porque no haga bien su trabajo o por esas cosas por las que despiden a la gente.

—Mira, Mónica, es que tengo que decirte algo importante y te lo tengo que soltar ya, porque si no me va a costar más. —Deli me saca de mi monólogo interior y me pongo más tiesa que una estaca en mi silla.

—Pues, no sé, dime, ¿qué pasa? —No sé qué cara pongo, si de extrañeza, de expectación, de preocupación, no sé si abro los ojos como el emoticono del WhatsApp o si estoy como ese que guiña un ojo, pero se siente triste..., que sí, pero que no, que guay, pero hay un pero.

—Yo no quiero que te enfades... —Uyyyy... cuando empieza así, seguro, seguro que me voy a enfadar. Si no, ¿para qué me avisa? Porque el que avisa no es traidor—. Y espero que me comprendas...

—A ver, dime. —Ahora sí abro los ojos como el emoticono y me empiezo a poner colorada como el «enfadao».

—Tú sabes que yo estudié Diseño y que es lo que realmente me gusta y me apasiona y, aunque estoy muy a gusto aquí y te lo agradezco un montón, todos estos años, porque si no, no sé dónde estaría ahora..., pues que lo mío, para mí, es lo del diseño y he ido a una entrevista y me han cogido y yo estoy supercontenta y espero que no te enfades mucho y que incluso me comprendas. Yo sé que es una putada dejarte colgada, pero seguro que ponemos un cartelito ahí en la puerta y seguro que tienes a un montón de gente que puede ocupar mi puesto y..., bueno..., pues eso. ¡Ah! Sí, que... empiezo el lunes. Lo siento..., Mónica. —Todo esto dicho de carrerilla, casi sin respirar, destrozando diez servilletas de papel y como si le hubieran dado cuerda a la vista, porque sus ojos no han parado quietos, sólo al final, cuando ha dicho «lo siento», me ha mirado fijamente, suplicando, pero también con cierto grado de reto, como diciendo: es lo que hay, es lo que siento y es lo que quiero.

—Ven aquí, tranquila. —Me levanto para darle un abrazo. A veces un gesto vale más que mil palabras. Aunque, a veces, las mil palabras son necesarias. Pero no es el caso—. Me alegro por ti, Deli.

—Lo siento de verdad —dice ella.

—Que no, que tranquila, no pasa nada, si yo también tenía que hablar contigo... —le digo mientras voy por dos cocacolas y vuelvo a sentarme en mi silla frente a ella.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunta.

—Pues que... bueno, tú ya sabes que La Vintage no va como debería. Al principio fue genial, pero ahora, con la crisis o yo que sé, me comen los gastos y, la verdad, estoy planteándome cerrarla.

—¡Hostia! ¡Joder! ¡No me digas! —exclama Deli. Lo cierto es que ya estaba tardando en soltar un taco y eso no es nada propio de ella—. ¡No me jodas! ¿De verdad? ¿Tan mal va?

—Pues sí, Deli, pues sí, pero ahora ya no tiene que preocuparte. Anda, cuéntame tu entrevista y, ¡oye!, ¿dónde es?, ¡cuéntamelo todo!

Y, sin hacerse de rogar, sin ningún tipo de empatía hacia mi situación, que por otra parte desconocía cuando decidí abandonarme y abandonar La Vintage, Deli comienza a contarme todo lo relacionado con su entrevista. Y yo, la verdad, quiero estar presente, quiero atenderla, escucharla y compartir con ella la alegría que transmite con sus gestos, su postura, con lo que dice y cómo lo dice; pero, llegado un momento, la conversación me supera. Toda gira sobre ella y su futuro trabajo. Y no sé por qué me quejo, ¡si he sido yo quien la ha animado! ¿Quién me mandará ser tan gilipollas? ¿Como si no tuviera yo bastantes cosas en las que pensar! Porque las alegrías de los demás, por muy alegres que sean, no compensan ni solucionan mi situación. Pero..., a ver, tengo que ser buena amiga, que lo soy, y estoy para lo que haga falta.

Y, visto lo visto, le he dicho a Deli que no hacía falta que se quedara, porque ha dicho que quería ir de compras antes de entrar en el nuevo trabajo. Así que la he animado a que se fuera y aprovechara estos días para prepararse. Hablo con la gestoría y en cuanto tenga los papeles la llamo para que los firme y que quede todo arreglado.

Total, con la poca clientela que tengo..., me basto y me sobro.

Lo único es que he puesto los helados a 2x1, porque ya he pedido que me retiren la máquina de frío. Hay que ir dando pasos, hay que ir haciendo lo que hay que hacer. Y lo del 2x1 parece que ha tenido éxito en el barrio y se ha corrido la voz, tanto, que se me va a acabar enseguida el género. Antes no hacían colas, ¡no! Con el 2x1, sí, ¡hay que joderse!, ¡pues que se esperen, que sólo tengo dos manos...!

Huy, qué mala leche. Si yo no soy así..., si siempre miro por la clientela..., si yo casi nunca me enfado. Pero es que esta impotencia de no poder hacer nada por La Vintage me corroe por dentro y hace salir lo peor de mí.

21:30 h. Hora de cerrar. No porque sea la hora de cierre, no, es porque ya no hay nadie... Bajo la persiana, apago luces, pero me siento en la barra.

Casi es un alivio que Deli se vaya, dadas las circunstancias. Por supuesto, le diré al gestor que arregle todo el papeleo como toca. Pero sí, es un alivio. Y quizás es una señal también. Por utilizar una metáfora, es como cuando se hunde un barco. Los ratones son los primeros en abandonar y sólo queda el capitán. Sí, capitana pirata estoy hecha. ¡Qué triste! De repente me siento sola. El barco naufragando... y yo. El mayor problema es que no veo tierra en el horizonte. Me esperan tiempos de navegar a la deriva, en medio del mar, perdida y sin fuerzas. Y, además, sola.

Podría irme con mi hermano a Cartagena, él lo entendería. Sabría cómo me siento. Abriría sus brazos y yo me dejaría atrapar por ellos. En cuanto lo pienso me pongo a llorar. Pero no, no puede ser. Su novia no me traga. Lo sé. Él dice que no, que es que somos muy diferentes. Yo sé que no me traga y punto. Ir allí no es una opción, aunque me gustaría mucho sentirme apoyada, querida y

consolada.

¡Basta! Hay que seguir siendo fuerte. No soy blandengue ni lo voy a ser.
Además, tengo a Alejandro.

Capítulo 6

Alejandro

Alejandro se sorprende pensando en Deli ya en varias ocasiones. ¿Cómo un beso, un minúsculo y efímero beso, puede despertar estas sensaciones? Y digo despertar porque debían de estar allí... por debajo, latentes, porque si no, no se explica...

Y ya han sido varias las ocasiones, sin venir a cuento, en cualquier situación, en la librería, en casa, por la calle, cualquier cosa hace que, de repente, se acuerde de Deli e imagine las cosas que podría hacer con ella, cómo sería si estuvieran juntos. Y no sólo en plan físico, también piensa en el torbellino arrollador que es Deli y en su manera de comerse el mundo, en cómo sería entrar en ese torbellino, en su mundo.

Y, al instante, se siente fatal.

Quiere a Mónica por encima de todo. Tienen una relación estable de varios años. La quiere. Es cómodo y apacible estar con ella.

Es lo que siempre ha querido. Una relación sin sobresaltos, en la que sabes a qué atenerte, todo rueda tranquilamente en una vida sosegada. Todo rueda hacia lo esperado. Con los años probablemente se casarán, «más que nada por dar satisfacción a los padres —piensa Alejandro—, pero también un poquito porque así se hacen bien las cosas, ¿no? Es más tradicional casarse que hacerse pareja de hecho».

Lo de ponerse a vivir juntos aún no lo han hecho, más que nada porque Mónica todavía quiere mantener su «independencia», por los malos horarios a causa de la cafetería. Pero Alejandro confía en que, con el tiempo, o bien se comportará como la dueña que es y dejará de trabajar hasta las tantas para reservarse algún fin de semana para ellos, o contratará a alguien que haga los malos horarios. «Tampoco hace falta que se encargue siempre ella de hacer la caja y de cerrar la puerta. Si confías en la gente, confías en la gente. Y si eres la propietaria, pues te puedes permitir no pringarte tanto, ¿no?, digo yo», piensa.

Otra opción que se le ocurre, aunque no las tiene todas consigo, es que se le pase lo de la cafetería, que se deje de proyectos y de ilusiones vanas y se prepare para una vida más tranquila junto a él y empiece a pensar en tener familia. Porque de esto no han hablado mucho, la verdad. Sí, que tendrán niños algún día sí lo han comentado, un niño y una niña. Se la ve disfrutar con los niños de los demás y, en general, los niños la quieren mucho porque tiene mucha paciencia y les

tolera todas las tonterías y animaladas de las que son capaces los niños.

«Y es que hay niños que están por civilizar..., ¡claro! Ves a los padres y qué te puedes esperar..., que vas a un restaurante y no puedes cenar tranquilo por culpa de que en la mesa de al lado hay dos críos que no paran de discutir entre ellos y no se pueden estar quietos y, la verdad, así no puede uno cenar tranquilamente. Y los padres, tan tranquilos, que están para educar. Pues si no saben comportarse, ¿por qué te los llevas a un restaurante? Vamos, digo yo. Desde luego, yo cuando tenga hijos van a estar tranquilitos, sentaditos en sus sillas y sin molestar a los demás, no levantarán la voz, vamos, ni un poquito, que ya me encargaré yo».

Todo esto piensa Alejandro.

«Teniendo mi trabajo fijo en la librería —continúa divagando—, con mi antigüedad y mi sueldo, Mónica no debería preocuparse por nada. Además, tiene sus buenos ahorros, y siempre están los papás si hace falta echar una mano. Así que Mónica podría no trabajar si no quisiera, y estarse en casa tan ricamente cuidando de los niños.

»Y cuando fueran al colegio, trabajaría media jornada o incluso menos, porque papá y mamá estarían encantados de hacer de abuelos. Ya verás. Si es que la vida no es tan complicada, la complicamos nosotros. O, más, se la complica la gente».

Con el cariño tan grande que se profesan y una planificación tan clara de la vida, Alejandro y Mónica no tendrán ningún problema.

Probablemente discutirán, como todas las parejas, aunque normalmente es Mónica la que de repente saca su pronto y se pone a desvariar sobre cosas que él no acaba de entender, pero la deja desahogarse porque sabe que, al rato, ya se habrá desinflado y todo seguirá como siempre. Sólo tiene que atender, o hacer como que escucha y dejar pasar el rato, mientras ella dice esto y lo otro y se va descargando, como las baterías. Y, al final, aparece él, como el cargador, y todo vuelve a funcionar como siempre, con sus aplicaciones, su acceso a internet... Eso es lo mejor, el «acceso a internet», porque la reconciliación después de la pelea es fantástica, acabar en la cama deshaciendo las sábanas y rodando como rollitos empanados. Porque en ese sentido todo funciona también a la perfección. Ambos saben lo que les gusta y lo que se les da bien, así que no hay malentendidos, ni falsas esperanzas ni expectativas raras.

Pero cuando la imagen de Deli se le cruza por la mente, y por más abajo, le vienen muchas otras «expectativas» que poner en práctica y eso tampoco es muy propio de Alejandro, al que le gusta tenerlo todo controlado y, si puede ser, planificado, porque así es como se hacen las cosas para que salgan bien.

Ahora va de camino a La Vintage en su descanso para almorzar cuando ve girar en la esquina a... Deli, y su cuerpo reacciona automáticamente al contemplar sus caderas moverse con esa cadencia tan propia de Deli, que se come el mundo y lo tiene a sus pies; y, sin querer, Alejandro se pone rojo como un colegial cuando Deli se le acerca y le planta dos besos en la cara, mirándolo de soslayo con una sonrisa picarona.

—Pero ¿cómo estás? —le dice.

—Pues... bien, ¿y tú? —Alejandro contesta como puede, sin saber por qué siente una desazón...

—Genial, tío. Tengo un montón de cosas que contarte. He estado de vacaciones en Ampuero, fui a una entrevista de trabajo para un puesto de ayudante de diseño y ¡me cogieron! Y acabo de hablar con Mónica sobre todo esto y ¿quieres que tomemos un café? Claro, pero no en La Vintage,

vamos al bar de la otra calle, porque, claro, así podremos hablar más tranquilamente tú y yo, mejor solitos, ¿verdad? Porque así estaremos más..., no sé..., como más íntimos y tú no estás pendiente de Mónica y así solo me mirarás a mí y yo te cuento mis cosas y me escuchas sólo a mí, ¿vale? Ale, pues, andando.

Y lo coge del brazo y lo lleva hacia la otra calle, de camino al bar de Manolo, mientras él aún no ha abierto la boca para decir ni sí ni no, porque Deli habla atropelladamente, como si se acabaran el aire o la vida. Y es que así es ella, burbujeante y provocadora.

A Alejandro todavía no le ha vuelto el color a la cara. Siente el contacto de Deli, que lo agarra del brazo y lo mantiene bien apretadito contra su cuerpo, y le están entrando hasta sudores.

Ya casi llegan al bar, y piensa...

«Espero no cruzarme con ningún compañero del trabajo, aunque, ahora que lo pienso, no sé adónde van a almorzar. Pero, bueno, no pueden estar porque el primero que sale a almorzar soy yo y ellos no pueden irse hasta que yo vuelva. Aunque no sé por qué me planteo si me ven o no. Porque no voy a hacer nada malo. Sólo voy a tomar café con una amiga, en pleno día. Una amiga que, además, trabaja con mi novia; no, que trabajaba para ella más bien, por lo que me ha parecido entender, algo que, sin duda, me va a explicar Deli enseguida».

El almuerzo se alarga bastante más de lo debido, pues cada vez que Alejandro hace un intento de intervenir o levantarse, Deli lo coge del brazo, le palmea la mano o lo roza con las rodillas, porque no se ha sentado delante, no, se ha sentado a su lado y no porque no hubiera sitio, se ha sentado a su lado para poder toquetearlo regularmente y para que él se sienta obligado a girarse por y para ella.

Durante largo rato le cuenta sus vacaciones, su entrevista y su conversación con Mónica. Está muy contenta por lo bien que lo ha hecho, porque Mónica no se ha enfadado.

—Y, total, si ha dicho que va a cerrar... —dice, con lo que parece la frase final, y entre tanta parrafada, casi pasa desapercibida.

—Que va a cerrar, ¿qué? —pregunta Alejandro con voz rara, después de estar media hora de reloj sin decir ni mu, no porque no haya querido, sino porque Deli no le ha permitido participar en la conversación, que, bien pensado, ha sido un monólogo, pero no de esos de humor, aunque tenía cierto encanto, viniendo de ella.

—¿Qué va a ser? Pues... La Vintage —dice Deli, como si tal cosa—. Pero, claro, tú ya lo sabías, ¿no? Yo ya lo veía venir, porque caja, lo que se dice caja, no se hacía. No sé si será la crisis o que han montado algo por ahí y está de moda y nuestros clientes han *volao*. Pero, desde luego, ya sabía yo que iba de mal en peor. Lo va a tener difícil para que alguien se quede con el traspaso, porque, si no, también se lo va a comer y...

—Pero... ¡Para! ¿Qué me estás contando? ¿Que Mónica va a cerrar La Vintage? —Alejandro tiene que detener el nuevo monólogo de Deli para que ella le aclare esto.

—Que sí, tío, ¿cómo quieres que te lo diga? ¿No lo sabías tú?

—No, es que... a mí... no me ha dicho nada.

—Pues, vaya, ¿no? ¿Y por qué no te lo ha dicho? Una cosa *asín*...

—Pues, no sé, no sé qué pensar...

—Hombre, se supone que os lo contáis todo y eso, ¿no?

—No sé, Deli. Tengo que hablar con ella.

—Yo, desde luego, de ser yo, de ser tu novia, te lo hubiera contado, porque si tengo novio es

para compartirlo todo con él, ¿no? Lo bueno y lo malo. Si tú fueras MI novio también pensarías *asín*, ¿no? Y yo te contaría todo...

—...

—Por cierto, ¿te acuerdas del beso que nos dimos?

—Ah, sí..., pero dejémoslo estar y no volvamos a hablar de ello, ¿de acuerdo? No pasó nada.

—Bueno, eso será para ti. Ya sabes que, por mí, cuando quieras repetimos. Eso y mucho más.

No puede ser de otra manera, ¡se pone como un tomate!

¿Y qué piensa Deli en esos momentos?

«Aissss, es que este chico está para comérselo. Y lo siento por Mónica, pero eso de no contarle lo de que le va mal con La Vintage no está nada claro. Claro que, para mí, mejor. Eso significa que hay alguna brecha entre ellos. Porque Alejandro tiene que ser para mí. Con lo bien formadito que está, con ese cuerpo cuidado de gimnasio, morenito aún del verano, con su barbita (cuando se la deja)... Hum. Algún día se dará cuenta de que lo que le hace falta soy yo y... un buen revolcón conmigo. Que lo espabilaría que no veas, que me parece a mí que llevan una vida de lo más aburrida. Si es que ¡ni viven juntos! En fin, que creo que ahora mi suerte está cambiando y ese chico será para mí. Lo siento por Mónica, pero si ella no lo cuida, no se lo merece, y yo, sí.

»Poquito a poquito, sin agobiarlo, porque con lo paradito que es..., no vaya a ser que lo asuste demasiado, pero voy a estar ahí, siempre. No va a tener más opción que verme, olerme, tocarme... hasta que llegue a sentirme.

»Y llegará el día en que será sólo para mí. Mi mundo está cambiando y necesito a este hombre en mi vida. ¡Y lo voy a conseguir!».

—Bueno, ¿qué dices? ¿Te apetece repetirlo? —«Vamos a ver», se dice Deli.

—¿El qué?

—¡El beso! —«No te pases, Deli, poco a poco»—. Bueno, vale, lo dejaremos para otro día...

—Sí, sí, venga, vamos, que se hace tarde y tengo que volver a la librería —dice Alejandro, de carrerilla para que Deli no pueda interrumpirlo, deseoso de acabar con esa conversación y salir pitando del bar.

—¿Me invitas tú, como un buen galán caballeroso? —Lanza Deli con su mejor sonrisa.

—Claro, claro...

—Pues, vale, me voy. —Y sin darle tiempo a reaccionar le planta un beso en la mejilla, casto, aunque no puro, y, bordeando las sillas del bar, sale a la calle y desaparece de su vista.

Alejandro se queda paralizado, aún sin saber por qué. Es un simple beso, ¿no? Pero algo le hace pensar que no, que en realidad no es un simple beso si lo ha dejado paralizado. Como en las pelis, cuando uno se queda de repente quieto unos cuantos segundos de más, en la postura en la que lo han pillado. Aunque, bien pensado, pillar por un beso en la mejilla no lo ha visto en ninguna película. «Esta Deli. Mira qué es...». Y lo que más miedo le da es lo que está empezando a producir, «o no, no sé, es algo», se dice, pero no lo sabe definir.

Por un lado le da energía, le hace sentir cosquilleo por el cuerpo bajo la piel (y no es el frío), le hace sentirse hasta alegre y estirar la espalda, como si fuera más consciente de su propio cuerpo, de sus brazos, sus manos, su barbita..., no sé, como si viviera más.

Por otro lado, es del todo impropio comportarse de manera tan poco decorosa, faltándole al respeto a Mónica y a sí mismo al disfrutar de la compañía de otra mujer al margen de ella. ¿O no? ¿O no es tan impropio?

«Si yo me siento como si me dieran vitaminas, ¿no sería eso bueno? Si me hace sentir bien..., eso debe de ser bueno.

»Obviamente, bueno para mí.

»Ale, a pagar, que voy a llegar tarde a la librería».

Capítulo 7

Lo que no te esperabas

De esta noche no pasa. Esta noche, en la cena, tengo que enfrentarme a Alejandro y, por fin, dar a conocer mi derrota. Enfrentarme al «ya te lo dije yo», al «si es que se veía venir», «si estas cosas, sin dinero...». Es peor intentarlo y fracasar que quedarte con la ilusión.

Pero ¡es que yo no pienso así! ¡Es mucho mejor intentarlo, fracasas o no, que quedarte con la ilusión, con las ganas! Con esa parte de ti que tienes que sacar, que te pertenece, pero que tiene que salir de ti porque debe hacerse realidad fuera de tu idea, fuera del pensamiento de haberlo pensado una y otra vez todo, todito, y aunque todo el mundo te diga ¿y para qué vas a intentarlo?, ¿no estás bien cómo estás?, meterte en ese *fregao* y nada menos que hostelería, que es lo más pringado que hay y... Aunque tú estás cien por cien convencida, te ves en la necesidad de reconocerte al tratar de convencer a los demás, porque sin ese consentimiento es como si tu proyecto, tu idea, valiera menos, como si fuera menos real, menos realidad si los demás no te dicen bueno, inténtalo.

Aun así, a Alejandro cualquier cosa que se salga de lo normal (y lo normal es lo normal de todos los días de una vida normal) no le convence. Y en el caso de La Vintage pudo más mi deseo, su visualización, el ansia de acometer el proyecto que los peros e inconvenientes que ponía Alejandro. Y, pese a su resistencia, o quizá por el empeño de luchar contra ella, seguí adelante con mi proyecto hasta conseguir hacerlo realidad, no sólo realidad en el plano físico (que también), sino realidad en todos los planos que puedan existir (más allá de lo físico) con todas las realidades que puedan existir, con todos los significados que tenga para todas las personas influenciadas y afectadas por La Vintage.

Y ahora ese mundo está llegando a su fin, como el final de una era, como el final de una saga de taquilla millonaria. Aunque nadie vaya a pensarse por esta mención que La Vintage llegó algún día a generar beneficios millonarios, por Dios.

El final de un cuento de princesas y príncipes, aunque nadie más que tú se lo haya currado y nadie te rescate en plan príncipe (de ahí lo de princesos).

El final de una novela, cuando ves que sólo te quedan cinco páginas y dices ¡no!, ¡yo quiero más! Y la acabas y enseguida le eres infiel porque ya has comenzado otra, porque si tú no me podías dar más otra empezará de nuevo a darme esa historia que primero se coge con

susceptibilidad y luego engancha, pero que, en cualquier caso, hace olvidar a la otra y así no se siente la pena de su final.

La pena aquí es que es real. Es que el final es real. Y tengo que enfrentarme a la realidad.

Bueno, esta noche se lo diré, con la cabeza agachada, como hacen los perros cuando se te arriman, con el rabo entre las piernas, la cabeza agachada y las orejas aplastadas para abajo, vencidos, sintiéndose muy mal y aceptando la culpa y la responsabilidad.

Y espero tener la misma capacidad perruna de recuperarme y seguir adelante, a otra cosa, a ver qué me llama la atención o dónde me dan de comer o seguir una pelotita.

Un poquito de sal. Un poquito de sal. Tralará.

Qué aburridos son los humanos. O, más bien, me había creado yo unas expectativas demasiado, demasiado altas. Sobre todo en el terreno sexual, tenía entendido que su imaginación era mayor que la del resto de los mamíferos y otros animales y, aunque cierto es que su propósito no es el de la procreación, dejan mucho que desear. Y, la verdad, estoy empezando a cansarme, porque yo no he venido aquí para enseñar a cada uno de los machos con los que practico el sexo todas las posibilidades del placer. Porque, aunque en su físico detecto cierto potencial y luego sus palabras parece que corroboran mi idea, en realidad se me quedan como pasteles derritiéndose entre mis manos, balbuciendo como bebés, sin energía, piltrafas humanas de las que me deshago con disgusto, hasta con asco. Me hastían. ¿Serán igual todos los especímenes masculinos? Porque si es así desataré todos mis límites. Estoy aprendiendo. Necesito desahogos. Necesito que no se me desborde el vaso. En este mundo no soy capaz de controlarme, de reservar mis energías, de controlar mis acciones. Si nada me seduce, si nada ni nadie me alivia, desataré todo el potencial que hay encerrado en mí. No será por maldad, o sí. Ese concepto, tan humano, todavía lo estoy investigando. Para mí no existe. Simplemente es una parte de mi naturaleza, tan necesaria como natural, tan innata como coherente. Sin más planteamientos. En la tierra hay muchos más conceptos, principios, valores, teorías, hipótesis, filosofías, religiones... y no sé cuántas chorradas más. ¡Qué ingenuos! Nunca aprenderán la verdad.

Equipo. Se deshace el equipo. Se deshace el equipo de La Vintage. Y se deshace La Vintage. Cuántas personas han pasado por aquí, algunas muy válidas y otras... muy negadas.

¡Uy! Aún recuerdo a Sebas, el pinche. Lo contratamos al principio, cuando todos los fines de semana eran una explosión de gente acudiendo a La Vintage a todas horas del día. El equipo tuvo que ampliarse para poder hacer turnos y dar un buen servicio, hasta servíamos comidas los domingos. ¡Qué tiempos! Era todo nuevo, era todo por estrenar, los días eran nuevos y había que estrenarlos y estrujarlos y sacarles todo su jugo, porque mi proyecto, mi ilusión ¡era una realidad! Estaba en marcha, funcionaba muy bien y yo estaba casi en éxtasis. Aunque para éxtasis lo que sentí cuando Sebas me llevó a la cama después de ese primer día, de estar todo ese día tirándome los trastos y yo dejándome los tirar. Un día emocionante, picante, con la expectación en cada poro de la piel, imaginando con la antelación plasmada en una sonrisa bobalicona cada vez que me miraba, o me lanzaba un piropo o me toqueteaba por debajo del mostrador, haciéndome sentir la reina del mundo y haciéndome desear el deseo. Y eso, tal que así, nunca lo había experimentado hasta la fecha. Pensándolo bien, no lo he vuelto a sentir. Esas sensaciones de «aïsss», qué hará, cómo lo hará, esa tontería igual que si tuviéramos quince años, jugando a cosas de mayores,

porque yo estaba encandilada como una tonta. Como una tonta que, por supuesto, no soy, porque, al contrario de lo que pudiera parecer en mi vida cotidiana en general y aquel día en particular, no tengo un pelo de tonta y advierto todo casi antes de que venga, porque se pone en marcha mi robot de análisis cerebral y ¡ciudadín con quien me diga tonta!

Y aquel día, yo sabía lo que iba a ocurrir, pero no lo sabía tan sólo racionalmente. Todo mi cuerpo respondía al estímulo sexual que provocaba Sebas en dosis espaciadas al principio, más seguidas después y casi al cierre del local con fuerza y mirada animal, que casi llegaba a intimidar de la agresividad que se palpaba en el aire, porque casi no podía contenerse.

Tras todo el día de tener el cuerpo como en tensión, la piel erizada, la mirada soñadora..., no había otra conclusión posible.

El final lógico, bueno, lógico, no, pero el final natural nos llevaba a la cama inexorablemente, como un poderoso imán.

Y eso era lo que iba a pasar y pasó. Y pasó mucho, variado e intenso.

Como decía, yo estaba encandilada como una tonta, pero él tenía claro su objetivo y lo iba a cumplir: meterse entre mis piernas y añadir una conquista más a su larga lista.

Porque estaba claro. Hasta yo lo sabía, aunque ese día y los siguientes no quise ni planteármelo ni pensarlo. Ese día yo quería sentir lo que sentí, todo el día y toda la noche. Y no pensar nada más. Pero estaba más claro que el agua. Sebas era un gigoló. Y casi, casi vivía de ello. Claro, conmigo se equivocó (o no), porque yo no le iba a ofrecer un trabajo fijo, ni me lo iba a llevar a mi casa, ni le iba a comprar un coche... ni todas esas cosas que, con los días, descubrí que pretendía tener en la vida a costa de la tía que se lo pudiera o quisiera dar, menos lo del trabajo, que eso era para despistar.

Pero, en fin, que yo lo tenía muy claro. No sé, quería vivir esa experiencia, supongo que quería sentirme admirada y deseada a ese nivel, a nivel de conquista. Y eso fue lo que tuve. Fui fácilmente conquistada. Y disfrutada.

Hay quien pueda entender que este capítulo de mi vida quede tan sólo para mí. Por supuesto. También para Sebas, porque, aunque sea un gigoló, es una buena persona en el fondo y mi conquista no será retransmitida cualquier domingo por la tarde delante de los amigos.

Si algo he conseguido en esta vida es ganarme el respeto de los demás, y Sebas me tiene respeto.

Así que lo que pasó, ahí se quedó.

Alejandro nunca sabrá nada. Porque sí, estaba con Alejandro cuando ocurrió.

Alejandro no tiene por qué enterarse, porque lo de Sebas fue como un intervalo sin espacio ni tiempo, fuera de lugar, como irreal. Así que no importa que se produjera mientras estaba yo con Alejandro, porque se trata de algo intemporal.

En realidad llevábamos sólo unas semanas cuando tuve mi día extasiado. Y tampoco es algo que vaya a repetirse en la vida. Soy leal. No porque deba, sí porque quiero. Y, por supuesto, fiel.

Alejandro nunca lo entendería. Para él todo lo que hemos vivido y construido después juntos ya no tendría sentido, pese a ser posterior al incidente. Ya nada sería igual y no toleraría esa deslealtad. Le molestaría a su hombría, más que nada, pero aun así no lo consentiría ni mucho menos lo entendería.

Sin embargo, como todo en esta vida, aquello me proporcionó una nueva fuerza, nueva en mí, en mi interior, como si al descubrir todo lo que yo podía hacer con mi cuerpo, como si al

averiguar hasta qué nivel de placer estaba destinada a sentir se me abrieran más puertas a la imaginación, más posibilidades de acción, más seguridad. Y todo eso debía ser beneficioso para mí. Y, por lo tanto, también para Alejandro, ya que estaba conmigo.

Formó parte de mi crecimiento como persona, me aportó más valor. Da igual ya. Ahora sólo quedan los recuerdos de las sensaciones que viví esa noche.

No me arrepiento de nada. Recuerdo esos días como un tesoro. Como cogerlo con las manos, con cuidado, calentito, con emoción, en redondo, en alto. Una gran experiencia en la vida. Un conocimiento de mí misma y mi deseo que no hubiera encontrado de otra manera. Un conocimiento que tenía que venir de un experto en el amor. De un gigoló, sí, pero un gigoló al que yo tuve acceso, que se permitió despilfarrar unos días conmigo para enseñarme, para mostrarme lo que puedo disfrutar, lo que puedo experimentar y también lo que puedo provocar, cómo hacerlo para hacer gozar a un hombre. Más adelante traté de experimentar todo lo aprendido con Alejandro, pero no cuajó; me miraba con extrañeza, así que me lo guardé para mí y que me quiten lo *bailao*.

Es la única vez que le he sido infiel, y sigo pensando que, como ocurrió al principio, cuando aún no teníamos sensación de propiedad, no estábamos consolidados como pareja, no cuenta como infidelidad. Alejandro no lo sabe ni lo sabrá nunca, porque nunca se lo diré. En realidad no podría entenderlo, ni mis motivos ni por qué sí ni por qué no.

A veces, me gusta irme a dormir antes para poder rememorar aquellos días, recordar cada uno de los instantes de pasión, soñar con momentos imposibles y quedarme dormida plácenteramente.

Capítulo 8

Ésta es la noche

Esta noche Alejandro le recriminará a Mónica que no le haya dicho nada del cierre de la cafetería.

Esta noche, Mónica tiene la horrible misión de comunicar su derrota a Alejandro.

¿Por qué, visto desde fuera, parece que algo no cuadra?

¿Cómo Mónica ha podido ocultar su frustración delante de Alejandro todo este tiempo?

¿Cómo Alejandro no ha detectado ni un pequeño atisbo de la tristeza que embarga a Mónica?

Sin duda, algo no cuadra.

Sí es cierto que apenas pueden verse. Los horarios de una cafetería no son compatibles con una vida normal.

Por la noche el cansancio es total. Y no viven juntos. Ni vacaciones ha querido coger Mónica este año, con la excusa de que no tenía a nadie que la cubriera. Bueno, excusa no, era cierto; para economizar se quedaba el día entero, hasta el cierre, al que llegaba agotada, sin poder dedicarle ni un atisbo de sonrisa a Alejandro.

Y mientras, ¿qué pensaba Alejandro?

Bueno, tampoco se lo planteaba. Porque él sigue saliendo con sus amigos por ahí, por las noches, los fines de semana.

Y en verano el ambientillo es distinto. Es como si todo valiera, como si se relajaran las cosas, se relativizaran y lo que en invierno no es correcto hacer porque se ve mal en verano se tolera e, incluso, hasta se fomenta.

Mónica, mujer joven y libre, no tiene inconveniente en que Alejandro salga con sus amigos siempre que quiera. La confianza es total. No hay ningún planteamiento que hacerse, del tipo «¿y si...?», porque con Alejandro está todo claro y es casi predecible.

Para Alejandro, que Mónica salga con sus amigas tampoco es un problema. Siempre que él salga con los suyos también. Porque ya no le parecería tan bien si, estando él libre, disponible, ella prefiriera quedar con sus amigas. A fin de cuentas, es su novio y debería ser lo primero. Además, «sus amigas...», bueno, son un mezclaíllo de chicas que no se sabe muy bien cómo se han juntado, porque las ves por separado y no llegas a imaginar qué es lo que las une o las identifica como grupo o las vincula.

Y tampoco entiende Alejandro qué es lo que le aportan a Mónica, aparte de lo que sea que

aporte el hecho de que también son mujeres. Porque, salvando ese detalle, todo lo demás puede proporcionárselo él. Y con mayor calidad.

Éste es el panorama que se encuentra uno al mirar la relación entre Alejandro y Mónica, que ya dura varios años: una relación formalizada y aparentemente con futuro. ¿Y con amor? Sí, claro, también aparenta ser una relación con amor, si no, ¿de qué?

Tenemos a dos personas tensas. Y no son simples personas, son una pareja, son novios, amantes, amigos. Cada uno tenso a su manera.

Mónica es equilibrada y pausada. Su malestar no viene por tener que decirle ahora a Alejandro lo de La Vintage, cuando antes no le había dicho nada. Su desazón es tener que reconocer su derrota. Porque cuando se lo comunique ya será oficial, ya será real, será de veras. Es la claudicación definitiva, brutal. Uff. ¡Pesa mucho en el corazón! También en la mente. Y, por último, en el bolsillo.

Alejandro está tenso porque, bueno, no sabe por qué. Que La Vintage vaya a cerrar tampoco debería de sorprenderlo. A fin de cuentas, todo tiene su final. Está nervioso por tener que encararse con Mónica, por tener que decirle «ya te lo dije».

En realidad, no tiene ganas de discutir, de hablar, de que le cuente Mónica por qué ni por qué no. No, no tiene ganas.

De repente, ya todo le da un poco igual. Un nuevo concepto empieza a penetrar en él. ¿Existe la posibilidad de vivir de otra manera? ¿Se puede vivir viviendo más? Y estas dos preguntas, que pueden parecer simples, para él son una gran zozobra, porque hasta la fecha su vida, su mundo, ha estado controlado, planificado, sin apenas sobresaltos.

¿Para qué plantearse ahora otras cosas? Eso es lo que hace que Alejandro esté hoy tenso. Es como si una piedrecilla hubiera impactado en un cristal y supiera que se va a resquebrajar por completo. Así se siente él.

—Hola, Mónica. —Es Sara la que le llama al móvil. Y es raro que lo haga, porque lo que le va es el WhatsApp.

—Hola, guapa.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa? —dice, preocupada.

—Sí, sí. —Y es que mi voz suena un poco sosa. Claro, con tanta disertación y evaluación de situación y sentimientos...—. Dime, ya será importante cuando me llamas.

—Pues sí. Y no es que no me haya acordado... Es que Javi no ha podido contactar hasta ahora con quien creo que puede ayudarte —suelta, así de pronto.

—A ver, a ver... —Casi preferiría el WhatsApp...

—Bien, ¿yo qué te dije la última noche que salimos?

—Ehhh... pues no sé, ¿qué me dijiste?

—Bueno, ya sé que nos pasamos un poco con los vodkas, pero tampoco fue para tanto... — Parece que Sara empieza a impacientarse.

—Vale, sí, dime.

—Pues te dije que iba a hablar con Javi. Y hoy, ¿me oyes?, hoy va a la cafetería alguien que puede ayudarte. Se llama Salvador.

—¿Salvador?

—Sí, es uno de esos tipos que se dedican a hacer auditorías o como se llame eso de las

empresas y luego les dicen lo que tienen que mejorar, lo que hay que cambiar o, si no se puede hacer nada, pues también.

—¿Sí? ¿Tú crees que eso se puede hacer en una cafetería? Eso sale en las series americanas o en las grandes empresas, pero... ¿yo? No sé, Sara...

—Que no, calla, no seas tonta. Que ya está arreglado. Y, oye, pinta muy bien. Ha dicho que va a revisarlo todo para tratar de conseguir que no cierres La Vintage. Aunque, mari, si ve que no puede ser, también te lo dirá sin tapujos y entonces ya no habrá nada que hacer... Se pasará por allí sobre las ocho. Antes no puede, porque anda liadisimo y supersolicitado. Parece ser que es muy bueno en lo que hace y está muy bien considerado. Muchas empresas lo han contratado y de repente, ¡fiu!, han despegado.

—Ya..., pero eso costará una pasta... —Costará una pasta y dos, y tres. Y ya no puedo permitirme ni un euro más. La cuenta está en negativo.

—Tranquila, que de eso también tenéis que hablar, porque como vas de parte de Javi y le debe un favor, pues ya verás como se arregla todo por unos pocos euros, que te lo digo yo. Pero tenéis que hablarlo, me ha dicho...

—No sé...

—Que sí. Mira, tú habla con él. No tienes nada que perder y al parecer él ha dicho que tal vez no esté todo perdido.

—Ya, pero suena a sacarte la pasta y luego..., total para nada.

—Jo, tía. No me hagas eso. Que no va contigo ser derrotista. Para nada. Y además Javi ya se ha comprometido. Y no te preocupes por el dinero. Seguro que no te cobra casi nada. No te lo puedo asegurar. Creo que dijo que primero tenía que valorar cómo estaban las cosas y ver qué se podía hacer y en función de eso, ya veríamos, pero que estuviéramos tranquilos, porque le debe una a Javi y, si al final no puede ser, no te va a cobrar nada.

—¿Tú crees?

—¡Claro que sí! La verdad es que, no sé por qué, me da muy buenas vibraciones. No lo conozco, pero por lo que me ha contado Javi, cómo es y las cosas que hace, parece que pinta muy bien. Seguro. Ya te digo, hay algo que me dice que esto va a ir bien.

—¿Y qué has dicho? ¿Que vendrá a las ocho?

—Sí, es que antes no podía...

—Sí, si es mejor así, porque si tengo gente tampoco voy a poder atenderlo.

—Vale, pues ¡genial! Ya verás. Ojalá te pueda ayudar...

—Oye, muchísimas gracias, Sara. Ojalá tengas razón y salga bien. ¡Vale! Voy a probar esto como último recurso.

—¡Genial! Pues te dejo y ya me cuentas.

—¡Espera! ¿Cómo has dicho que se llama?

—Jjjj... ¡Salvador!, eh... Ortiz. ¡Sí, Ortiz! Creo que ha dicho Javi que está en internet, que tiene web o algo de eso.

—Yaaa... Bueno, echaré un vistazo, aunque yo no entiendo mucho de estas cosas.

—En fin, *ciao*, guapa. Ya me dirás.

Llamada finalizada. Y yo, como tonta mirando el teléfono sin saber qué pensar, pero empezando a notar como un gusanillo.

¿Y si...? No, pero no. ¡Si sabré yo de las cuentas de La Vintage! No quiero hacerme ilusiones.

Ojalá, pero... ¡Ostras! ¿Y si se pudiera...? ¡Jo! Ya me estoy haciendo ilusiones. Es que no lo puedo remediar. Mira que soy tonta. Tonta, tonta. Si en cuanto vea los números va a descartarlo de inmediato. Y luego el batacazo será peor. Mejor no sigo pensando. Espero a que venga el tal Salvador y a ver qué me dice el *tipet* ese.

¡Ostras! Voy a llamar a Alejandro. Le va a sentar como un tiro, pero mejor lo aviso de que tampoco podremos quedar hoy. ¡Uff! No le va a gustar nada. Pero es que no, no voy a poder, se va a hacer tarde, seguro. Y además..., ¿qué le digo? Porque era hoy cuando iba a contarle todo esto... Y como todavía no lo he hecho tampoco le puedo decir la verdad, o sea, que viene alguien a revisar las cosas por si aún se puede hacer algo.

—Alejandro, hola, cariño. —Mejor empezar en plan cariñoso que soltarle a saco, de repente, que tampoco podemos vernos esta noche.

—Hola, Mónica, ¿cómo vas, cariño?

—Pues un poco liada, la verdad. Es que han reservado una mesa para cenar y..., bueno, pues voy a tener que quedarme. Porque además tengo que contarte que Deli ha encontrado otro trabajo y ahora estoy sola, y bastante liada. —Bueno, una mentira y una verdad. Empate. No soy persona de contar mentiras, pero, por otro lado, si este chico viene sobre las ocho, entre mirar papeles, hacer números y lo que narices tenga que hacer seguro que nos da la hora de cenar y tendré que preparar algo. Así que no es mentira del todo, porque tendrá mesa reservada.

—Sí, sí, ya lo sé.

—¿Sí? ¿Ya lo sabes?... ¿Lo de Deli?

—Eh... sí, sí...

—¿Y eso?

—Pues que la he visto esta mañana y me lo ha contado.

—¡Ah! ¡Vale! Pues si ya lo sabes... El caso es que se hará tarde. Dejamos nuestra cena para mañana, ¿te parece, cariño? —Ahora veremos...

—Bueno, pues sí, vale, si no hay más remedio... Preferiría haberlo sabido con más antelación, ya sabes que los cambios de última hora no me van, pero tú verás. Ahora no sé qué voy a hacer, porque ya me había hecho a la idea.

—Bueno, no sé... ¿Y si quedas con Gaspar y la gente? —«Encima hace que me sienta mal por fastidiarle la noche...».

—Ya veremos. Ya me apañaré, si no hay más remedio. Mañana hablamos.

—Vale. Mañana hablamos.

Llamada finalizada. Color rojo. Ya no hay verde. Ni un beso, ni un te quiero. Ni que te vaya bien. Que no se te haga muy tarde. Que descanses...

Argggg, ¿qué voy a hacer con este chico?

Me sabe tan mal... Tendré que recompensarlo. El próximo día le prepararé una cena romántica, pero no aquí, que no le gustaría, mejor en casa.

Y, hablando de cena, voy a preparar algo para cuando venga... Salvador... ¡Salvador! ¡Qué nombre más apropiado! Espero que haga honor a su nombre...

«Pues vaya la cafetería y sus putos horarios. ¿Pues no va a cerrar? ¡Ah! Y Mónica tan tranquila. Me llama, me dice que mañana más y arreglado. Y ya te apañas. A ver a quién llamo yo ahora. Aunque la verdad es que no me apetecía oír como Mónica me contaba lo de la cafetería. Seguro

que se pondría a llorar. Y tendría que decirle que ya se lo había dicho. Vaya plan, mejor así. Es como escaquearse de un marrón. No, si aún va a ser para mejor. Sólo pensar la noche que iba a pasar me da apatía. Bueno, pues cambio de planes. Voy a llamar a Gaspar. Seguro que la noche es mucho más entretenida. ¡Y tanto!». Esto es lo que piensa Alejandro.

Capítulo 9

Sensaciones íntimas

Viento huracanado. Saltar en los charcos. ¡Qué delicia! No entiendo como la gente no salta en los charcos..., es absolutamente emocionante.

¿Es que no lo han hecho nunca?

¿Serán todos tan obtusos que no lo han probado, tan siquiera?

La sensación de saltar y... chof... la humedad que te salpica.

¡Oh! ¡Qué gusto!

El placer de sentir el agua salpicando.

Empujarla con la bota. Aquí y allá.

Bailar. ¡Bailar!

Y girar. ¡Girar!

Y volver a saltar una y otra vez.

Y la alegría de vislumbrar otro charco, más grande, ahí delante, a pocos pasos, esperándome, diciéndome «ven aquí, ven». ¡Uuuuh! ¡Ya voy!

Voy a estrenarte.

Voy a disfrutarte.

Voy a estar contigo y que me empapes. Toda, si puede ser. ¡Hasta el fondo! Mójame la ropa. Empápame otra vez con cada salto.

Vibra.

Fluye.

Sé libre de tomarme, de disfrutarme.

Yo te patearé, te pisotearé, te haré pedazos esparciendo tu agua por todos partes, desintegrando tu todo, separándote, formando pequeñas partes de ti por doquier y volviendo a saltar sobre ti, al ataque, hasta saciarme, hasta sudar, revolucionar mi respiración, enmarañar mi pelo... Sintiéndome plena, llena de ti, de tu agua, de tu esencia, de tu humedad...

Sííí... Soy tu Ela.

La Vintage comienza a llenarse con los cafés de media tarde.

Muchachos jugando a la Play.

Alguna mesa de señoronas tomándose el cafecito, contando las anécdotas más entretenidas y las que no lo son tanto a sus amistades, mientras estas aguantan pausada y serenamente, hasta el momento de poder intervenir en la conversación y dar la propia versión de los suyos, sus nietos, sus hijos, sus nueras... y sus maridos.

Dos señores a la antigua usanza contándose sus males menores y mayores, que no vamos a trasladar aquí, que ya sabemos que con la edad se van sumando achaques. Pero es que, a veces, pareciera que entran en una competición para ver quién tiene más, quién está más tocado. Y que se engrandecen sumando más y más achaques sin darse cuenta de que, en realidad, no están sumando. Se están restando las posibilidades de vivir con mayor calidad de vida. Están restando porque en esa competición no gana nadie. ¿Qué es peor, la diabetes o la visita por la próstata...? Mejor dejemos el tema.

Hay un rinconcito, uno de mis preferidos, porque lo considero el más acogedor de toda la cafetería y le tengo un especial cariño y, por lo tanto, le dedico un especial cuidado. Obviamente está en un rincón, en el rincón opuesto a la biblioteca, a la izquierda mirando desde la barra. En ese rincón hay una pareja que aún no es pareja pero lo va a ser, está siéndolo ya.

Se nota que es la primera vez que han quedado, digamos, más en serio. Se nota por su lenguaje corporal: quieren estar cómodos, pero hay cierta tensión, quieren recostarse en la silla y, sin embargo, uno se inclina hacia delante sobre la mesa para indicarle al otro que le está atendiendo, que no quiere perderse ni una palabra de lo que dice su amor, que aún es secreto. Que lo mira fijamente a los ojos, tratando de aprenderse el color de memoria, tratando de entrar ahí para ver si estoy yo dentro. Sí, te estoy escuchando, mírame, con toda atención. Y, de repente, alguno dice algo gracioso y los dos sonrían. Se iluminan las caras y la sonrisa cambia (fugazmente, casi no se nota) a otro nivel, es sólo para ti. Te la estoy regalando. Te la mereces y te la quiero dar.

Todo ese acercamiento mudo, insonoro, los lleva a cogerse las manos. No tímidamente, no, porque el primero que se atreve a cogerlas es valiente, ha tomado la decisión y se ha lanzado al toro, a por todas, glups, y respira (interiormente) cuando el otro se las ha dejado coger y, aún más, no las suelta cuando ya no parece haber motivo para continuar cogidos. Y luego viene la dicha. Y la confianza. Confianza para decir: ¿sabes?, me gustas mucho. O no tanta confianza y decir: me gustan tus ojos. A ver qué pasará.

Y la respuesta, sorprendente o no, firma el tratado invisible con el que empezarán una relación. Serán pareja. No por ser dos. Serán pareja por el amor o el enamoramiento. Si fueran pareja por sexo no se habría desarrollado así este primer encuentro. Y, probablemente, ni estarían en La Vintage.

No puedo evitar mirarlos. No sé si tengo una sonrisa en la cara. ¿Estoy sonriendo de verdad, se me ha escapado la sonrisa que estaba en mi alma?

Lamento tener que decir que el peor grupo, con diferencia, es el de las mamás reunidas alrededor de sus únicos cortados mientras sus bichos corretean por ahí, probando todos los sofás, escalando las butacas, removiendo los libros...

No es el tipo de clientela que quiero para mi local.

Tras este lapsus temporal, todos, cada uno a su ritmo, van saliendo por la puerta. ¿Volverán? Sin duda han estado a gusto. Lo sé. No obstante, ignoro si volverán. O por ellos mismos o por La Vintage, porque tal vez volverían, como muchos más que tienen su cita diaria conmigo o semanal con La Vintage y sus acompañantes, pero, si lo hacen, tal vez se encuentren la preciosa puerta de

la entrada cerrada y con el cartel de «Se traspasa».

¡Qué fuerte! No quiero imaginarlo, no soporto pensar en esa imagen de MI local con ese cutre cartel relampagueando desde su fondo blanco, o naranja, si es de los chinos. Queriendo ser un reclamo a viva voz, cuando mi corazón lo diría bien bajito, en un susurro susurrado por no poder aceptar que esa realidad llegue a ser, que ese cartel no diga «Se traspasa», que diga sin decir «He aquí el fracaso y hundimiento de Mónica, de sus sueños y proyectos, de su mundo».

A ver..., ¿qué hora es? Uff. Siete y media. Se acerca el momento de «mi». Salvador. Curioso, ya lo he hecho mío, aun sin conocerlo...

Y seguramente será un *estirao* de traje chaqueta, con aire moderno, tal vez, pero *estirao*, a fin de cuentas.

Pero ¿qué es esto? ¿Una invasión? ¿Qué son, cientos? Al menos lo parecen. «Cientos» de jóvenes entrando en el local, mirándolo todo y buscando sitios para sentarse. Por suerte, se acomodan por grupos, sin empezar a mover mesas y sillas para juntarse, que cuando hacen eso parece que se inicia una tormenta o, como decía mi abuela cuando los relámpagos me daban miedo de pequeña: eso es que san Pedro está moviendo los muebles. Pues eso, que pareciera que ha estallado una tormenta en La Vintage.

Por suerte, estos muchachitos y muchachitas no han forzado una tormenta, sólo un remolino de chaquetas quitándose, conversaciones, movimiento...

Es una excursión nocturna de universitarios haciendo fotos por el barrio, para no sé qué proyecto.

De todo, cafés, cafés con leche, cervecitas, refrescos... Bueno, con mi mejor sonrisa, que ya me ha aparecido naturalmente tras el minimomento depreimaginativo precursor de realidad inminente, voy de mesa en mesa tomando pedidos y solicitando un poco de paciencia para poder prepararlo todo. A cambio piden, con mucha educación, por cierto, hacer fotos del local, a lo que yo les invito gratamente. Y advierto que tienen el gusto o la sensibilidad de escoger buenas tomas de cada rincón, entre risas cuando alguno de ellos se cruza en el objetivo haciendo payasadas.

En plena vorágine de pedidos, preparando *cafeses* y sirviendo boles de cacahuets, entran más grupos de personas. Debe de ser que la gente atrae a la gente... Se aposentan en los escasos puestos libres de mi pequeño mundo y cuando paso junto a ellos, como buena profesional, les digo que los atenderé en cuanto me sea posible.

Apenas puedo levantar la vista de la barra, entre vasos, tubos, tazas y tratar de que todo salga bien. Respira. Y vuelve a respirar. Detrás el uno, el dos. Ya ni el pelo puedo mantener en su sitio, las greñas me caen sobre la cara. Me da igual. Estoy en plena faena, concentrada y con el objetivo de cumplir correctamente con este aluvión de gente, pero pensando en mi interior que ojalá tuviera esto todos los días, y más en el fondo de mi interior que, si fuera así, no tendría que cerrar.

¡Flash! ¿Me han hecho una foto? ¿Con estos pelos? Bueno, ¡qué más da! A lo mío. Hasta el infinito y más allá.

Y cuando ya parece que tengo todo (bastante) controlado presiento, noto, una mirada sobre mí.

Es algo que nunca había sentido.

Por mucho que lo haya leído en los libros o visto en pelis..., esta sensación es nueva para mí. Y me recorre de arriba abajo y de abajo arriba y al través.

Respiro (otra vez). Me seco las manos, coloco los pelos tras las orejas y levanto lentamente la cabeza, con miedo, o aprensión o expectación, la verdad, no sé con qué sensación, digamos que

con sensación rara, y recorro el local lentamente (también) con la mirada y lógicamente me encuentro con varias mesas en las que alguien levanta la mano, bien para pedirme algo más de consumición o para que le lleve la cuenta.

Y la sensación desaparece, por completo.

Frunzo el ceño, como si la añorara, aunque sea incómoda ya es algo propio, era mía y la quería para mí.

Me dirijo a atender las comandas. Los grupos van levantándose y preparándose para irse, los estudiantes vuelven a armar revuelo, es algo natural, no pueden hacerlo de otra manera, y comienza, aún antes de que salgan, esa cierta sensación de soledad anticipada a su partida.

¡Esa sensación! ¡Otra vez! Más fuerte ahora. Una mirada sobre mí y en esta ocasión me recorre más intensamente, con más apremio, como más de verdad.

Esta vez me ha pillado en el rinconcito, el que más me gusta, el de la pareja de antes. Recojo la mesa en la bandeja, dándome tiempo, más que nada para conseguir pausar los latidos de mi corazón, que, no sé por qué, se han acelerado.

Me yergo para mantener o aparentar dignidad, tampoco sé por qué, y levanto la cabeza dispuesta a enfrentarme, no con sentido de confrontación sino de acompañamiento, a esa mirada que me espera, que me ha buscado y me ha reclamado. Y recorro de nuevo el local, ya casi vacío, para encontrarme tan sólo con unos ojos verdes, inteligentes ojos verdes, penetrantes e inquietantes ojos verdes que no me miran, me observan, me atraviesan desde el otro lado. Curiosamente no me había percatado y eso que he servido en esa mesa, por supuesto, una cerveza. ¿Cómo no me he dado cuenta de esos ojos verdes?, ¿y por qué me provocan esta sensación? Respiro. Y no me atrevo a volver a mirar. ¿Por qué? Porque me da miedo. Porque me revuelve.

Así que, como quien no quiere la cosa, regreso a la barra a dejar lo que he cargado y empiezo a organizar el caos que reina por toda ella.

Pero la sensación persiste...

Capítulo 10

Caracoles. ¿Caracoles?

Cientos, quizás miles o millones de caracoles recorren las calles como si de una invasión se tratara. No «como si», pues de hecho se trata de una invasión. Inaudita, eso sí, pero invasión al fin y al cabo ¡de caracoles!

De todos los tamaños, formas y colores, si es que alguien sabe diferenciarlos...

Ván a su paso, lento, pesado, con un mundo a cuestas, por las aceras, por la calzada, invaden el camino por donde pasan.

No hay tregua, no hay apenas huecos, son como un batallón, menudo, andante, renqueante, dejan su estela de arco iris tras ellos, palpitando pegados al suelo como lapas, como caracoles.

La gente camina haciendo zigzag. Es curioso y, a la vez, alegre, ver el baile con el que mueven sus cuerpos, al son de una melodía imaginaria los mayores, al ritmo de una canción de moda los jóvenes.

Pero... ¿de dónde salen tantos caracoles? Y otra vez... ¿Por qué? ¿Será una conspiración? ¿De verdad puede ser una invasión? Probablemente es una consecuencia del cambio climático, como todo lo natural sin explicación que va a parar al saco del nombrado y moderno cambio climático.

Por las aceras, tratando de no pisarlos, la gente se aparta, busca el hueco donde poder apoyar el pie. Primero uno, luego el otro.

Los hay que no se inmutan lo más mínimo. Pisan sin temor, sin miedo, sin asco... Pisan como dicen que hay que pisar. Pisa fuerte. Que tiemble la tierra. Que sepan que existes.

Y el sonido de caracoles estrujándose se hace insoportable, penetra en los oídos y llega hasta el alma y duele. Porque no sabes si a los caracoles les duele, que es de suponer dado que van a su muerte, pero, sobre todo, te duele a ti. Tanto si piensas que somos parte de la naturaleza como si no, te duele, de verdad.

Sin embargo, ves a los abuelillos con sus bastones, sus andadores, y a las abuelillas (o no tanto) que se apoyan en el carro de la compra, y lo que te duele es el esfuerzo que hacen para intentar no pisarlos, lo que, visto de otro modo, es del todo imposible.

Los caracoles invaden sin ningún objetivo, sin dirigirse a un lugar concreto (o al menos no lo parece), ¿sencillamente? Vagando por toda la calle. Sus conchas desplazándose infinitamente aquí

y allá. Sus cuernos elevándose hacia quién sabe dónde. ¿Qué verán? ¿Enormes monstruos humanos escalfándolos? ¿Tendrán miedo? ¿Lucharán por correr lo más rápido posible para escapar de esas horribles zapatillas o esas gigantescas botas que se acercan a la velocidad de la luz?

¿Y qué los ha impelido a salir de sus moradas? ¿Qué los incita a invadir el espacio de los humanos, donde saben (deben de saber) que está probablemente su fin?

Los coches pasan rápido y, de repente, aminoran la velocidad al notar, presentir que algo raro pasa, que el pavimento no está liso; que, aunque todo parece normal, hay algo que no lo es. Y los conductores se adelantan en los asientos para tratar de vislumbrar qué puede ser esa masa marrónácea que cubre la calzada. Ya no está gris. Se aprecian bocas abriéndose estupefactas, gestos de asco y, sobre todo, rasgos que denotan sorpresa.

El mundo está loco. Todo es posible. Todo es imposible. No hay que dar nada por hecho. Te cuestiones o no las cosas, las cosas suceden, con o sin explicación, con o sin motivo.

Hay quien incluso para a un lado para poder creer lo que están viendo sus ojos, para tener un panorama más exacto de lo que ocurre. Pero no tendrán respuestas. Los caracoles avanzan por doquier como si una mano divina, o maléfica, los invitara a pasear esta noche por la ciudad. Como si alguien o algo les ordenara salir y avanzar y seguir avanzando. Hacia delante. Sin más. Cumpliendo órdenes o anhelos o disposiciones de la naturaleza, equívocas, sin sentido de la genética o de la supervivencia de las especies.

Aparecen reporteros. La calle se llena de curiosos. Cámaras. Furgonetas de televisión. Los focos aportan la luz para poder apreciar en todo su contexto la invasión de caracoles. ¿Qué titular pondrán? ¿Invasión caracolil? Parece más apropiado «Los caracoles toman la ciudad».

Expertos en caracoles, babosas y demás aparecen ajustándose las gafas, prestos a dar su versión más o menos creíble de lo que está sucediendo. Obviamente nadie, en realidad, sabe exactamente lo que pasa.

Se cogen muestras, babas, caracoles de todos los tamaños. Vivos o muertos. Se avanza hacia el parque, añadiendo muestras de hojas, flores, plantas e incluso de las papeleras, las fuentes y el agua estancada de los charcos.

Todo será analizado. Todo será monitorizado. Observado a través de los mejores microscopios por los mejores expertos en ¿biología?, ¿ciencias?, ¿climatología? ¿Hay expertos en estas cosas? ¿Hay laboratorios que se hayan enfrentado a una invasión de caracoles?

Poco a poco, el temor va invadiendo, inundando también la razón de los humanos, que empiezan a preguntarse si se tratará de una plaga y si será permanente. Si será sólo un caso aislado o perdurará hasta mañana por la mañana, y al día siguiente y al otro y al otro todo serán caracoles por la calle. Si ya no se podrá caminar, correr, saltar, jugar o pasear por las aceras como antes. Si las autoridades descubrirán el porqué y, sobre todo, si tomarán las medidas oportunas para detener y aniquilar la plaga. Sí, aniquilar. Porque, de repente, se vuelve insidioso, asqueroso e incómodo ver tantos caracoles, tantas babas babosas alrededor, tanta inmundicia, basura infecta.

Y se piensa en aniquilar, arrasar, llevar a su fin último a esa masa mugrienta y pastosa que ensucia la ciudad, que interfiere en los planes, que es molesta para la vida cotidiana porque no... no pueden estar ahí. No es su sitio.

Aparecen defensores con sus correspondientes pancartas y camisetas, quién sabe cómo se pueden conseguir y distribuir camisetas serigrafiadas en tan poco tiempo... Intentan detener el

tráfico.

Ya las fuerzas de seguridad y el orden, que saben y previenen lo que puede pasar, acordonan lo que pueden acordonar, tranquilizan a los peatones y dirigen a los conductores.

Los equipos de mantenimiento se afanan por dejar espacios libres por los que pueda transitar la gente. Es un arduo esfuerzo.

La masa de caracoles parece no tener fin. Sin pausa, sin detenerse, creando, de nuevo, inundación.

Un mundo heterogéneo de móviles saca fotos a los trozos de acera sin cáscaras, a los caminitos brillantes, que forman dibujos abstractos difíciles de igualar.

En este intervalo de tiempo, las redes sociales han tenido una actividad incesante. Las fotos aparecen una tras otra, los comentarios y hasta los chistes graciosos, que la gente prepara con tiempo, habilidad y gracia, aunque puede que sin encanto.

De repente, empiezan a desaparecer. Hacia ningún lugar en concreto, otra vez. Simplemente la masa se va clareando, el espacio vuelve, poco a poco, a su normalidad. Y sólo se ven algunos caracoles aquí y allá. Se afanan los expertos en recoger sus muestras. Buscan, sin lograrlo, averiguar hacia dónde se dirigen.

Y ya no hay. Ya no hay caracoles. La calle despejada como una inmensa piscina de arco iris, como hielo resbaladizo multicolor, pero que no se rompe.

Vuelven las expresiones de extrañeza.

Cierto alivio, pero también cierta curiosidad, aunque, claro, en unos días pasará, hasta que un nuevo acontecimiento acapare la atención de la gente.

¿Y ya está? Una anomalía de la naturaleza, dirán.

«¡Ja! —Se ríe en lo más hondo—, he disfrutado como hacía tiempo no disfrutaba».

Crear confusión le encanta. La apasiona. La eleva. La inunda.

No ha llegado a caos. Casi mejor. El caos es previsible aquí.

La confusión tiene su parte de incógnita, de intriga, suspense y una gran variedad de actitudes y comportamientos hacia ella. Lo que la hace más deseable.

La confusión produce un sinfín de sensaciones en las personas. Miedo, asco, terror, curiosidad..., toda una amplia gama, irreconocible para ella. Irreconocible para Ela.

La sensación persiste... y no es una mirada inquisitiva o escrutadora, como dicen por ahí, no. Es cálida y apacible.

Y ha desaparecido.

No. Yo quiero más.

De repente, quiero más.

No quiero mirar, pero quiero más.

Me siento ¿vacía?

Me siento como si fuera nada.

La mirada de ojos verdes.

Frenética, casi etérea de felicidad, de anhelo, de cosquilleo estresante del bueno.

Vuela hacia un pensamiento, gira, cambia la dirección y se vuelca en otro. Y otro más. En su mente mil imágenes imaginarias, mil expectativas e ilusiones se concentran presionando

dulcemente, elevándola hacia un estado casi de ingravidez.

Porque está feliz. Así, sin más. Su vida empieza a dar un giro largamente esperado que, aunque realmente no muy peleado, ahora sabe que llevaba en su interior.

Inquieta como es ella, no para un segundo. Va a la habitación. Se prueba un vestido. Vuelve al espejo de la entrada (porque es el que mejor le sienta).

Mejor mirarse en un espejo en el que te veas bien. ¿Para qué mirarte en otro, si lo que buscas es autoestima, verte bien, espléndida y a por todas?

Y vuelve de nuevo a su habitación a por otra prenda, mientras la cama empieza a parecer un piso de solteros adolescentes.

Una blusa, un pantalón... ¿con qué pañuelo? Los complementos son muy importantes. Es el todo. Pueden darte un aire casual o más elegante. Sin complementos, es la anodina en persona.

Y, ¡ah!, tiene que comprarse maquillaje y mil potingues para la cara y el pelo.

«Bueno, menos agobio. Primero vamos con la ropa y... ¡ay! ¡Mi Alejandro...! Porque vas a ser mi Alejandro, eso lo tengo claro. En realidad ya eres un poquito mío, aunque tú aún no lo sabes. Pero te vas a ir enterando.

»No, esta blusa no, mejor el suéter verde, que me queda divino.

»Y también es hora de desempolvar los apuntes y ¡oh!... mis proyectos, mis ideas... ¿Dónde andará eso? En alguna de las cajas que han ido de mudanza en mudanza, seguro.

»Mi Alejandro, mi tierno corderito, que te vas a convertir en mi tigre (o león, lo que prefieras). Porque te voy a enseñar yo, porque no lo parece pero sé lo que hay dentro. Sé que aún quedan muchas sorpresas por descubrir dentro de ti. Aún no has vivido. ¡Aún no has vivido! Y, tampoco, aún no has amado.

»Por no contar las cositas que voy a hacerte y lo que te voy a enseñar a hacerme a mí. Vas a disfrutar como nunca. Vas a querer más. Y yo estaré ahí, dándote poquito a poco, sin avasallar, pero dejándote con ganas de más.

»Y vamos a jugar. Al juego de enamorarse, al juego de los juegos sexuales, al juego de no poder parar de desearse, de amarse hasta ser uno, o dos juntos, pero inseparables.

»Y no importa tu vida actual, no importa mi pasado, no importa tu novia aunque sea mi amiga.

»Porque el amor lo puede todo y todo lo cura y todo lo resuelve.

»Y, de todas formas, ya no hay vuelta atrás. La vida debe continuar. Eso sí, conmigo. También es por tu bien. A fin de cuentas eso es amor, querer el bien del otro. Yo no quiero cambiarte, pero lo vas a hacer. Lo vas a hacer porque lo vas a necesitar como agua de vida, que eso es lo que voy a aportarte.

»¡Ostras! Colonias, perfumes... ¡También es importante! Debo ir impecable. Hacer lo que me encarguen perfecto, por supuesto, pero mantener siempre estilo en mi forma de actuar, en mis gestos, en toda yo... Voy a mirarme en el espejo. Esa arruga en la frente no puede ser. Siempre sonriente, siempre aparentando serenidad, aunque el jefe me esté dando el sermón de su vida.

»Espera..., ¿era jefe o jefa? Porque si era jefa... es peor, o eso dicen, aunque a mí no me ha ido tan mal con una jefa.

»Bueno, pues lo que sea. Si es jefe me lo camelaré con mi simpatía, pero no, nada más, que de éstas ya estoy curada y además ahora sólo me importa Alejandro.

»¿Y si lo llamo Alex?

»Uff. Sería rompedor para él. Sería desconectarse del nudo que lo ata a su casa parental, a sus

papis. Bueno, por algo se empieza. Y empezar por el nombre parece buena idea.

»Porque sí, debe aprender a desligarse un poco de ese yugo que lo ata a sus padres y empezar a tener su propia vida, independiente. Connigo. Yo lo ayudaré».

Deli es así. Dinámica, activa, imparabile y también muy cabezona cuando quiere algo, pero quizás el rasgo más característico de ella sea su simpatía.

Es una simpatía natural, no es forzada, no es aprendida. Le sale de dentro e inunda a quien tenga alrededor.

Su sonrisa mueve montañas.

Hasta los abuelos más cerrados de la cafetería, esos que ni te miran, esos que han pasado mil calamidades en su vida y se han blindado a todo y a todos pero aún conservan la pequeña ilusión de tomarse su cafetito mientras leen el periódico, o mientras hacen como que leen y, en realidad, sólo (¿solo?) están rememorando su vida. Ese tipo de abuelillo que no se junta con nadie más, que se enfada si le llevas sacarina, porque tú ya debes de saber que él se toma el café con azúcar, como Dios manda. Que no te da los buenos días porque ya está de vuelta de todo y total ¿para qué? Esa mocosa ni lo merece.

Pues no, hasta a ese tipo de personas Deli las transforma, día a día, con tenacidad, con encanto, con dulzura. Poquito a poco. Al ritmo de la vejez. Pero sin dejarse vencer por el desaliento, por una mala contestación o, peor aún, por una de esas miradas que lo dicen todo: enfado, apatía, advertencia y... desaliento.

Que ya hay que ser virtuosa para combatir una mirada así. Sin embargo, Deli acaba ganando. Siempre acaba ganando. No es un sol, pero ilumina con su simpática sonrisa.

Al fin, hasta el más amargado del mundo sonreiría con ella.

Bueno, querido lector, veamos por dónde andamos.

Sensaciones, emociones que cambian, nuevos personajes que van a aparecer... Seguimos en La Vintage y hay ciertas dosis de erotismo que parece que vienen pero que no llegan. Demasiadas, quizás, vamos a ser más formales, que de eso no va este libro.

¿De amores y desamores? Puede. Pero algo más, ¿verdad?

Y Ela. Está ahí, al fondo. Casi no está. Podría estar más, aparecer más. Saber más, si es que forma parte de la historia... El caso es que aparece, ¿no?

—¿Y qué narices pintan los caracoles? ¿Qué narices?

Ahhhh..., eso no es más que una parte... de las historias. Es que algo diferente tiene que haber en las historias. Son demasiado previsibles, aunque no te engañes, que nunca se sabe cómo pueden acabar las cosas. Tampoco van a ser como a ti te gustarían... que, de momento, nadie ha padecido (mucho) en esta historia y en las historias, como en la vida real, se padece a veces. Pero no te preocupes demasiado, sigue leyendo, que hay muchas cosas por descubrir, también habrá alegrías, digo yo.

De repente, la decepción aparece en la cara de Mónica. No, la cara de Mónica es la decepción en persona. Y es que no puede evitar que las sensaciones se reflejen en su cara, aun sin querer, es incapaz de retenerlas dentro de ella, sólo para ella, sin que las vean los demás, lo cual la hace vulnerable, aunque también enternecedora a veces. No podría mentir aunque quisiera. Demasiado se le nota.

Decepción total, implacable, desoladora.

Cuando, por fin, había parado, había cogido coraje para mirar y ver a su alrededor en general y hacia esa mesa en particular..., cuando estaba dispuesta a todo, hasta a sonreír, hasta a aguantar todo lo que hiciera falta esa mirada que le besa el alma..., cuando ya no importaba nada más, ni el resto de los clientes ni los vasos por lavar o por guardar, cuando ya nada más importaba (que, aunque lo repitamos, es para recalcar que nada, nada más importaba), los ojos verdes ya no estaban.

Por un momento pensó que le faltaba la respiración, el corazón se aceleraba, el alma se rompía.

Miró por todo el local. Y volvió a mirar. Los ojos verdes ya no estaban... y la cerveza, vacía.

«No. Habrá ido al servicio... Sí, eso será. Seguro».

Pagaron los clientes mesa a mesa. Siguió recogiendo todo. Sólo quedaba un vaso de cerveza vacío en esa mesa.

Y los últimos clientes salieron por la puerta.

«¡No puede ser! ¿Dónde está?».

Repasó mentalmente lo sucedido. Trató, inútilmente, de asociar esos ojos verdes a una cara, a un color de pelo, a una ropa, a un color, un cuerpo, pero no.

Algo en su mente había nublado completamente su razón y disociado de forma total esos ojos de la persona a quien pertenecían.

Una sensación poderosa de ansiedad la recorrió.

Volvió a repasar milimétricamente todo el local. ¡Los percheros! No, no había chaquetas.

Con decisión se dirigió a los aseos. Y abrió. Sin más. Y buscó. Pero no encontró.

La desazón fue en aumento. La sensación incrédula de pérdida se apoderó de su esperanza.

Hasta que se dio cuenta de su reacción, de su inquietud; y, extrañada, se planteó qué la llevaba a ese estado.

Bueno, era una sensación que nunca había experimentado. Notar una mirada así, notar esa mirada, no recordaba nada parecido.

Y a Mónica le gustaba estar pendiente de las sensaciones, no ya para analizarlas, sino por vivirlas.

Así era ella y ese aire impregnaba La Vintage, dotándola de sensaciones que a ella le gustaba crear.

Pero no parecía que tuviera mucho sentido sentirse tan desazonada porque ya no estuviera ahí, porque la mirada, junto a su dueño, no estuviera allí.

Y tampoco podía dejar de culparse por no haber aprovechado el momento. Por haber tenido miedo. ¿Miedo? Era peor su desazón. Ese pequeño vacío y la sensación de haber perdido algo. Algo importante. «¡Venga, va! Que eres más fantasiosa... Si lo que pasa es que estás cansada, agotada. Lo mejor, seguir recogiendo y limpiando y dejar de pensar en tonterías que no van a ninguna parte».

«Pero ¿por qué se ha ido? Alguien que pueda provocar una mirada así, que atraviesa y te llega hasta dentro, no puede llegar, lanzarla y luego irse y dejarte así, sin más.

»Pero eso es lo que ha pasado. Así que sigamos. Sí, estoy cansada. ¿Qué hora es? Las nueve. Y el tal Salvador no ha aparecido. Si ya lo sabía yo... Para qué hacerse ilusiones, si estas cosas son para grandes empresas, corporaciones, franquicias y eso».

Mónica siguió la tarea de recomponer La Vintage hasta que quedó como debería, como ella quería que estuviera.

Miró de nuevo su reloj y decidió que era hora de marcharse.

Aún hizo caja para hacer tiempo.

Cerró y caminó triste hacia su casa.

Estoy agotada.

¡Hola, guapa!

Ya he cerrado, pero el tío ese no ha venido...

¡Ah! ¿No? Qué raro.

Pues no. Si ya te lo dije...

No, no, él aseguró que iría. Pero que antes de las ocho no podría.

Pues son las diez y ya no puedo más. Me voy a casa. Ya hablamos.

Vale. Pero me parece muy raro. Buenas noches, que descanses, corazón ☺

Al menos hoy había conseguido hacer una buena caja.

Capítulo 11

Una noche mágica

Hemos quedado a las nueve. Llevo todo el día preparando esta cena y la casa.

Y en los intervalos de tiempo, mientras espero algo del horno, después de pasar el mocho o tras la ducha, aprovecho para enviarle mensajes que pretenden ser alusivos, motivadores y que le generen expectación.

Quiero una velada romántica y sensual. Necesito abrazos y mimos y lo que venga después.

Estoy decidida a hablar de la manera más asertiva que me sea posible y sin ahondar en mis sentimientos frustrados de La Vintage. Aguantaré lo que él me diga sin dejarme llevar por sus palabras, sin que lleguen a lo hondo y me hagan daño.

Esta noche quiero brillar y quiero vibrar y no voy a permitir que nada se interponga entre Alejandro y yo.

Mañana ya será otro día y ya tendré tiempo de hundirme y de llorar, pero hoy, esta noche, mi objetivo está claro, hacer feliz a Alejandro y disfrutar con él.

La ropa seleccionada, el pelo en su sitio, la mirada dulce y la expresión apacible y accesible.

La mesa impecable. La decoración seleccionada y el ambiente idóneo para una velada romántica.

Todo preparadito.

Puntual, como siempre, Alejandro se presenta en casa. Por su expresión no se puede adivinar de qué talante está. Pero eso no va a amilanarme. Mi sonrisa es radiante. Y su respuesta, inmediata. Me coge por la cintura y me besa como hace tiempo que no lo hacía. Sin duda, ha funcionado la preparación a base de mensajes y motivaciones varias a lo largo del día.

Vamos hacia la cocina, yo a acabar los últimos detalles de la cena, él a seguir tras de mí.

—Estás guapísima esta noche —dice con una mirada intensa, orgullosa y feliz.

—Sólo para ti —respondo. Me embarga el amor hacia él.

Hacía tiempo que no me sentía completamente enamorada. Hoy, esta noche, me he vuelto a enamorar. Sin duda es el amor de mi vida. Sin duda, es donde quiero estar.

Supongo que todo el día preparando esta velada, todo el día pensando en él, jugando con él a través del móvil, te incita, te empuja a sentirlo más cerca, a sentirte más suya, a sentirlo más mío.

Sigue observándome con su mirada tierna. Es un encanto. Tan bueno...

Yo continúo ultimando las cosas para la cena, emplatando y colocándolo todo como debe estar, tal como lo tengo previsto.

La conversación fluye al ponernos al día de las últimas novedades. Inevitablemente, hablamos de Deli.

Comentamos su partida de la cafetería y su nueva oportunidad laboral. Compruebo que ambos nos alegramos por ella.

Pasamos al salón.

Pudiera parecer que al comentar lo de Deli y nombrar La Vintage, la conversación derivaría hacia el ineludible tema de su cierre.

Sin embargo, nos sentimos tan a gusto, estamos tan compenetrados, que nuestros ojos sonrían y reímos por cualquier cosa, como por lo de los caracoles, curioso incidente que quedó en incógnita, mientras nos enseñamos las imágenes y los posts recibidos, cada uno con su móvil.

El intercambio de móviles para enseñarnos estas chorradas, aunque no parezca nada extraordinario, nos une más, porque por un momento le cedemos al otro una parte nuestra, un aparatito en el que va gran parte de nuestra vida: llamadas, mensajes, wasaps, imágenes, notas...

No a todo el mundo, yo diría que a nadie, le gustaría que fisgonearan libremente por su móvil. Ya es casi, en esta vida moderna, una parte de nuestra intimidad. Y la confianza con la que le paso el mío y la ligereza con la que él me ofrece el suyo para ver las fotos de los caracoles es como una inducción al acercamiento y a la complicidad.

Está todo sabroso. La mesa está en su justo punto de perfección no perfeccionada. De arreglo, sin llegar a ser elegante y sofisticada, y con un toque moderno, algo rompedor, que hace que el conjunto gane valía.

—Está todo buenísimo —dice Alejandro mientras rebaña su plato. La satisfacción se nota en todo su cuerpo, su postura, su mirada... y a mí también me llena de alegría.

—¡¡Ohh!! Gracias, mi amor. Me ha costado un montón, me lo he currado..., pero al final ha valido la pena —contesto sinceramente.

—Claro que ha merecido la pena. Necesitábamos un día así. Relajados, tranquilos, una buena cena, un espacio sólo para nosotros dos, charlar..., bueno, yo lo necesitaba... ¡Has estado tan ausente últimamente! Apenas nos vemos...

Y lleva toda la razón del mundo, no se lo puedo negar. Así es. Y es que, claro, entre que no nos hemos ido de vacaciones, yo todo el día en la cafetería, él a su rollo y yo con mi mogollón..., aún no sé cómo hemos llegado a conseguir esta cena, a disfrutarla al máximo, como hace mucho que no hacíamos, cuando eran mejores tiempos.

—Tienes razón, Alejandro —le digo.

Y, de repente, se me ocurre la mejor manera de comunicarle lo del cierre de La Vintage. No sé cómo no se me había ocurrido antes. ¡Claro! No desde mi perspectiva, fatalista por lo demás, sino desde la suya, porque para él no va a ser un fracaso, para él va a ser la oportunidad de poder estar más tiempo juntos, de disfrutar más, de vernos más y, sin duda, de hacer planes más a futuro, proponernos metas comunes y ser una pareja más normal, más común, que hace y planea las cosas que todas las parejas hacen, que hacen las parejas estables en algún momento de sus vidas.

Y sí, es la manera correcta de enfocarlo, y no sólo por él, que ahora he caído en que para él va a ser perfecto, sino también para mí. Es concentrarme en otro objetivo y tengo claro que ese objetivo es Alejandro. Ahora lo veo claro. Necesitaba sentirme tranquila, despejar la mente, no

mirar tanto mi ombligo, concentrarme en otra cosa, como ha sido esta cena, y dejar de pensar en La Vintage; y, así, he conseguido encontrar una nueva ilusión, que ya existía antes y, por supuesto, era primordial para mí, pero hoy, esta noche, me he vuelto a enamorar, enamorar de verdad de Alejandro. Y ésa es mi ilusión ahora, Alejandro.

Ya no me cabe la menor duda.

Alejandro es mi vida. Me ha hecho falta un enfoque diferente para que este sentimiento ahondara con profundidad en mí.

Y así, sin más, la conversación surgió, sanamente.

Y se desarrolló de tal forma, tan natural, tan sin pesares ni lamentos, que hasta parecía que estuvieran hablando de cualquier otra cosa menos del cierre de La Vintage.

Alejandro vio a Mónica desde otra perspectiva. Tenía otros ojos, otra forma de mirar y de ver que no reconocía en ella.

Enfrente de él había una mujer maravillosa y encantadora de la que no podía apartar la mirada. Y, cuando lo hacía, el olor y el sabor de tan bien preparada cena y el entorno estudiado que los acompañaba le impedían hacer otra cosa que no fuera dirigir su mirada hacia ella. Y disfrutar de la conversación.

El temido momento que, afortunadamente, había sido pospuesto hasta entonces, había llegado.

No pudo evitar cierto estiramiento físico cuando Mónica comenzó a hablar. Un pequeño entrecerrar de sus ojos, que apenas se notó, y un cruzar las piernas y los brazos.

La velada iba a truncarse. Gran desilusión. Cuando todo parecía ir perfecto y habían llegado a un punto de entendimiento e intimidad, aquella conversación pendiente presagiaba un final bien diferente al que él aspiraba.

¿Qué haría él? Tendría que consolarla, soportar su caída y acompañarla en su tristeza. Aún no sabía si decirle que se había enterado por Deli. Según viera...

Y ahora que la tenía enfrente, tan delicada, tan a punto del abatimiento, experimentó una oleada de ternura hacia ella.

No, no le diría que había previsto ese final. No le diría que los sueños y los proyectos a veces no se consiguen.

Al contrario, la apoyaría, estaría presente en un momento tan amargo para ella. Porque ahora comprendía que se pueden tener otras pasiones, otras ilusiones, y Mónica había conseguido hacerlas realidad, lo que ya era un gran logro, eso no podía negárselo.

No iba a ser él quien la hundiera más. El amor está en las buenas y en las malas. Y Mónica lo necesitaba más que nunca. Así que iba a darle todo el amor, apoyo y comprensión de que fuera capaz.

Sorprendido por esta reflexión, que apenas duró dos minutos, Alejandro continuó pensando en cuál sería la mejor forma de ayudarla, porque no era un experto en empatía, iba a tener que esforzarse. Y, sobre todo, pensó que el amor era la clave.

Ya no pudo detenerse a pensar más ni ahondar en estas reflexiones tan profundas para él.

Una vez más, Mónica lo estaba sorprendiendo.

No era la Mónica lloriqueante y amargada que él había previsto.

Era una mujer hecha y derecha, consciente de la realidad y con un enfoque motivador en su esencia, que planteaba ilusiones comunes, metas que alcanzar y la posibilidad de una vida después

de La Vintage. La vida que tantas veces él había tratado de planificar, la vida que él consideraba que debían vivir. Una vida juntos. La vida de Alejandro y Mónica.

Y era tal el convencimiento que irradiaba de ella, la dulzura que transmitía todo su ser y el encanto de su sonrisa, que, justo en ese momento, tomó una decisión.

Y, tras quedar totalmente convencido de que era la decisión más importante de su vida, ya no pudo más y, levantándola, la abrazó con infinito cariño, y su beso fue el más apasionado de la historia mundial.

Una noche mágica, de esas que se dan escasamente en la vida, sería el resumen de la velada que Mónica se había cuidado de crear.

Al día siguiente, tras haber desayunado entre risas y restos de ropa, Mónica se mostraba pletórica, resplandeciente y poderosa. Hacía mucho tiempo que no se sentía igual.

Iba ligera por la casa, canturreando no se sabía muy bien qué canción.

Daba vueltas girando mientras recogía lo que había quedado en la mesa de la noche anterior.

Y volvía a la cocina sonriendo, pensando en lo afortunada que era y, sobre todo, en la ligereza de su alma y de su corazón tras haberse desprendido de aquel peso, el lastre que la había estado oprimiendo y que, visto desde el color y el azul del cielo de la mañana, ya no parecía tan angustioso y desazonador, ni mucho menos.

Al contrario, la ilusión y las ganas de vida palpitaban dentro de ella, deseaban salir y expandirse al exterior, más allá del balcón, hacia el mundo entero, sin detenerse jamás.

Una sonrisa interna la recorría, era alegría en sí misma. Era sentirse bien. Fuerte, de nuevo, y animada. Y no quería perder esa sensación. Se cogía a ella para explotarla con todas sus fuerzas, para que fuera eterna y no se diluyera con los días.

Para ello, pensó, debo seguir cultivándola, como una planta en una maceta que debes regar y cuidar para que crezca y muestre su belleza.

Alejandro se despidió con un gran beso, dulce beso. Tenía que volver a casa con sus padres. En su cara una sonrisa, casi bobalicona.

—Esta noche cenamos fuera, ya te aviso a qué hora te recojo, ponte guapa, ¿vale? Va a ser especial —dijo, como de pasada.

—¡Vale! ¿Adónde vamos? —preguntó Mónica—. ¡Qué ilusión...!

—¡Ahhh! Ya lo sabrás... a su debido tiempo —respondió él, y en su cara se notaba que no pensaba soltar prenda.

«Vaya con este nuevo Alejandro, con sorpresas incluidas», pensó Mónica mientras se sentía dichosa y feliz.

Cuando él se marchó, regresó a sus pensamientos sobre la felicidad.

Con esa nueva visión de las cosas se dirigió al balcón. Saludó a Bartual, que le contestó sonoramente.

Y los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción al sentir la vida que fluía en el animalillo.

Con gran determinación y también alegría, decidió que abriría la puerta de su jaula. Iba a darle la libertad, la vida que merecía su compañero fiel, que siempre la había acompañado.

Pero antes le diría: gracias. Gracias por estar a mi lado, gracias por ser mi callado confidente, por escuchar y nunca reclamar. Sé feliz, vuela libre, ve al parque, allí hay más como tú, tan especiales, tan llenos de vida..., aunque, en realidad, ninguno como tú, porque tú eres Bartual y

contigo se va una parte de mí que te regalo con amor. Vuela. Y sé que no volverás jamás a este balcón, no volveré a verte, pero estaré feliz al sentirte feliz y, sobre todo, libre. Porque esta nueva felicidad que me inunda hoy debo compartirla, debo expandirla más allá de mí y qué mejor forma que abriendo la puerta de tu jaula, dejándote salir y, al fin, ver tu vuelo, ver como te alejas de mí en busca de tu propia felicidad. Y, sin pensarlo más, abrió la puerta de la jaula y Bartual voló.

Capítulo 12

El amor

Un día lleno de significados ocultos, sólo visibles para Alejandro, fue la consecuencia de la noche anterior vivida con Mónica.

Motivado por un cúmulo de sentimientos y nuevas sensaciones recién experimentadas, Alejandro dedicó el día completo a preparar la velada que tenía en mente. Sus expectativas eran grandes y elevadas.

Por una vez, o al menos una de las pocas veces en su vida, no sintió la inseguridad que solía atenazarlo ante situaciones vivenciales.

Por una vez tenía claro el camino que quería seguir y cómo recorrerlo, y todo su día se orientó hacia esa nueva meta, hacia el momento final que marcaría el principio.

Lo preparó y planificó todo cuidadosamente, como era propio de él, repasando paso por paso todos los requisitos.

Nada dejó al azar. Eso era de insensatos. Tenía que alcanzar la perfección para conseguir su fin último, el propósito de la decisión que, inesperadamente pero con seguridad, había tomado durante la cena con Mónica, mientras la escuchaba y la miraba a ella, a su dulce Mónica.

Una decisión que marcaría su vida. Un antes y un después. Un marcapáginas perenne insertado de forma cabal entre las páginas de su vida. Y de la de Mónica.

Imaginaba su expresión. Imaginaba su sonrisa. Meses antes ni se lo hubiera planteado y ni hubiera imaginado ver esa sonrisa en su rostro. Pero ahora sí, ante la actitud de futuro que leyó en sus ojos, estaba seguro de que esa sonrisa surgiría.

¿Y sería el hombre más feliz de la tierra, como se suele decir? Por supuesto, no le cabía duda.

Podía asegurar que lo sería en ese momento y que se prepararía para serlo en muchos momentos más en cuanto viera esa sonrisa.

—Te quiero —le dice ahora, cuando ella contesta al teléfono.

—Yo también, cariño —la escucha decir un tanto sorprendida, por ese arrebato inusual e impactante suyo.

—Esta noche salimos a cenar fuera, te recuerdo.

—Sí, sí, claro.

—¿Crees que a las nueve podré recogerte? —pregunta.

—Sí, yo creo que sí. Intentaré cerrar a las ocho y así me preparo —contesta Mónica.

—Ponte guapa.

—Sí..., bueno, vale.

—Va a ser una noche especial.

—¡Ayer ya fue una noche especial!

—Te aseguro que hoy lo va a ser más.

—Me tienes totalmente intrigada, dime, ¿qué estás planeando?

—No estoy planeando nada. Tú solo ponte guapa.

En realidad, Alejandro no miente. Todo está perfectamente planeado ya.

Por suerte, Alejandro no es una persona impaciente, y ha sabido controlar pausadamente su impulso de revelar a Mónica el motivo de esa noche especial.

Nada más colgar el teléfono, Mónica sintió remolinos en el estómago y sensación de expectativa. Ilusionada mientras atendía en la cafetería, pensaba en lo que se pondría esa noche, para tan curioso y raro encuentro con Alejandro.

No se detuvo a pensar mucho en ello. En lo inesperado e inusual del comportamiento de Alejandro. Se dejó llevar, eligió la emoción que le provocaba la actitud un tanto intrigante de él.

Sus pensamientos iban y venían, sin analizar nada. Ahora ya no, ahora una nueva vida tenía que comenzar y empezaba ya, ahora mismo, con lo que viniera.

No obstante, la realidad seguía allí. Como una losa pesada. Y La Vintage la miraba con cara triste, languideciendo y, aun así, mostrándole sus últimas sonrisas, sus últimos guiños.

Se preparó mentalmente y comenzó a hacer listas de lo que iba a necesitar para... para cerrarla.

Llamó a la gestoría y se informó de los pasos legales que se requerían. La sorpresa del gestor no le nubló la mente. Estaba decidida a hacer lo que no había más remedio que hacer.

No se permitió volver atrás, a esos momentos de hundido pesar.

Una nueva determinación (más aparente que otra cosa) la llevaba a concienciarse de que tendría que dar todos esos pasos costase lo que costase. Porque, en el fondo, era consciente de que doler le iba a doler mucho, de hecho ya estaba doliéndole, pero optó por el optimismo y la ilusión. No cabía otra manera de pensar.

¡Ocho y diez! ¡A correr! No se entretuvo en fregar el suelo, aunque sí recogió todo. ¡Mañana más! Casi voló hacia su casa.

Y no se sabe muy bien cómo pudo ducharse, arreglarse y maquillarse para abrir la puerta puntualmente, a las nueve, con una presencia impecable que causó la admiración de Alejandro, mientras ella sonreía por dentro al verlo, por primera vez, con americana, encantada con la buena planta que tenía su novio.

Se miraron embelesados. Alejandro sabiendo todo lo que iba a acontecer. Mónica, deseosa de saber todo lo que iba a acontecer.

Subieron al coche entre risas y piropos y entraron en un restaurante al que no habían ido jamás.

Lo cierto era que no frecuentaban muchos restaurantes de la ciudad, aunque sí sus barecitos y tascas, debido a los incómodos horarios de Mónica y, también, porque a veces necesitaban la intimidad y comodidad que les proporcionaba la casa de ella. Y Mónica lo agradecía, porque,

aunque tuviera que cocinar para preparar la cena, estar en casa era como estar descansando.

Por lo inusual de esta salida y sólo por el aspecto que ofrecía el restaurante, Mónica presintió que sí, aquélla era una ocasión especial.

Ella se sentía atraída por una parte especial de la ciudad y eso le causaba incomodidad.

Era libre, su mundo era el mundo entero y arriba y abajo hacia espacios y tiempos imposibles de imaginar o recrear.

Notar esa pequeña atadura, lejos de considerarlo una pequeñez, la ponía frenética, deseosa de todo bien y todo mal y, sobre todo, le resultaba incómodo sentir atracción hacia algo que aún no había determinado y no sabía definir qué era. Tal incertidumbre y su consecuente malestar creaban variaciones en su cuerpo, como olas de colores que recorrían su ser de agua.

Una tormenta no era suficiente.

Una inundación era jugar en liga menor.

Necesitaba desahogarse y ahogar la sensación que la oprimía.

Hasta ahora, había vagado entusiasmada con su nuevo cuerpo, con las sensaciones que recibía de él, con sus experimentos y sus juegos.

También había intuido, más que experimentado, ciertos pensamientos hacia el género humano que la confundían.

Aborrecía hasta llegar al asco cada momento en que había tenido que interactuar con personas.

Sentía desprecio, aunque más bien sólo lo pensaba o, tal vez, lo intuía. Los sentimientos de las personas le eran tan ajenos, la afectaban como a una hoja de árbol caída en el suelo le puede afectar la mirada de un niño.

Pero, tras estas zozobras mentales, lo que más la inquietaba era cierto temor por su estancia aquí, por el motivo de estar aquí y, sobre todo, por la incertidumbre de que su estancia se pudiera alargar en el tiempo.

(Aunque ésta es sólo una forma de hablar, pues para una criatura de la lluvia el tiempo no es algo significativo. Porque, en realidad, para una criatura de la lluvia el tiempo no existe).

Permanecer cautiva en ese espacio, entre vidas de humanos, comenzaba a afectarla.

Su ligereza, su transparencia, su estado atemporal perdían energía espiritual, aunque no mermasen sus poderes ancestrales.

Viéndose contaminada y enclaustrada, su instinto primario pugnaba por salir hacia el infinito.

Un varón vino a salvar la situación.

Un hombre con aparente potencial físico como para poder controlarla y casi, casi, saciarla.

El lugar era precioso.

Una exquisita decoración lo dotaba de un estilo equilibrado. Creaba un ambiente más allá de lo acogedor.

Era el espacio idóneo para la cercanía, para las sensaciones profundas, para el sosiego.

Los condujeron al centro de la sala, en un enclave semiprivado parcialmente rodeado por un murete de cara vista, con una iluminación muy escogida y una decoración sencilla a la vez que especial.

Alejandro se veía radiante, cómodo, seguro de sí. Y encantado de impresionar a Mónica con la puesta en escena.

Ella, al principio, se sintió un tanto intimidada por la elegancia del local, porque hubiera tres camareros prestándoles absoluta atención y por su propio nerviosismo.

Pero, una vez que se acomodaron y Alejandro tomó su mano, pudo relajarse y empezar a apreciar que disfrutarían juntos de la velada, con esa nueva cercanía entre ellos que la hacía sentir dichosa y vibrante de vida.

Una tenue música de fondo contribuía al ambiente apacible que se respiraba en aquel espacio.

Entre risas, eligieron la cena entre los platos impronunciables que venían reflejados en la carta.

Alejandro, a lo seguro.

Mónica, hacia la innovación y las nuevas experiencias.

Era cómodo, era sentirse bien, como en casa, cuando no se aparenta nada, cuando se es uno mismo, con todo lo bueno y lo menos bueno, cuando no hay que hablar si no es necesario y no es necesario hablar cuando parece que toca hacerlo.

La conversación fluía y los silencios cómodos también.

Alejandro y Mónica se miraban con exquisito amor, ternura nueva y afinidad reencontrada.

Las caricias, las sugerencias susurradas, la complicidad que los cubría, hacían el momento delicado, dulce y único, no cabían instantes vacíos.

El mundo giraba, la vida seguía su curso y ellos estaban en él y en ella, juntos.

Podría decirse que era un anticipo de la Navidad, una carta a los Reyes Magos en la que tan sólo «te pido a ti». Tú eres mi mejor regalo, lo único que necesito y quiero vivir.

Era una plácida jornada al sol de mayo en una playa tranquila, el cuerpo reposado, la mente fluyendo con las olas del mar, el alma en calma y la vida nutriéndose.

Era sentarse en un banco tras un largo y apacible paseo por el parque, rodeados de hojas de otoño, con variedades infinitas de colores y el corazón templado.

Era el calor de una chimenea en invierno, lo hipnótico de la madera al arder, que aporta vida propia y al mismo tiempo, serenidad.

Era la placidez de acariciar a una mascota y sentir el placer que le produce, la mirada presta pero calmadamente sencilla.

Sonaba With or Without You, U2.

Sonaba y vibraba dentro de Mónica.

Esa melodía la recorría, le erizaba la piel, Mónica sentía sin saber lo que sentía, tan sólo era la magia de la música apoderándose de ella con dulce solidez. Era su canción. Su canción preferida. Y como la sentía tanto, tanto y tan dentro, la asociaba, la unía a Alejandro sin ningún motivo en especial, sólo por ese mágico amor musical que la inundaba cuando la melodía se introducía en su alma.

Alejandro la miraba, tan solo.

Permitía que se embebiera de su canción.

Era lo que había previsto. Era lo que esperaba y estaba planeado para vivirlo de ese modo. Para que Mónica sintiera. Para elevarla a ese nivel. No era una programación motivada por interés, como pudiera pensarse, para preparar el ambiente; era Dar, con mayúscula, regalar a Mónica un momento de absoluta dicha interior.

La primera nota. Los primeros sonos que anticipan.

La poderosa, grave y pausada voz de Bono.

La tranquila compañía de los instrumentos, la batería marcando el ritmo equilibrado, la evolución paulatina de los compases y la creciente fuerza de la canción, sus cambios, sus suaves giros...

La repetición de las frases porque así y no de otra manera se vive esta canción.

La rítmica vibración que mece.

El sentimiento que se eleva.

La emoción que brilla en los ojos.

El grito sereno y desesperado y la calma hacia el final con la parte melódica que se retiene dentro, que perdura y hace soñar.

See the Stone set in your eyes

See the thorn twist in your side

I wait for you.

Sleight of and twist of fate

On a bed of nails she makes me wait

And I wait, without you

With or without you

With or without you.

Trough the storm we reach the shore

You give it all but I want more

And I'm waiting for you

With or without you

With or without you

I can't live

With or without you

And you give yourself away

And you give yourself away

And you give, and you give

And you give yourself away.

My hand are tied

My body bruised

She's got me with nothing to win

And nothing left to lose

And you give yourself away

And you give yourself away

And you give, and you give

And you give yourself away

With or without you

With or without you

I can't live

With or without you

Contigo o sin ti

Contigo o sin ti

*No puedo vivir
Contigo ni sin ti.*

Y, de nuevo, la música, esa misma música volvió a sonar.

Mónica regresó de su ensimismamiento y, con gesto de extrañeza, se giró hacia Alejandro, que la miraba intensamente.

Había algo en la duplicidad, en la repetición de la canción, que la conducía al presente, como un toque de atención.

Aun flotando dentro del aura de la música, vio como Alejandro abría una cajita y se la ofrecía con una sonrisa.

Era una cajita que cabía en la palma de su mano, de color dorado, brillante, vibrante, y dentro de ella, un anillo.

La miró a los ojos.

—Te amo más que a todo. Más que a mí mismo. No puedo vivir sin ti y mi vida tiene que ser contigo.

»No se puede expresar con palabras lo que yo siento por ti.

»Tan sólo espero que tú sepas sentirlo dentro de ti, porque mi amor es tan profundo que va más allá de todas las palabras que pueda decirte.

»Quiero cuidarte y protegerte. Quiero estar a tu lado cuando todo esté bien y cuando todo esté mal. Quiero que siempre puedas confiar en mí, porque estoy aquí para ti, incondicionalmente.

»Te invito a que sigamos adelante juntos, creciendo y madurando juntos, riendo y llorando, viviendo y soñando... juntos.

»Te invito a que formes parte de mí y yo formaré parte de ti, por entero.

»A que, por encima de todas las cosas, nuestro amor se eleve siempre y pueda con todo, porque tú y yo seamos uno.

»Y a que no olvides nunca, nunca, que mi corazón te pertenece.

»Que soy tuyo por completo, porque la eternidad existe si tú me quieres».

—¿Quieres casarte conmigo?

Mónica se embebía de sus sentimientos como un manto que cae desde arriba, que envuelve, que recorre el interior, que paraliza y emociona.

Imbuirse de la sensación, que penetre en el corazón, elevarse y atesorarla muy dentro.

—Sí.

La sonrisa tropezó con el dulce y largo beso que los secuestró del mundo, del antes y del ahora, del futuro y del pasado, del aquí y del allí.

Un beso que traspasó todas las fronteras, las reales, las imaginarias y, sobre todo, las que uno mismo lleva en su interior.

Y no hicieron falta más palabras porque, a veces, las palabras entorpecen lo que las miradas descubren, lo que los corazones sienten.

With or Without You.

Mónica durmió esa noche henchida de amor.

Y a la mañana siguiente, se levantó repleta de grandes y amontonadas dudas.

Estaba acojonada. Tal cual. No hay otra palabra para describirlo.
La niebla de las lágrimas cubrió su cara y comenzó a temblar.
No podía ser. No podía ser.
¿Por qué la vida y el amor traían ese sufrimiento?

Capítulo 13

Chocolate

Consciente de que era ella quien creaba, al pensarlo, su propio sufrimiento, Mónica intentó serenarse.

¿Qué había ocurrido en su cabeza durante la noche, qué intrincados pensamientos en el consciente, subconsciente o donde narices fuera, le habían hecho despertarse así?

¿Si debía haber tenido los sueños más dulces, románticos y maravillosos de la historia!

¿Qué le pasaba?

Montones de dudas. Sí, pero no. Estaría bien, pero y si... no.

¿Casarse? ¿De verdad? Eso sonaba muy para siempre. Sonaba fuerte. Sonaba a plomo sobre ella.

¿Es que no quería a Alejandro lo suficiente? ¡Por supuesto que sí!

Pero esto era distinto. ¿Casarse?

Hasta que la muerte los separe...

Ufff..., noooo...

No pintaba nada bien lo que bullía dentro de ella.

Racionalizaba... y era lo correcto, lo esperado, un paso más que había que dar, que venía dado.

Pero en su interior algo la empujaba para que no lo hiciera. Y no sólo eso, también le pedía que huyera. Lejos. Fuera. Irse. Salir corriendo.

Y eso que la empujaba desde dentro era fuerte, muy fuerte, visceral, desde las entrañas..., desde el corazón.

Y volvía la controversia mental.

¿Desde el corazón? ¡Pero si ella quería a Alejandro!

¿Cómo podía el corazón querer huir? ¿Cómo iba ella a creer a su corazón, o lo que fuera?

La noche anterior estaba todo claro. Tan claro como nunca lo había estado. Y esa mañana... esa mañana estaba todo patas arriba.

No podía ni pensar en Alejandro. Algo le impedía centrar su atención en él. Ella pugnaba por encontrar todo lo que tenían en común, todo el amor, todo lo vivido y lo que iban a vivir..., pero se desvanecía, como si no fuera real, como si no fuera importante.

Trató de calmarse al pensar que probablemente fuesen los nervios. Estaba cansada de ver comedias románticas en las que llega el día de la boda y el novio o la novia parece que no se van a casar, porque todas las dudas les vienen de golpe.

Pues a ella le habían venido antes. Tal vez era lo normal ante una decisión tan importante. Los nervios jugaban de las suyas y asaltaban todos los temores del universo.

Pero al recordar las pelis también se imaginó la iglesia, las flores, los invitados trajeados..., ella de blanco... ¡Qué horror! La angustia se apoderó de Mónica.

Directamente, frenéticamente, fue corriendo al baño... a vomitar. La angustia era tal que no podía parar. Las lágrimas, la postura, el pelo en la cara, pringándose, el mareo, el sudor frío y un temblor enorme entre convulsión y convulsión la dejaron exhausta, desolada y vencida. Tirada en el suelo, llorando a mares, temblando sin parar... y con el alma vacía. O ni tan siquiera vacía. Sin eco. Sin nada. Sin fuerza. Derrotada.

¡Dios mío! ¿Qué iba a hacer? ¿Qué le pasaba? Todo su mundo se iba a pique. ¡Y era ella la culpable! ¿Por qué? No se lo merecía. ¿O sí?

La cabeza le daba vueltas. Se sentía asqueada de ella misma, por dentro y por fuera. Se sentía morir. Quería dejarse llevar hacia la nada. Nada que sentir, nada que pensar, nada que sufrir, nada que hacer..., nada.

Entonces, un resquicio de cordura la avisó desde dentro. ¿A quién puedo llamar? ¿Alguien puede ayudarme? Repasó mentalmente en un flash todas las opciones: las amigas, Deli, Alejandro ¡NO!, su madre..., los ojos verdes..., ¡toni!

Su hermano Toni sabría consolarla.

Si no aconsejarla, al menos la abrazaría con uno de esos abrazos suyos que, sin palabras, le hacían sentir que todo iría bien.

Y, de repente, un ansia irracional la abordó de tal forma que se incorporó y... necesitaba ese abrazo, desesperadamente. Nada en este mundo podía compararse en aquel momento con ese abrazo. Lo quería. Pero no podía ser. Toni estaba a kilómetros de distancia. Se iba. Se iba a verlo. A recibir el abrazo que él le daría nada más abrir la puerta, sin siquiera tener que decir nada. Y se levantó, decidida.

Su cabeza a mil por hora, otra vez.

Para conseguir ese objetivo. El abrazo que casi, casi podía sentirlo ya, de tan desesperado anhelo.

Llamar a Toni. Llamar a Alejandro... para decirle ¿qué? Otra angustia.

Más tarde lo pensaría.

Poner cartel en La Vintage de cerrado por vacaciones.

Irse unos días. Síííí. A Cartagena, con Toni. ¿Y la novia? ¡Que le den!

La maleta. Hay que preparar la maleta.

Proveedores. Hacer llamadas. Revisar gestiones.

Y Alejandro. Uff.

¿Lo típico? ¿Que necesitaba un tiempo a solas, para pensar...? Sonaba mal. Como en todas las pelis...

¿La verdad?

¿Qué verdad? Si ni ella misma la sabía.

¿Una mentira? ¿Que su hermano estaba enfermo? Sí, ¡claro! Y no tenía a su novia para

cuidarlo...

Ya vale. Suficiente.

Pensaría en todo lo demás y ya se le ocurriría algo.

Lo primero... una ducha.

En la que hasta se permitió cantar..., pero no *With or Without You*. Sólo pensarlo le daba yuyu.

Con nueva energía, con el agua corrieron la desazón y la angustia.

Y pensó en pasarse horas mirando el mar... y sintió calma.

Estaba claro.

Lo primero, llamar a Toni.

—Pero ¿qué cojones crees que estás haciendo? —Si la pregunta irradiaba rabia, la mirada echaba fuego.

El salto que pegó el hombre hacia atrás fue como el salto de un tigre rebobinado, y eso la hizo reír.

Y él, alentado por su risa, se atrevió a decir:

—Sólo pretendía despertarte dulcemente...

—¿De qué vas? ¡So memo! —Fue la respuesta.

Desorientado del todo, pero aún con los recuerdos de la noche vivida, añadió:

—Desde luego, eres épica por la noche, pero tienes un despertar...

—¡Cállate ya! ¡Y lárgate de una puta vez!

Perplejo ya del todo, salió, pero antes de cerrar la puerta añadió casi para sí:

—El desayuno está preparado.

—¿Qué cojones desayuno ni...?

Pero salió disparada, tal cual estaba, como Dios o quién sabe la trajo al mundo, desnuda con su piel, porque de repente un hambre asesinaba su cuerpo con fecha de caducidad.

Se sentó y comenzó a devorar guiándose por los colores más apetitosos, las frutas, los zumos...

El hombre la miraba.

Con lógica aplastante, sin atreverse a decir nada. Y casi sin atreverse a mirarla. Aunque la visión fuera la de una diosa desnuda frente a él, con total comodidad arrebujaada en la silla de la cocina, devorando la fruta prohibida. ¡Qué visión!

—Y esto, ¿qué es? —La mujer señaló unos pasteles de chocolate.

—Ehhh..., pasteles de chocolate, no sé si tienen algún nombre...

—¿Y está bueno? —Su pregunta era ronca, imperiosa y exigente.

—Si te gusta el chocolate...

—Gilipollas no, lo siguiente. —No obstante, dicho esto se atrevió a coger uno, con cuidado. No la motivaba para nada su color marrón. Lo notó suave al tacto, algo pringoso, lo que la inquietó. Sabía, no entendía muy bien por qué, que existían venenos en el mundo.

Observó al hombre, que la miraba entre sonriente y extrañado y vio que mordía uno de esos pasteles de chocolate. Su expresión corporal denotaba cierto placer, aunque no dijo nada y parecía lo más normal del mundo pegar bocado tras bocado hasta acabar el pastel y luego chupar esa sustancia pegajosa marrón adherida a los dedos, que suponía era lo que se llamaba chocolate.

Así que lo probó. Un pequeño mordisco. Y cuando el sabor se asentó en su boca, cubriéndola por completo, la inundó una extrema sensación de placer nunca antes experimentada, un gozo, un gozo, una inundación pletórica en su cuerpo.

Se irguió, inclinando su cuerpo hacia atrás, sus pechos hacia adelante y hacia arriba, cerró los ojos y dejó que la sensación la recorriera.

El hombre la miraba sin poder contenerse. Era una diosa. Ya lo había comprobado esa noche, pero la imagen que le ofrecía en ese preciso momento hacía estallar su pantalón y le inspiraba mil y un sueños. Se contuvo. Decidió esperar y disfrutar contemplando y reteniendo en su memoria el cuerpo, las formas, los gestos, la sensualidad que emanaba de aquella enigmática mujer llamada Ela, que ahora casi devoraba el pastel de chocolate, casi gimiendo, casi al borde del clímax, casi en éxtasis.

Y al hombre se le ocurrieron sueños por cumplir bañados en chocolate, piel de chocolate, lametazos de chocolate, escurridizo, caliente, frío, recorriendo todo, todo el cuerpo, besos, caricias, mordiscos, revolverse en chocolate, girar, escurrirse, abrazarse resbalando...

—¿Te gusta el chocolate? —se atrevió a preguntar, y de inmediato se arrepintió de haber interrumpido una escena tan de película erótica, que nunca más se repetiría en su casa ni probablemente en su vida.

—Hummmm..., sí... —Fue la respuesta.

—¿Me dejas que te lleve a un sitio donde puedas disfrutar aún más del chocolate?

—¿Aún más? —La pregunta fue automática, como la de una niña entusiasmada con una ilusión, sin poder contenerse, diciendo sí con dulzura y candidez y deseando infantilmente el regalo esperado.

El mundo daba vueltas, pero ella sabía muy bien qué tenía que hacer, qué necesitaba hacer y lo que su corazón le mandaba con una fuerza imperiosa. No había otra.

Mientras miraba por la ventanilla del autobús en dirección a Cartagena, el reflejo le devolvía un rostro sereno, de camino al sosiego, hacia el mar y el abrazo de su hermano, donde todo estaría bien y no habría nada que temer. Estar serena, en equilibrio, ése era su destino, su objetivo, y con cada kilómetro se sentía más cerca de conseguirlo.

Cartel de cerrado por vacaciones en La Vintage del X al X. Gracias.

—Alejandro, me voy unos días con mi hermano, tengo necesidad de estar con él —le explicó por teléfono. No había que justificarse, no había que pensar en cómo él recibiría la noticia. Era una necesidad y el otro ya lo entendería, si quería, y si no, pues también.

Todas las gestiones, llamadas y wasaps realizados.

Nada iba a incordiarla, nada iba a detenerla en su camino para encontrarse a sí misma. El mundo se quedaba y ella continuaba con ella, con su bien máspreciado, con su todo. Ahora lo entendía. Era casi obsesión lo que tenía, expectación, infinitas ganas de llegar para reencontrarse. Una ilusión y una pasión más allá de todas las sensaciones, pensamientos y emociones rutinarios. Este deseo suyo era más elevado. Estaba por encima de todo.

Y con esa seguridad y esa fuerza soportó el incómodo viaje, los acompañantes obligados, los olores, los comentarios, las risas y los ruidos, los vaivenes... Nada enturbiaría su misión.

Una inquietante y repentina borrasca infernal llenaba el mapa de los informativos del tiempo.

Toda la península cubierta por nubes, rayos, vientos, lluvias... que no se podía predecir cuándo acabarían.

Una inundación del cielo. Un desplome total de lluvia. Lluvia en sí misma. Cubriéndolo todo. Mandando. Dejando caer su poder por encima de todo. De cada pueblo, pedanía, ciudad, campo, montaña... La lluvia era quien dominaba, malévolamente, con su poderío, su superioridad y su decir «Aquí estoy». Nadie puede parame. Aquí mando yo. Fijaos en mi poder. No podéis más que inclinaros ante mí.

Rayos puntuales y esporádicos que hacían estremecer hasta al más pintado.

Huracanes de viento repentinos que borraban cualquier fortaleza de las mentes a las que azotaban.

Lluvia sin fin. Agua. Líquido. Mojado. Cayendo. Resbalando desde arriba, gota tras gota y millones a la vez, incommensurable.

Y Ela gozando con su acompañante en la sala de tratamientos con chocolate del spa.

Ela rodando, gimiendo, extasiada, mientras él la cubría con chocolate y de todas las formas posibles.

Ela viviendo experiencias.

Ela sintiendo.

Y sus poderes desatados, porque ya no había control.

Ela Sentía.

El mundo, los porqués, el mal, el bien, los hombres, las mujeres, los pensamientos..., nada existía, porque Ela Sentía.

No importaron la lluvia ni el viento. Tras el abrazo de su hermano, fue directamente al mar.

La lluvia la cubría, la envolvía, pero también limpiaba, aclaraba, le hacía sentir su cuerpo, su alma empapada frente al mar, sin limitaciones, sin enfrentarse a la lluvia, más bien dejándola actuar como un baño necesario, como un bautizo y su simbolismo, como un renacer.

¿Cuándo había experimentado alguna vez esa sensación? De limpieza interior, de purificación de pensamientos antiguos, de dictados enraizados en su mente, de límites autoimpuestos sin sentido ni necesidad.

¿Cuándo se había sentido tan ella misma, sin más?

A pesar de la lluvia, que ya le había empapado completamente, Mónica estaba pletórica.

Pero la razón le advertía a gritos de que si continuaba allí cogería una pulmonía.

Y el teléfono empezó a sonar como un timbre de alerta que la apremiaba a resguardarse. A que volviera a casa, aunque no fuera su casa; no importaba, su casa sería donde ella estuviera presente en cuerpo y alma.

La mirada de preocupación de su hermano y la mirada de reprobación de su cuñada la acompañaron hasta el cuarto de baño, donde una eterna y plácida ducha calentita la trajo de vuelta al mundo real, al mismo tiempo que la hacía volar hacia el paraíso de la energía universal.

—¿Cómo estás? ¿Qué te apetece cenar? —Su hermano siempre atento, indagando en su mirada, tratando de descifrar más allá.

—Pues..., la verdad... es que me apetece un chocolate calentito, no sé por qué. Y meterme en la cama, cerrar los ojos y descansar. Eh..., vamos, si no os parece mal. Eso es lo que realmente

me apetece, pero tampoco quiero incordiaros, si tenáis otros planes...

—Si eso es lo que quiere mi princesa, eso tendrá. Enseguida te traigo el chocolate. Ponte cómoda en el sofá.

—¿Chocolate ahora? Pues vaya..., sí que eres rarita, sí... —Ésa es la voz de la cuñada. Hasta te puedes imaginar la expresión, los gestos de su cara...

Mónica está ya arrebujaada en el sofá, los ojos cerrados, la mantita rodeándola confortablemente, inmóvil, quieta, serena.

—¡Hummmm! —No recuerda haber sentido tan intensamente en su vida el placer de un chocolate caliente recorriendo primero su boca y después, lentamente, todo su ser.

Calentito. Dulce. Relajante y motivador a la vez.

Sensaciones.

Placidez. Cremosidad que se pega en el interior de la boca, que se detiene un instante en la garganta y baja pausada pero firmemente para llegar a ¿...? ¿Al alma? Sí, ésa era la sensación. Llegar al alma.

Incomprensible esta sensación. ¡Como si no hubiera tomado chocolate en la vida!

¡Qué más da el por qué!

Lo importante es disfrutarlo.

Piensa que está sola en el salón, o eso cree, pero tampoco importa si hay alguien más.

Con cada sorbo, la dulzura la envuelve y ella se deja llevar.

Es algo casi físico. Intenso e íntimo.

Se acabó la taza, pero las sensaciones persisten. Con los ojos semicerrados, da las buenas noches y se dirige a su habitación. No se detiene a comprobar cómo la han arreglado para ella, a averiguar si su cuñada ha hecho el esfuerzo de acomodarla para ella, para que se sienta a gusto. Ahora no importa.

Colarse dentro de la cama, cubrirse con el nórdico, el contraste frío que antecede al calorcito que se sabe se va a tener, como si te abrazara.

Mónica cierra los ojos. Duerme.

En paz. Por fin.

Con el gustito del chocolate aún vivo en la boca.

Quizás ha llegado el momento de hacer un alto en el camino.

¿Cómo van esas sensaciones? ¿Y los sentidos?

A estas alturas ya estás dentro del libro. Ya conoces a los personajes, sus sentimientos..., y quieres saber más.

No te preocupes. No te voy a entretener. Yo también quiero saber más, que continúe la historia, que siga hacia donde tenga que ir.

Tan sólo debo avisarte de que aún van a ocurrir muchas cosas, inesperadas o esperadas, que forman parte de la historia.

Te animo a que continúes sintiendo, disfrutando de leer más, percibiendo las sensaciones, paladeando ciertas palabras, añorando otras, haciendo propias situaciones y expresiones..., sintiendo el placer de leer.

No te entretengo más..., siente y disfruta.

Capítulo 14

Pesadillas, sueños y... pesadillas

—¡Dormilona! Despierta ya, ¿no? ¡Son las doce y media! —Toni entra en la habitación de Mónica para despertarla con dulzura, pero con energía.

—¿Qué? Mmmm... —Mónica no puede abrir los ojos, no puede moverse, apenas ni hablar...

—Mi princesa... ¿Qué pasa, que tenías sueño atrasado? Quería llevarte a un sitio especial, pero... ¿te encuentras bien? —Una mirada más detenida a la cara de su hermana le permite ver sus ojos apenas abiertos, vidriosos, el sudor recorriéndola; está temblando y con la expresión ida—. ¡Oh, cariño! ¡Estás mal! Creo que tienes fiebre.

Coge un pañuelo para limpiarle el sudor y comprueba que le arde la frente. Corre a por el termómetro, que confirma lo obvio. Lo siguiente es llamar al médico de guardia.

—Tranquila, pequeña. Descansa. Ahora te traigo agua y un paracetamol. Vendrá el médico y te pondrás bien. —Toni la mira con ternura, pero también con preocupación.

De regreso a la cocina habla con su mujer.

—¿Y ahora, qué? ¿No íbamos a ir a...? Si es que... mira que ir por ahí con el agua que caía. Si llegó empapada. Habrá cogido una pulmonía o algo así. Pero, bueno, nosotros nos vamos, ¿no?

—Pues no, cariño. Yo me quedo a cuidar de mi hermana, como comprenderás. Además, hay que esperar al médico —dice Toni, tajante y decidido—. Ve tú si quieres. No tienes por qué no ir.

—¡Pues vaya fin de semana! Y mañana a currar... y vuelta a empezar. ¡Qué rollo!

—Anda, llama a alguien y ve. No pasa nada.

—Pues sí, eso voy a hacer.

El peso de millones de años de la Tierra caía sobre Mónica, aplastándola y ahogándola contra el colchón. Una niebla mental la adentraba en territorios desconocidos, todos grises, todos nublados, todos absorbiéndole la energía.

El alma había desaparecido y con ella la alegría, el bienestar y la sensación de vida.

Vencida. Así se definió ella en un instante de lucidez.

Iba y venía de un estado de somnolencia terrorífica a otro de semiinconsciencia fatalista.

Y en ningún momento había luz.

Se sentía pequeña. Muy pequeña. Se veía desde arriba, como desde el techo de la habitación,

allí abajo, encogida sobre el colchón, una pequeña insignificancia apenas perceptible. Mónica se desdibujaba en su pequeñez, despintada en blanco y negro, sin ningún valor, hundiéndose y sintiéndose cada vez más, más pequeña en su mareo, que le impedía razonar lúcidamente; ni tan siquiera era capaz de fijar una imagen o un pensamiento.

La fiebre le producía intensas pesadillas que la abrumaban con su solidez, notas de música amontonadas sin ton ni son, sin pentagrama que seguir, una mezcla de melodías dulces y rotundas. Era como caer al vacío, de pronto ya no era consciente de estar sobre la cama.

A ratos la despertaba una luz y pensaba que todo estaba bien, en calma, en paz. Esa luz inundaba todo su ser e iluminaba también el exterior, la habitación. Entraba por la ventana, cubría el mundo, llenaba todos los espacios y todas las mentes. Una luz absoluta. Placidez.

Pero era sólo a ratos.

Después volvía a enroscarse en un lugar llamado nada, donde nada era real pero todo lo parecía; donde nada era irreal pero todo lo parecía. Y no sabía de dónde extraer una semilla de la clarividencia que le permitiera diferenciar entre los distintos estados por los que atravesaba.

Alejandro la llamaba. Sonaba el móvil, ¿o era el despertador? ¡No, era el timbre de la puerta! Tenía que levantarse para abrirle. Tenía que decirle cuánto lo quería, cuánto lo necesitaba y que sí, que sí quería casarse con él. Pero ¡NO! Eso no era lo que ella deseaba..., no era el sentimiento verdadero. La desazón que experimentó al pensar en ello le indicó con claridad que aquél no era su camino. Y la invadió la angustia al pensar que Alejandro estaba en la puerta esperando una contestación, por supuesto, afirmativa, lo imaginaba sonriendo, a punto de besarla, a punto de abrazarla y ella ¡ella era muy pequeña! Y muy mezquina. No podía levantarse. ¡No podía! Y tampoco podía enfrentarse a él y decirle no sé por qué, pero no voy a casarme contigo. No sé por qué, pero tú no eres para mí y yo no soy para ti. No sé por qué, pero no hay y no va a haber un nosotros. Y la angustia ascendía hasta su garganta, en explosiones.

Una guerra mundial contra extraterrestres, algo así. Mónica corre con una niña pequeña de la mano; no sabe quién es, pero es absolutamente prioritario salvarla, sobrevivir. Se siente fuerte, decidida, puede con todo. Puede con esos extraterrestres que intentan alcanzarlas. Con su ingenio e inteligencia conseguirán escapar. Pero..., la niña, hay que proteger a la niña. Es vital. Es necesario. No sabe el motivo, pero algo la une a ella con fuerza, aunque no la conozca. Vale, es un lastre. Sin ella podría salir de esa guerra, pero no, es imprescindible salvarla. La esconde, la obliga a correr, la coge en brazos, la tranquiliza, la incita a ser fuerte, le transmite optimismo mientras piensa, a velocidad de la luz, en estrategias para huir de esa situación angustiosa creada por unos seres horrendos, llenos de maldad. Gris. Fuego. Ruinas. Coches destrozados. Es espeluznante ver a esos seres acercándose...

Y entonces... Ojos verdes. Calma. Tranquilidad. Todo está bien. ¿Por qué? No importa. Es como ver el mar. Inunda. Apacigua. Provoca sensaciones. ¡Por Dios! ¿Dónde están esos ojos verdes? Busca y busca y no encuentra. Se ha perdido. ¡Se ha perdido! Y tiene que encontrarlos. Desesperadamente. Con ansia. Con la absoluta certeza de no saber por qué. Los busca. Esos ojos verdes. ¡Allí están! Volvieron a escaparse... Ayyyy. Los necesita. Necesita esos ojos verdes.

¿Está en la bañera? Se siente mojada. Tiene frío. Y tiene calor. Huele raro, ¿o es ella? Todo se confunde, todo se diluye, una cosa se yuxtapone sobre otra.

—¡Mónica, cariño! Pobrecita mía. ¿Por qué no me has llamado?

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Cariño, has vomitado. Estás empapada. Tienes que hacer un esfuerzo, tienes que ir a la ducha y ponerte ropa limpia y yo cambiaré las sábanas y ventilaré la habitación. ¿Crees que podrás? Va a venir el médico. No te preocupes, estoy aquí para cuidarte.

«¿Son los ojos verdes los que me hablan? No sé qué dicen. Sólo quiero un abrazo. Y llorar».

—¿Por qué lloras? Cariño, por favor, escúchame. ¡Mónica!

—Sí...

—Venga, que te ayudo. Vamos a levantarte, vamos a la ducha.

El médico. Mil recetas. Bronquitis aguda. Mil de fiebre. Reposo absoluto. Control y cuidado.

—No te preocupes, te vas a poner bien.

—Sí, Toni. Sólo estoy muy cansada. Sólo quiero dormir. Y me siento muy mal. Ya te contaré todo. Mi vida es un desastre, se va a pique..., pero ahora quiero dormir.

—Tranquila, pequeña. Yo estaré aquí para cuando me necesites. Siempre estaré aquí. Todo se arreglará.

Mi cuerpo me ha hecho parar, en seco, con ABS pero sin *airbag*. Tanta movida mental ha podido conmigo. No valgo para nada. Si no soy capaz de poner en orden mi vida..., si no soy capaz ni de aguantar mi sueño, mi La Vintage. ¡Qué mediocre, qué pusilánime! Y aquí me encuentro ahora, tirada en la cama, sintiéndome morir, tiritando y sudando al mismo tiempo. ¿De verdad me voy a recuperar? Yo me siento fatal, yo no creo que vaya a estar bien. Y es tan horrible no tener ni una pizca de energía... Ni tan siquiera para abrir los ojos. Suena el móvil, no me importa. No me importa nada. ¿Será esto morir? Dejarse llevar hacia la nada. Porque nada me importa, porque ya no hay energía.

Algo tengo claro. No volveré con Alejandro. Pase lo que pase, aun con dolor de alma, como se suele decir, no volveré con Alejandro. No puedo. Me quedará sola, lo pasaré fatal. ¡Oh! Qué mal lo voy a pasar. Pero no puede ser de otra manera.

Mientras duró la fiebre, la invadieron una y otra vez sombras espesas, atrincheradas en el alma.

La ocupó el desánimo. Durmió mucho. Apenas se movía. Tuvo frío. Sabía que Toni la tapaba bien, remetía el edredón, le echaba una manta más por encima. Y después llegaba el sofocante calor y era capaz de sacar fuerzas y arremeter con los brazos contra todas aquellas mantas que la enterraban, que la enganchaban como ataduras de las que tuviera que escapar, como nudos que deshacer, agobiada de calor y de miedo.

Pasaron los días, o eso supuso.

Empezaba a encontrarse mejor. Al menos ya era capaz de situarse espacialmente en el entorno, de fijarse en cómo eran la habitación, el estampado del edredón, la forma de la lámpara de la mesita de noche...

Y, poco a poco, también empezó a ser consciente de cuando bebía agua, cuando iba al baño, cuando le hablaba Toni.

Hasta el día en que le contó todo lo que llevaba dentro, desecándose, desinflándose.

Y Toni la escuchó sin interrumpir, sin criticar, sin juzgar...

El vínculo que los unía desde niños casi hacía innecesarias las palabras, pues a través de los ojos el dolor y el consuelo fluían de uno a otro.

Sin consejos, sin amonestaciones y con infinita ternura, Toni escuchó el monólogo de Mónica

hasta que llegó a las lágrimas y entonces sí, en ese momento Mónica sintió el tan ansiado abrazo de su hermano.

Esa madrugada le desveló el olor intenso de un perfume. Era un aroma de aire de alegría, que otorgaba placidez. Más que olerlo lo sentía con los ojos aún cerrados, con la mente aún en territorio de los sueños. No, no era perfume. Era un olor que la atraía desde los sueños, donde todo se hace realidad. Era un olor infinito en el que podía acomodarse, sentirse arropada y cuidada. No quería despertar del todo. La sensación era tan placentera..., tan cálida y hogareña..., tan de estar por casa, a gustito.

Pero se despertó. Y todo se desvaneció. Aún tenía fiebre pero podía pensar. Y pensó que ese sueño significaba algo. El olor que había percibido la transportaba a algo, a algún sitio, situación o persona. ¿Era posible sentirse así dentro del caos que era su vida? Tenía que serlo. Quería creer que podía serlo. Lo había sentido. Podía ser real. Existía en algún plano posible. Y lo encontraría. Se aferró a esa idea, salvavidas, sin duda. Tenía que aferrarse a algo que la animara a seguir, a ponerse buena y a superar tanto la enfermedad como la desidia, la apatía y la negatividad en las que se hundía.

Se aferró a aquella sensación y la hizo propia, la sintió real para poder continuar y enfrentarse a lo que la vida, su vida, le iba a deparar en breve. A la vuelta a la realidad... Alejandro, La Vintage, soledad absoluta, fin de mil sueños.

Dejó a un ladito estos pensamientos, aun siendo consciente de lo que pesaban, e hizo un huequito para que pudieran colarse las sensaciones que le traía el nuevo olor, un olor de esperanza, de algo que también podía estar esperándola, que debía de estar esperándola... junto con todo lo demás.

—¿Cómo te encuentras? Te veo mejor, y parece que no tienes fiebre.

—Sí, me siento mejor. Aún sin fuerzas, pero mejor. La verdad es que esta vez he pillado una buena. Muchas gracias por cuidarme, eres mi hermano preferido.

—Y tú mi hermana preferida, tonta. Ven aquí que te abrace...

—¿Sabes? Era tu abrazo lo que necesitaba. Por eso vine a verte.

—Y para eso estoy. Ven siempre que lo necesites.

—Es que... Mi vida se desmorona, toda mi vida, y no tengo donde agarrarme...

—Tranquila, vas a poder con todo. Y lo que hagas seguro que estará bien hecho. Ya verás como con el tiempo las cosas mejoran.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido. Tengo que comentarte algo..., tómalo con tranquilidad, que aún no estás recuperada del todo, pero tienes que saberlo.

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo malo? ¡Nooo! ¡Por favor! No sé si puedo con algo más...

—Tranquila. Ha pasado algo, pero ya está todo bien. Tu móvil no ha dejado de sonar en estos días. Lo puse en silencio porque no estabas ni para contestar ni para nada, y no quería que algo te alterara. Me has tenido muy preocupado. Nunca te había visto así. Has estado delirando. A veces tenías pesadillas horribles, gritabas. No sabía qué hacer. Otras veces tu cara tenía una expresión de absoluta calma, incluso de felicidad. Bueno..., ahora ya estás mejor y tienes que saberlo. Alejandro me llamó. Tuvo un accidente con el coche...

—¿Quééééé?

—Tranquila, ya está bien. Sigue en el hospital, pero enseguida le darán el alta. Sólo están esperando unos resultados y que le digan qué rehabilitación va a necesitar. En serio, está bien. Por lo visto fue muy aparatoso, pero sólo tiene magulladuras y lo peor, lo de la pierna, pero bueno, con la rehabilitación se pondrá bien.

Capítulo 15

Y la pesadilla continúa

Mónica ha estallado en un grito. Intenta levantarse. Se marea, le duele todo el cuerpo.

—Pero ¿por qué no me lo has dicho? Tengo que ir. ¡Oh! Yo aquí, tan tranquila en la cama, ¡y él en el hospital! Dame el móvil, tengo que llamarle.

—Espera. Se quedó sin batería. Lo he puesto a cargar. Pero estate tranquila, él está bien. Y tú aún no te has recuperado...

—Pero ¿no lo entiendes? Tengo que ir. Estará solo. Sin mí. Y yo aquí. ¿Por qué se me ocurrió venir? —Casi grita. Tiene que ir, tiene que volver.

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte? No pasa nada. Las cosas pasan y ya está. Y Alejandro está bien.

Pero ya ha tomado la decisión.

—No, no, no. Me voy. Por favor, sácame un billete de autobús. Me ducho, recojo todo y me voy —resolvió.

—Está bien, pero incorpórate y haz las cosas poco a poco..., no vayas a marearte.

Toni detiene a su hermana cogiéndola de los brazos y la abraza dulcemente, como se abraza a una niña. Como se abraza a un alma pura, sin maldad ni miedo.

Y aquí estoy, de camino en el autobús, con todo el cuerpo en tensión, como si así pudiera imprimirle velocidad y fuerza al vehículo, como si así pudiera avanzar kilómetros pisando el acelerador.

La batería del móvil me ha dado para ver trescientos y pico wasaps que no he abierto y unas cuantas notificaciones de Facebook, que tampoco. Y para llamar a Alejandro, que ha intentado tranquilizarme diciendo que todo está bien, que no hace falta que vaya. Aun así, he insistido. De acuerdo, me ha dicho, que vaya si quiero, que va a estar ahí, que no se puede mover. Y se ha reído. Al menos no ha perdido su sentido del humor. Ya le he respondido que estoy de camino.

Y no me ha dado tiempo a más porque el móvil, cargado apresuradamente y mal, se ha apagado. No he podido enviarle un beso, ni decirle que he estado muy enferma, en cama...

De hecho, aún no me encuentro bien del todo. Me siento muy lenta, cualquier movimiento me cuesta un mundo, el mundo real gira a una velocidad vertiginosa, la velocidad de la vida de hoy

día, y no logro alcanzarlo.

Preparada o no para enfrentarse a lo que le espera, hacia allí se dirige Mónica, sin saber muy bien qué pasará, qué dirá, qué acabará o qué comenzará. Es más, no puede ni pensar. Con la cabeza apoyada en la ventanilla mira el paisaje de carretera, que no es paisaje, es carretera, tratando de eludir la conversación que su compañera de asiento, una mujer mayor, se esfuerza por iniciar y mantener.

Cargada con la maleta —aunque tiene ruedas, hay que cargarla—, exhausta, demacrada y mareada, aparece en la estación como un personaje de una película sobre el ébola o alguna epidemia similar, el primero que descubren que contrajo la enfermedad y luego la propagó al mundo. Plantada allí en medio, intenta concentrarse con todas sus fuerzas en lo que debe hacer a continuación. Sí, coger un taxi e ir al hospital. Eso es.

Encuentra a Alejandro solo en la habitación.

—Cariño, ¿cómo estás? —dice nada más entrar, cargada aún con la maleta, el plumas, el bolso... y la angustia que la acompaña—. No te imaginas lo mal que me sabe no haber estado aquí.

—Tranquila. No ha pasado nada. Mira, estoy bien. Sólo esta pierna enyesada y que tendré que hacer rehabilitación...

—Pero... si estás lleno de moratones. ¡De todos los colores! ¿Qué pasó?

—Un tío se saltó un semáforo y me dio de pleno. Ahora, que se la va a cargar..., el etilómetro no daba para más...

—Y yo no estaba aquí para cuidarte...

—No pasa nada. Bueno, sí, pero ya da igual. Me han cuidado muy bien. ¿Qué tal estás tú?

—Bueno, no sé si te lo dijo mi hermano... He tenido bronquitis. Hasta esta mañana estuve en la cama.

—Algo te he notado, sí... Hija, ¡estás hecha un desastre!

—Ya...

La puerta se abre en ese momento y entran los padres de Alejandro y Deli, charlando animadamente. Al verla allí, se detienen en seco.

—Hola —saluda ella.

—Hola, Mónica —responden intentando una sonrisa—. ¿Cómo estás? No tienes muy buen aspecto, la verdad...

—Estoy mejor, he tenido una bronquitis, he venido en cuanto me he enterado...

—Pues, hija, no deberías ir por ahí esparciendo virus, y menos aquí, con Alejandro restableciéndose. —La madre de Alejandro siempre diciendo las cosas clarito.

—Bueno, yo...

Calla al ver a Deli sentarse tan naturalmente en la cama, junto a Alejandro, y acariciarle el brazo.

La extrañeza se refleja en su cara, enseguida lo sabe, nunca ha podido ocultar lo que piensa. En su cara todo se ve.

Alejandro interviene.

—Podríaís ir a ver si están ya los papeles del alta, mientras yo hablo con Mónica —dice.

Los tres salen de nuevo por la puerta, pero antes Mónica ve como Deli le dirige una mirada

interrogativa a Alejandro.

—¿De qué hay que hablar? —Se atreve a preguntar. La angustia se está convirtiendo en algo aún más pastoso, si cabe.

—Mónica, han pasado muchas cosas desde que te fuiste...

—¡Pero si sólo hace una semana!

—Déjame hablar.

—Está bien. Dime.

—En primer lugar, te marchaste sin decir nada, me dejaste sin saber qué cojones estaba pasando. No supe qué pensar. No sabía qué hacer. Te mandé mensajes, te llamé, pero no contestabas.

—Estaba enferma, Alejandro, y el móvil...

—Sí, sí, eso lo he sabido ahora, pero entonces no lo sabía. Y después de darle muchas vueltas llegué a la conclusión de que te habías ido para escapar, para alejarte de mí, porque en realidad no quieres casarte conmigo, ¿verdad que no me equivoco?

—No, ya, pero... pero yo te quiero.

—Yo creo que no, es decir, creo que sí me quieres, pero no de la forma que yo necesito, o de la forma que querría que me quisieras. Para construir una vida juntos, una familia, un futuro.

—No digas eso. Es que no lo tengo claro..., sólo me hace falta un tiempo para pensarlo. Pero ¿por qué hablas en pasado? ¿Es que tú ya no me quieres? —Su última frase interrogativa le sale con un hilillo de voz, como si se le hubiera colapsado en la garganta, donde el bombeo del corazón parece que la fuera a asfixiar.

—Mira, Mónica, han pasado muchas cosas. El accidente, yo solo, tú ni se sabía muy bien dónde. Sólo estaban mis padres. Y también vino Deli. Y ella sí me cuidó, y muy bien. Y hemos hablado mucho, porque ha estado aquí todos los días. Y no sabes lo bien que se lleva con mis padres, la adoran. Y ahora todo ha cambiado, porque yo veo las cosas de otra manera. Y Deli hace que las vea de otra manera...

—¿Qué me estás diciendo? —pregunta Mónica, entre asustada y mareada.

—Pues que entre Deli y yo ha surgido algo por lo que pienso apostar. Y, dado que tú te fuiste espantada y que no hay ningún futuro para nosotros, Deli es la persona con la que quiero estar.

Las palabras no le salen de dentro. Con lágrimas hirvientes da dos pasos atrás, coge como puede sus trastos y se marcha, casi corre por el pasillo del hospital. Allí se encuentra cara a cara con Deli y los padres de Alejandro. Ellos continúan hasta la habitación, pero Deli la coge del brazo.

—¿Ya te ha contado Alejandro?

Una mirada basta.

—Ay, Mónica, me sabe muy mal. Pero tú te habías ido y yo... yo estoy enamorada de Alejandro desde hace mucho tiempo, y tú sabes que lo vuestro no iba muy bien, porque tú no lo dabas todo por él. Yo sí. Yo existo para él. Lo siento, pero es lo que hay. Por cierto, no me habías contado lo bien que se lo monta en la cama... y con el morbo del hospital, ni te cuento —añade, riendo—. ¡Ah! Ya me dirás qué estás montando en La Vintage. Tantos cambios y cosas raras no sé adónde te van a llevar, pero tú sabrás... —Y dicho esto se gira con su gracia habitual y se dirige contoneándose hacia la habitación de Alejandro. Su Alejandro.

Bueno, ella no lo tenía claro, pero ¿esto? Esto no puede ser. Debe de estar aún con fiebre.

¿Cómo puede haber pasado tanto en tan sólo una semana? ¿Cómo le han hecho algo así? ¿A ella?

No, no lo merece. Mónica se derrumba en un escalón de la escalera, los trastos alrededor, y llora aguantando la cabeza con las manos. Rabia, frustración, dolor, más rabia..., ganas de... ¿matar a alguien? ¿Estrangularlos? ¡Qué vergüenza! ¡Qué pena por ella misma! Así, hala, sin más, adiós muy buenas, después de tantos años... Y Deli, ¡por Dios! ¡Qué rastrea! ¡Qué hija de...! ¿Amiga? ¡Aprovechada e interesada! ¿Cómo no se ha dado cuenta hasta ahora? ¿Cómo no lo ha visto venir? ¡A la primera ocasión le ha robado el novio! Aprovechándose de que ella no estaba.

«Vale, no estaba..., ¡pero era mi novio!».

Y... ¿en la cama del hospital? A punto de devolver, Mónica se obliga a contenerse. La gente la mira al pasar. Por suerte nadie se para, es lo que suele ocurrir en este mundo egoísta.

Vuelve a cargar con todo, mientras espera el ascensor se seca la cara, baja como cientos de años hasta que puede salir a la calle, donde el sol le bombardea los ojos, como para que los cierre y ya no vea ni sienta nada más.

Taxi. A casa. Cama. Llorar. Dopaje. Dormir.

—¡Nena! ¿Ya has llegado a casa? Me llamó Toni diciendo que tenías bronquitis y que estabas allí con él. ¿Cómo es que estabas allí? ¿Y...?

—Mamá, por favor, no me encuentre bien. No te preocupes. En cuanto pueda te llamo. Voy a acostarme.

Cuelga y deja el auricular descolgado.

Se siente morir.

En la era del 3D y la realidad virtual, el mundo se había convertido en algo opaco, sin volúmenes, sin forma, sin colores, sin brillo y sin reflejos.

Ela sentía. Sentía alegría, sobre todo cuando estaba en el parque y tocaba los árboles, miraba el cielo, rozaba la hierba y escuchaba los pájaros. Sentía tristeza cuando un niño tropezaba, se caía y lloraba.

Era confuso, pero sentía.

Y la misma sensación de sentir le producía mayor sentimiento.

Sentir placer, frustración, asco, dulzura, lujuria, cariño... Ya no había vacío. Sentía.

Y sus dones y maldiciones se multiplicaban creando una mezcla que provocaba un enorme interés en ella. Una nueva avidez por conocer y experimentar nuevos sentimientos. Y un reto que perseguir.

Sentía en su agua que estaba cerca de donde debía estar. Sentía en sus gotas de lluvia la dicha de estar próxima a su objetivo. Y su oleaje interior le repetía una y otra vez que casi llegaba el fin, el principio del fin o el fin del comienzo.

Capítulo 16

Terror

Ahora sí necesito dopaje del bueno, del que deja aturdida y no te permite ni pensar, del que te convierte en zombi y simplemente estás.

Pero, o no me he dopado lo suficiente, o no he elegido el dopaje apropiado, porque en mi mente no paran de girar las imágenes de lo último que he vivido.

Llorar, ya he llorado suficiente en las últimas semanas. Y total ¿para qué? Ya no sirve de nada.

Darle la vuelta a la tortilla es la mejor opción para no volver a hundirse, para poder respirar, para no ahogarse; para seguir con lo que sea que tenga que venir.

Bien. Planteemos los datos con objetividad. Bronquitis. Alejandro. Deli. Hospital. ¿Cuernos? ¡Si íbamos a casarnos! Ehhh, echa el freno. Objetividad. Vale. Alejandro y Deli se han liado. Alejandro me ha dejado. ¿Y yo, qué siento? Pues rabia. No, porque mi resolución fue que no me casaría con él. De hecho, no pensaba volver con él. Entonces, ¿por qué me afecta tanto? Porque me ha dejado. Él a mí. No yo a él. Entonces, esto es egoísmo o egocentrismo. Me ha pegado en mi ego y me siento rechazada.

Pero si le damos la vuelta a la tortilla, casi podría pensar que me ha hecho un favor. Porque ¿qué iba a decirle yo? Si ni tan siquiera sé por qué iba a dejarlo. Si, aunque estaba decidida, todavía tenía miedo, dudas, porque a nadie le gusta estar sola y tomar una decisión que puede ser la equivocada y tirarse por tierra la vida. Pero, visto lo visto, no hay vuelta de hoja, así que mejor pienso que sí, que me ha hecho un favor, que así me ha evitado tener que dejarlo yo, con el cargo de conciencia que eso supondría.

Y, como de todas formas voy a estar sola, mejor será enfrentarme a todo cuanto antes, coger el toro por los cuernos y seguir adelante.

Aquella especie de monólogo liberador dejó a Mónica tan calmada que consiguió dormirse en el sofá, con la mente despejada, el cuerpo en reposo y el corazón tranquilo. O tal vez fueron las pastillas.

Al despertar, sin saber qué hora era, se sentía renovada, como si hubiese puesto un punto y aparte, como si tuviera una cosa menos en la que pensar y por la que preocuparse y una nueva pizca de energía para retomar los otros aspectos de su vida, los que aún requerían de su atención.

La Vintage. ¿Qué hacer? Ojalá también hubiera encontrado una respuesta inesperada que la sacara de la confusión y del sentimiento de pérdida.

Ojalá, de forma milagrosa, se presentara una solución y pudiera mantenerla abierta, porque el cierre de La Vintage sí iba a suponer un duro golpe a su ego, a sus sueños y a su capacidad emprendedora.

Un fracaso no sólo ante ella misma, también ante el mundo, al que le costaría volver a mirar a la cara de frente, como si hubiera cometido un error irreparable por no ser capaz de mantener su proyecto.

«¡En fin! Vamos a ponernos en acción».

Deshacer las maletas, recargar el móvil que había vuelto a morir, poner lavadoras, limpiar la casa, comer algo y, sobre todo, una buena ducha que despejara, que hiciera resbalar los sinsabores superados y que, o bien la espabilara para seguir tomando decisiones, o bien la atontara lo suficiente para volver a dormir y no pensar.

«Dicen que consultando con la almohada se encuentran las respuestas que uno se hace cuando se acuesta. Bien. Yo tengo tres almohadas. ¿Cuál será la que me dé la solución? ¿O me las amontoño todas y me hago un nido en el que poder refugiarme y esconderme?».

El teléfono, el móvil y el timbre de la puerta a la vez la sacaron de sus ensoñaciones de nidos de almohadas suaves y blanditos. ¿Todo a la vez? ¡Vamos, en la vida!

Primero, el teléfono.

—Un momento, que me llaman a la puerta...

Después, contestar al telefonillo:

—¿Quién?

—Mónica, ¡ábreme!

Vuelta al teléfono.

—¿Sí, dígame?

—¡Hola, Mónica! Me tienes que contar. Tengo curiosidad por saber qué estás tramando...

—No estoy tramando nada. Acabo de llegar de Cartagena. Y, bueno, sí tengo que contar...

—Pues claro que tienes que contar. ¡Qué ilusión!, ¿no?

—¿Ilusión?

—Pues claro. Qué calladito te lo tenías. Si me he enterado de casualidad por el Facebook...

—Eh..., bueno, ya hablamos, ¿vale? Que tengo que abrir la puerta.

—¡Vale! ¡Un besito!

«No entiendo nada. Nada de nada».

Abre la puerta.

—¡Hola, cariño! ¡Un abrazo!

—¡Hola, Lupe!

—Ehhh..., hola. No me puedo aguantar. Me encanta todo lo que estás poniendo en marcha. ¿Cómo se te ha ocurrido? Me tienes que contar todo, todo. ¡Venga, empieza ya! Aunque..., ahora que te miro bien..., tienes cara de cansada. Claro, todo esto lleva mucho trabajo...

—Ehhh, voy a hacer un café, a ver si me despejo y me dices qué cojones pasa. ¿Quieres uno?

—¡Pues claro! ¿Para qué he venido? Un café de amigas para que me cuentes todo. Y he traído... ¡chocolate!

—Genial.

—Oye, tu casa está hecha un desastre, perdona que te diga.

—Ya, ya lo sé. Acabo de llegar de Cartagena y lo tengo todo por medio...

—Es igual. Cuéntame. ¿Y desde Cartagena lo has montado todo? ¡Qué pasada!

El móvil vuelve a sonar. También suenan mil pitiditos de notificaciones. De wasaps y a saber de qué más.

Mónica va a la cocina.

«De verdad, esto no es normal. ¿Saben lo de Alejandro y están encantadas? No entiendo nada. ¿Saben que he estado una semana con bronquitis tirada en la cama? ¿O es que he vuelto a otra realidad? A otro plano espaciotiempo donde todo ha cambiado y yo no me he enterado, aunque ha pasado algo de lo que parece que sí debería de enterarme. Y cuanto antes. A lo mejor, todo el mundo se ha vuelto loco... Sea lo que sea, al menos parece bueno».

Vuelve al salón, cargada con los cafés:

—¡Ay! Mónica. Que me han llamado del trabajo y tengo que ir a deshacer un entuerto. Lo siento. Me lo cuentas en otro ratito.

—Pero...

—Hablamos en otro rato, ¿vale? Un beso. ¡Ciao!

Con la bandeja en las manos y la boca abierta, Mónica se queda plantada en medio del salón, sin capacidad de reacción.

Así que se sienta en el sofá, pensando que se le acaba de escapar la oportunidad de descubrir lo que está pasando, si es que pasa algo.

Bueno, es hora de tomarse el café, despejarse y enfrentarse a la vida.

De nuevo, lo primero La Vintage.

El móvil no deja de sonar. A ver qué pasa con tanto pitidito...

¡Flipante! Parecen miles de notificaciones, un sinfín de wasaps en verde esperando ser leídos. ¡En la vida! ¿Qué está pasando? ¿Por dónde empezar? Mónica se está mosqueando.

De repente, suena en sus manos el móvil y da un respingo.

—Mónica, ¿cómo estás? Esperaba que me llamas para decirme que habías llegado bien. Dime, princesa, ¿qué tal todo?

Toni, tan atento, tan hermano.

—Hola, Toni. Sí, he llegado bien, pero las cosas han cambiado y he pasado un mal trago con Alejandro, aún estoy recuperándome.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta él, animándola a hablar.

—Pues que me ha dejado. —Y ella, como siempre, soltando las cosas así sin más.

—¿Que te ha dejado? ¡¡¿Alejandro?!! —exclama Toni—. ¿Así, de repente? No entiendo nada.

—Pues sí. Me ha dejado y por... bueno, ya te contaré. Qué mal rato he pasado. ¡Joder! Qué palo tan grande...

—Ya imagino, cariño. Pero tú tampoco lo tenías claro, ¿no?

—Ya... Pero jode que te dejen.

—No sé qué decirte... ¿Necesitas algo? ¿Qué puedo hacer?

—No te preocupes, si casi es mejor así.

—¿Seguro?

—Sí, sí.

—Oye, la mamá está preocupada. Haz el favor de llamarla, que no para de sonarme el teléfono

y yo estoy trabajando.

—Vale, vale, ahora..., luego la llamo. Oye, ¿tú sabes si pasa algo? Está todo el mundo muy extraño y el móvil...

—¡Tengo que dejarte, que viene el jefe! Hablamos. Y tómate las medicinas. Un beso. Adiós.
—Toni se despide corriendo, dejando a Mónica (una vez más) con el móvil en la mano y sin respuestas.

Así que, ya que está, llama a su madre para tranquilizarla.

Por fin, llega la hora de revisar ese hervidero que hay en su móvil.

Los primeros wasaps parecen indicar que algo pasa en La Vintage, en otros le dan la enhorabuena, algunos aseguran que irán a la inauguración...

Mónica no acaba de averiguar de qué hablan todos, así que continúa leyendo mientras aparecen nuevos mensajes.

Tranquilidad. A ver de qué va todo esto.

Amigos y amigas le desean suerte, comparten la idea y celebran su iniciativa.

¿Iniciativa? ¿Cuál?

A seguir leyendo.

Consigue acabar de leerlos todos, no contesta ninguno.

Sigue con el Facebook.

Expresiones similares, emoticonos con sonrisas y lo más impactante: una invitación a la inauguración de La Vintage programada para dentro de dos semanas con música en vivo, un *lunch* para compartir entre todos los asistentes, sorpresas y regalos... ¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¡Es totalmente irracional!

No se lo piensa más y no lee más.

Directamente, coge el bolso y sale corriendo hacia La Vintage, deseando volar para llegar antes y, aun así, con algo de miedo, porque no sabe qué se va a encontrar.

¿Le habían robado La Vintage? ¿Era una broma absurda de alguien que mal la quería? ¿Un bulo, un rumor de esos que se propagan como la pólvora, una mentira que acaba creyendo todo el mundo? ¿En qué bacalao la habían metido? ¿Y quién podría ser tan ruin para hacerle una cosa así, tal y como estaba el tema de La Vintage y su dolor por tener que cerrarla?

Mientras Mónica corría, mil posibilidades se agolpaban en su cabeza y no conseguía centrarse en ninguna. Y a cada paso que daba la asaltaban pensamientos más negativos y nefastos, pese a ser del todo irracionales y sin base alguna en la que sostenerse.

¿Qué significaba todo aquello?

Casi a punto de doblar la esquina de la calle donde estaba la cafetería, se paró en seco. Le entró pánico. ¿Qué se iba a encontrar? ¿Una mafia china, rusa o de donde fuera apropiándose de su local y de su marca? ¿Se la habría quitado el banco?

¡Dios mío! No sabía qué pensar.

Cogió aire, se irguió y continuó.

Y lo primero que vio la asombró y la volvió a dejar paralizada en plena acera.

En la calle, frente a La Vintage, había mesas y sillas formando una terraza exterior al más puro estilo de La Vintage.

Imposible. Llevaba años solicitando el permiso para poner la terraza y siempre recibía la

misma contestación negativa por parte del Ayuntamiento.

Sin embargo, lo que veían sus ojos no era ninguna alucinación.

Había una terraza montada allí, frente a su cafetería. Con un toldito de hierro forjado, unas mesitas, unas sillas, unas flores alegres y coloridas..., en definitiva, un rincón con encanto. Lo dicho, muy al estilo de La Vintage. Una imagen preciosa y alentadora, si no fuera porque ella no la había montado.

Era como un sueño, que formaba parte del sueño integral de La Vintage. ¡Lo que peleó por conseguir «ésta» terraza! Y de repente ahí estaba, materializada y real. Pero no suya.

¡Terror! Era una imagen idílica, pero Mónica tenía terror.

Seguía plantada en medio de la acera. No sabía qué hacer.

Sin percatarse, se vio rodeada por un grupo de clientes habituales.

—¡Hola! ¡Qué alegría nos estás dando! ¡Y qué bonito está todo!

—Por supuesto, nosotros seguiremos viniendo. ¡Nosotros somos hijos!

—¡E iremos a la inauguración!

—¡Sí, sí! ¡Claro!

—Sí, gracias. Vale. Hasta luego. —Mónica no supo qué más decir. Y ellos no iban a saber decirle nada más.

Enfiló de nuevo la acera dispuesta a enfrentarse a lo que fuera que pasara allí.

¿Qué inauguración, que se comentaba por todas partes? ¿Y la terraza? ¿Qué más sorpresas se encontraría?

No pienses, Mónica, y plántate allí de una vez.

La puerta estaba abierta. Desde fuera, todo parecía normal. También limpio. Pero ella sabía que después de una semana los cristales estarían sucios y todo lleno de polvo. Se giró hacia la terraza, hacia esa nueva terraza. Y, a pesar de lo irracional de la situación, lo único que se le ocurrió pensar fue que le gustaba lo que veía. Entró sin más.

Una nueva distribución de la sala no la sorprendió, la impactó. Era su cafetería, pero mejorada un mil por cien. Lo estaba viendo con sus propios ojos, pero era irreal. Los sentidos la engañaban. Y, una vez más, su mente iba en su propia dirección.

«¡Mi rincón!». De repente sólo pensó en su rincón, su rincón preferido. Desesperada, volvió la vista hacia allí y descubrió que sí, que su rincón estaba intacto. Sintió gratitud y alivio.

—¡Hola, Mónica! ¡Cariño! ¡Cómo me alegro de verte! Estoy encantada, como una niña con un unicornio rosa... Ya está todo preparado y organizado. No tienes que preocuparte por nada. Bueno, sí, la verdad es que vas a tener que arreglarte un poquito y pintarte esa cara tan bonita que tienes, que no traes muy buen color que digamos, con lo linda que tú eres —le decía la señora Mercedes sin dejar de abrazarla, achucharla, tocarle la cara y acariciarle el pelo.

—Doña Mercedes, ¿puede explicarme qué pasa aquí?

—¡Oh! ¿Ha pasado algo? ¿He hecho algo mal?

—No, no... Todo esto... —balbució Mónica abarcando con el brazo el local—. Lo de la inauguración, lo que me dice que está preparando...

—Pues ¿qué va a ser? Todos los cambios que se tenían que hacer. Y, si te digo la verdad, me parecen de lo más acertados. Y la inauguración ¡va a ser un bombazo! ¡Si salimos en todos los periódicos! Ay, mi niña, me siento tan orgullosa de ti...

Mónica no sabía si llorar o reír. Por un lado, se sentía emocionada escuchando a la señora

Mercedes, pero seguía sin entender. ¡Ella no había hecho nada! Aunque no recordaba lo que dijo o lo que pasó cuando estuvo con tanta fiebre..., sin duda no había organizado aquello.

Se sentó en la silla que le pillaba más cerca, que por cierto, era verde y ella no recordaba que fuera de ese color. Se cubrió la cara con las manos y, apoyada en la mesa, trató de pensar en cómo formular las preguntas adecuadas para conseguir respuestas.

—Doña Mercedes, ¿la Vintage sigue siendo mía?

—Pero ¡qué cosas tienes, mi niña! —La señora Mercedes la miró con cara de extrañeza—. ¿Te encuentras bien?

—Pues no muy bien, la verdad. Porque no entiendo nada y ¡no sé qué está pasando aquí! Yo no he hecho ni organizado nada y ¡ya no sé qué pensar! —Volvió a enterrar la cara entre sus manos, completamente confusa y con enormes ganas de llorar de pura frustración, porque no entendía, no sabía qué estaba pasando.

Y de ese modo no se percató de que alguien había entrado en la cafetería, había observado la situación, le había hecho un gesto a la señora Mercedes y se había sentado justo enfrente de Mónica.

Cuando separó las manos de su cara, se encontró con... ¡los ojos verdes!

E, inmediatamente, volvió a cerrar los suyos.

«¡Dios mío! ¡Estoy delirando por la fiebre! O ¡peor aún! ¡Estoy loca!».

—Hola, Mónica. Me presento formalmente. Soy Salvador Ortiz, a tu servicio para todo lo que gustes o precisas.

¡Noooo! ¡También oía su voz! Una voz nítida, masculina, pero suave, cordial y muy muy agradable.

Abrió los ojos.

Una sonrisa encantadora acompañaba a los ojos verdes.

No pudo evitar sonreír también.

Capítulo 17

Una sonrisa que marca un inicio

—Muy bien, así me gusta. Tranquila. No, no hace falta que digas nada. Voy a explicarte todo lo que está pasando aquí. Espero que estés de acuerdo con todo esto que he iniciado y puesto en marcha, y que sea de tu agrado.

»Como profesional, puedo asegurarte que todas las medidas que he tomado las he estudiado cuidadosamente y aparecen reflejadas en el estudio de mercado que hice. Me comprometí a intentar reflotar La Vintage. He hecho más que eso. La Vintage está donde tiene que estar, en el puesto que le corresponde, para eso es una de las mejores cafeterías de la ciudad. Su ubicación es inmejorable, el espacio, original y ambivalente y, sobre todo, conjuga de forma mágica todos los ingredientes para lograr que aquí se respiren calidez y bienestar. La Vintage es un lugar tan especial que vibra con personalidad propia. Y todo ello porque detrás hay una persona que, aun sin percatarse de ello, ha traspasado a esta cafetería los valores de su corazón, su exquisito carácter, inteligencia, sencillez, valentía, sensibilidad, sentimiento artístico, su amor y cariño por todo lo que hace y por cada una de las personas que atraviesan esa puerta.

»Así que debo decirte, Mónica, con sinceridad, que fue el aura que tú aportas a La Vintage lo que me convenció para llevar a cabo este proyecto. He recurrido a toda mi experiencia, recursos y motivación para reflotarla, y no sólo eso, también para posicionarla en el más alto nivel. Me parece ver aquí tu mejor sueño convertido en realidad.

Durante aquel discurso, con los ojos húmedos de emoción, lo único que pude hacer fue mirar aquellos ojos verdes, los de Salvador Ortiz, y dejar que sus palabras me atravesaran el corazón. Luego la mente pidió paso y, al fin, logré decir:

—Gracias.

—De nada. Ha sido un verdadero placer. Y también excitante prepararlo todo para sorprenderte —continuó él—. Permíteme que te diga que por tu expresión parece que he cumplido mi objetivo. Reconozco que ha resultado fácil, porque no estabas por aquí. Quiero decir, que siempre es más sencillo trabajar sin el propietario rondando por medio. —Sonrió.

—Sí, sí, te entiendo... —Yo seguía sin dar crédito—. Pero... ¿todo esto?

—Ahora viene lo mejor. Espera, deja que te traiga un poco de agua antes de empezar a explicártelo todo. Creo que lo necesitas y que te sentará bien.

—Sí, por favor.

Uffff, y era cierto que me hacía falta. Y que necesitaba esa pausa para poder procesarlo todo. Pero ¿cómo lo supo? ¿Así que éste era Salvador, el «recuperador» de negocios recomendado y traído aquí por Javi y Sara? Y sí, en efecto, vino el día acordado, porque esos ojos verdes... esos ojos verdes no los había soñado y no los había podido olvidar. Pero, siendo realistas, todo aquello debía de costar una pasta, ¡un ojo de la cara! Sí, sí, unas palabras muy bonitas, todo muy profesional y lo que quieras, pero aquel salvador iba a tener que explicarme lo que había hecho hasta que me quedara muy muy clarito.

El agua llegó acompañada de su encantadora sonrisa. Y resistiéndome a mirarle a los ojos verdes, le di las gracias y empecé a mostrarle mis dudas.

—De verdad, te agradezco todo esto, pero yo...

—Ya, ya, Mónica —me interrumpió, como si ya supiera lo que iba a decirle—. Tranquila, el tema económico está controlado y no tienes que preocuparte. Me he informado bien, he estudiado tu situación financiera y... —Mi gesto de estupefacción debió de ser evidente—. No pongas esa cara. Cualquiera puede hacerlo. Por ejemplo, la publicidad ha sido prácticamente gratuita: redes sociales, cero costes; periódicos, contactos y promociones, radio..., bueno, eso sí ha tenido costes, pero asumibles. La nueva distribución sólo ha sido eso, mover los muebles y poco más. En cuanto a la pintura, tengo que decirte que el equipo de camareros que hemos contratado ha resultado ser muy polifacético y se han ocupado de ello a cambio de un extra en su salario. ¿Qué más? ¡Ah, sí! Proveedores, bueno, también tengo buenos contactos y buenos canales de financiación. Ellos se han comprometido a aportar gratuitamente algunos regalos y sorpresas para la inauguración. Voy a pasarte un estudio financiero para que veas todo esto y compruebes que los números cuadran. De momento, puedes estar tranquila. Además, la noche de la inauguración se recaudará lo suficiente como para cubrir bastantes gastos.

Mi expresión fue mejorando a medida que lo escuchaba, y para terminar de rematarme, Salvador añadió:

—Veo que la viveza ha vuelto a tu cara y a tus ojos. Esa viveza que me cautivó y me hizo tirarme de cabeza al proyecto.

«Tú sí que me cautivas», pensé.

—¿Te importaría que cenáramos algo y seguimos hablando? Porque yo tengo hambre, la verdad.

El caso es que yo también estaba hambrienta, porque no había comido nada en todo el día. Y es que, vaya día. Tantas cosas habían pasado en tan sólo unas horas...

—¿Puedo deducir por tu cara que también tienes hambre? —continuó—. Parece que de pronto te has puesto triste. Por favor, ¿no tendrá que ver conmigo o con La Vintage?

—No, para nada. Discúlpame. Es que ha sido un día completito. Qué va, Salvador, ha sido la mejor sorpresa de mi vida y no sabes lo agradecida que estoy, aunque aún sigo tratando de asimilarlo todo. Y, sí, tengo mucha hambre.

—¿Alguien dijo hambre? Pues eso lo vamos a arreglar. —La señora Mercedes acababa de aparecer (¿repentinamente?) cargada con una bandeja y platos con un aspecto más que succulento para Salvador y para mí.

Salvador y yo. ¡Qué bien sonaba! Salvador y Mónica.

Mi Salvador.

Mira por dónde, al menos en lo referente a La Vintage iba a ser literalmente mi salvador. La Vintage era la espina que tenía *clavaíta*, la que dolía de verdad, y ahora parecía que todo iría bien. ¡Todo iría bien!

Bueno, salvo lo de Alejandro. Aunque eso había que considerarlo un punto y final.

Y estos ojos verdes... ¿Por qué había pensado y delirado yo tanto con ellos? ¿Podrían significar una nueva ilusión?

No, no te hagas ilusiones.

Ya, pero su forma de hablar, de mirarme...

Que no. Es un profesional. Es su trabajo. Es cortés y servicial, y punto.

Al levantar la vista volví a encontrar su mirada y sonreí. Ya no podía evitarlo.

—¡Vamos, al ataque! —dijo, ofreciéndome los cubiertos—. De paso, comprueba si te gusta, porque es uno de los menús que propondremos para las cenas de los sábados. ¡Uf! ¡Cuántas cosas tengo que contarte! Pero primero vamos a cenar tranquilos.

—¡Oye, que puedo hacer dos cosas a la vez!

—No lo dudo —rió—, y con tu inteligencia y gracia, seguro que muchas más.

—Eso va de broma, ¿no? —¿Todavía quedaba gente en el mundo capaz de decir esas cosas?

Él me miró, extrañado.

—¿Y por qué crees que no lo digo en serio?

—Bueno, te creo, pero, vamos, que no me suelen decir cosas así. —No vayamos a herir susceptibilidades a la primera de cambio, no vaya a ser...

—Pues deberían —zanjó él con su mejor sonrisa.

El ambiente fue haciéndose distendido y relajado. Compartimos una cena exquisita, Salvador me contaba algunas anécdotas divertidas sobre las empresas más variadas donde lo habían contratado.

—¿Puedo preguntarte algo? Bueno, ya sabes, si no quieres, no contestes. Pero me agradecería que hoy fuera un día especial para ti; acabas de descubrir que tu sueño está más vivo que nunca y me apenaría que hubiera algo que lo empañe.

—¿Y qué quieres saber? —pregunté, entre sorprendida y extrañada por su discurso.

—Bueno, antes tenías una expresión de tristeza, han sido pocos segundos, pero no he podido evitar apreciarlo y me gustaría conocer la causa.

Dudé un instante antes de responder.

—Esa tristeza se llama Alejandro.

—¡Ah! Ya veo. Disculpa...

—No, no, tranquilo.

Y, como si fuera mi amigo de toda la vida, con la confianza de que no iba a ser juzgada ni criticada, abierta de par en par, le conté toda la historia de Alejandro y su final.

Salvador escuchó en silencio y después levantó su copa y brindó:

—¡Por el punto y final! ¡Y por la mayúscula del comienzo!

Reí. Supongo que un poco achispada como para apreciar el significado oculto en aquel brindis.

—¡Curioso brindis! Brindo por eso. —Y levanté yo también mi copa.

Acabaron de cenar. Mónica se sentía agotada y mareada, y Salvador insistió en acompañarla a

casa.

Cuando se despidieron en el portal, la gratitud hacia Salvador había calado en todas las células del cuerpo de Mónica. Eso y las varias copas de vino la impulsaron a abrazarlo sin previo aviso y decirle gracias, bajito. El abrazo fue correspondido. Y luego, buenas noches, que descanses.

Mónica abrió la puerta y no se giró para despedirse una vez más. No quería que Salvador viera la sonrisa bobalicona que se le había plantado en la cara.

Esa noche se acostó feliz. No hicieron falta ni dopaje ni nidos de almohadas. Ahora se sentía segura, porque La Vintage estaba en buenas manos. Soñó otra vez con los ojos verdes, que ahora ya eran los ojos de Salvador.

Capítulo 18

El corazón de la vintage

Mensaje de WhatsApp:

Buenos días, Mónica. Un auténtico placer compartir contigo la pasada velada y siento la esperanza de poder volver a repetirla.

¡Oh! Pero qué chico tan agradable. Si supiera que a mí también me gustaría repetir una y más veces... y hablar y hablar y conocernos más.

Ya tengo ganas de verlo y no sé por qué. Me había despertado pensando en él y al ver su mensaje... ¡eso sí es empezar bien el día! Es tan atento, cortés y servicial...

Pero no me voy a hacer ilusiones. A fin de cuentas, está trabajando. Aunque hay algo que me atrae mucho, y no son sólo sus ojos verdes. Aísss, esos ojos verdes y esa mirada que sentí la primera vez en La Vintage. Fue algo fuera de lo normal, me impactó mucho. Esa mirada me llenó. ¡Y ni tan siquiera sabía que era él! ¿Por qué no hacerme ilusiones? No tengo nada más. Mi vida va a cambiar por completo a partir de ahora. Además, no sé ni para qué me lo planteo, si no puedo dejar de pensar en él.

Buenos días, Salvador. Gracias. Yo también lo pasé muy bien.

¿Has descansado bien?

Pues sí, la verdad. Hace tiempo que no descansaba tan bien. Te agradezco lo que estás haciendo.

Como ya te dije, para mí es un placer.

Tienes que contarme todo lo que hay que hacer.

Pues sí. Venga, ponte las pilas. Yo ya estoy en La Vintage. Te espero para desayunar.

Voy en ½ h.

Ok.

Hasta ahora.

Hasta ahora, corazón de La Vintage.

¡Qué ilusión! Vamos a vernos y a trabajar para reflotar La Vintage. No puedo pedir más. Es como si mi suerte, de repente, estuviera cambiando. Y va a ir todo bien, lo sé. Y sí, voy a ponerme las pilas y a tomar el mando. Para empezar, Salvador tiene que contarme todo lo que ha hecho y cómo para que pueda ponerme a trabajar en lo que falte por hacer. Que no se diga, que, a fin de cuentas, la dueña soy yo. Y todo esto lo han hecho a mis espaldas, sin pedir mi consentimiento. Pero no, no debo pensar en eso. No sé por qué, pero confío plenamente en él. Es como si sintiera que todo lo que ha hecho es lo mejor para La Vintage y probablemente lo único posible para salvarla y, de algún modo, también para mí, como si todo esto también lo hiciera pensando en lo mejor para mí.

Y... corazón de La Vintage. ¡Pero qué bonito, por Dios! Me ha encantado. Es que es encantador...

¡Ducha rápida! ¿Qué me pongo? Profesional, pero guapa a la vez. No muy arreglada. A fin de cuentas, voy a trabajar...

Querido lector:

Se acerca el final de la historia.

No sé si a ti te pasa, pero a mí me da mucha rabia cuando leo un libro y van sucediéndose las cosas y, a veces, el protagonista pasa por mil calamidades hasta llegar al final, que se percibe feliz.

Has leído un montón de páginas de penurias y malos tragos. Cuando algo iba mal, aún podía ir peor. Y se acerca el fin, lo bonito, lo esperado... y se pasa en un plis plas. En dos páginas el autor resuelve la historia y tú te quedas con ganas de más. Ahora quieres saber qué ocurre cuando las cosas salen bien, quieres que te endulcen con cosas buenas, quieres ver disfrutar al protagonista..., pero no, el autor te pone la miel en los labios y ya te apañas tú.

Lo lamento por ti, lector de este libro. Porque ahora comprendo que el autor está deseando ese final feliz aún más que tú. Está deseando que su personaje descanse, que todo salga como quiere... Este libro está destinado a llevarte a ese final, donde todo se supera, todo cambia, todo puede ser mejor.

A veces nos pasamos la vida pensando en lo negativo. Y lo positivo hay que vivirlo.

Por eso, el autor va a dejar que su personaje viva lo positivo. Que es algo que no se cuenta, se vive.

Eso es lo que voy a hacer.

Dejar a Mónica libre para que el final de este libro sea el comienzo que debe vivir.

A casi dos semanas de la inauguración de La Vintage había aún muchas cosas que hacer.

Salvador puso al corriente a Mónica del plan que había puesto en marcha.

Entre opiniones, risas, discusiones, cafés y miradas, ambos trabajaron con el objetivo común de reflotar La Vintage o, como decía Salvador, situarla donde le correspondía estar. Para eso era una de las mejores cafeterías de la ciudad. Y esto enorgullecía y, al mismo tiempo, ilusionaba enormemente a Mónica.

Salvador le hizo ver los puntos débiles de la cafetería que Mónica no había sabido percibir.

Según él, un ambiente polivalente estaba muy bien, pero desde el punto de vista empresarial, como negocio que era, había que decidir a qué público objetivo debía destinarse y, sobre todo, cuál le proporcionaría ingresos.

—La Vintage no puede sostenerse con los jóvenes jugadores de Play, Mónica, ni con las amas de casa de un cortadito y dos horas. Tampoco con los ancianos que vienen aquí a leer.

Pero Mónica no transigió. Decidió que sus clientes habituales, sus mayores, tenían que tener su espacio allí.

—Aunque no hacen un gran consumo, es diario y regular; y ellos se sienten a gusto y eso no se lo voy a quitar —le dijo.

Así que llegaron a un acuerdo equilibrado. Se organizarían horas para encuentros lectores, horas únicamente para leer, horas para debatir, se invitaría a autores, se presentarían novedades... Todo ello les reportaría ingresos puntuales y medibles, además del margen por la venta de cada libro.

La mentalidad empresarial de Salvador y la humana y cálida de Mónica formaban un tándem perfecto, y trabajaron uniendo ambas filosofías.

La complicidad entre ellos y la confianza fueron forjándose día a día, hora a hora.

Muchas cosas que decidir, que comentar, que discutir, que idear. Un estrecho acercamiento con un objetivo común.

La motivación de Salvador unida a la ilusión de Mónica no tenía límites, hasta para sugerir propuestas totalmente descabelladas, entre risas y grandes momentos divertidos.

Acababan las jornadas agotados, pero satisfechos y deseando que la noche pasara deprisa para volver a desayunar juntos en La Vintage y continuar con su labor.

Disfrutaban haciendo su trabajo. Suele decirse «Elige un trabajo que te guste y no tendrás que trabajar ningún día de tu vida». Y los dos eran un claro ejemplo de ello.

Mónica miraba entusiasmada a Salvador cuando él pronunciaba palabras como «vamos», «nuestro», «queremos»..., cuando se hacía partícipe del proyecto de ella, como si La Vintage fuera de los dos y entre los dos la estuvieran volviendo a crear. Para Mónica era algo completamente nuevo. La Vintage había sido su proyecto, su idea, su ilusión..., pero la había iniciado y puesto en marcha sola. Ella sola había cargado con las decisiones, los malos días, la administración de los pagos... Y aquella nueva sensación de poder compartir con alguien que parecía disfrutar tanto como ella, que hacía suyo y lo daba todo por el proyecto, no le molestaba, no lo tomaba como una intromisión; al contrario, aceptaba y agradecía, porque disfrutaba todavía más al compartirlo con alguien como Salvador, que además de competente, era encantador. Cada día que pasaba con él se sentía más a gusto.

Ya no se planteaba nada más que vivir el momento, disfrutar de su proyecto común y dejar fluir los acontecimientos.

Durante la comida y la cena hablaban de los menús para los viernes, para los sábados y los domingos. No les hacían falta citas para quedar a cenar. Todos los días estaban ya citados para ello, como parte de su trabajo y también como momentos de distensión que les permitían conocerse en el plano personal y hacerse amigos, como se suele decir.

La vida de Mónica iba a cambiar y se presentaba un horizonte con muchas expectativas. Ya no iba a recaer todo el trabajo sobre ella. En esta nueva etapa, su función sería la de supervisar, decidir, innovar y dirigir La Vintage, ya no poniendo cervezas y cafés, sino como propietaria y empresaria.

El equipo de camareros contratado por Salvador (con el visto bueno de la señora Mercedes) se organizó para trabajar en turnos que incluían los fines de semana. El esfuerzo económico que

iba a suponer esto preocupó en un principio a Mónica, pero se tranquilizó en cuanto Salvador le mostró los números.

¡Iba a disponer de tiempo libre! ¡Y de fines de semana! Aún no sabía en qué iba a emplearlos, pero ya estaba paladeando el placer de tenerlos.

Junto con la lectura, otras actividades complementaban el mundo artístico de La Vintage. Exposiciones de cuadros, piano en directo, música en vivo de cantantes emergentes, presentaciones de proyectos, *coffee-breaks* para empresas...

Lectura. Música. Arte. Arquitectura. Naturaleza. Moda... Todo tendría cabida en La Vintage, que se convertiría en un espacio cambiante y renovado sin abandonar su esencia.

Salvador tenía mil contactos. Ya había reservas para eventos durante los próximos seis meses.

El futuro se presentaba prometedor. Con esfuerzo y trabajo, pero alentador, motivador y económicamente rentable.

Salvador también ayudó a Mónica a convertirse en una *community manager*, y a manejarse en las redes sociales e internet, un pilar básico actual indispensable para cualquier empresa.

Así fue como Mónica aprendió a crear contenido de calidad, imágenes y vídeos para las principales redes sociales, Facebook, Twitter e Instagram, a generar comentarios y a lograr que su público creciera cada vez más y La Vintage se compartiera por doquier. Además, La Vintage contó con su propia web, que consiguieron que expresara y transmitiera su peculiar encanto. Era casi magia.

Capítulo 19

Sorpresas

Se acerca el día de la inauguración. Se perciben los nervios de los últimos días, pero a estas alturas entre Mónica y Salvador ya hay complicidad y una unión de caracteres y propósitos que equilibra cualquier desazón o contratiempo.

Las miradas, tocarse el brazo, estar juntos frente al ordenador, rozarse las manos... han ido creando entre ellos una complicidad cada vez mayor. Se sienten cómodos juntos, y se percibe el deseo de mayores contactos.

A tres días de la inauguración, la señora Mercedes y Salvador no dejan a Mónica entrar en la cafetería.

—No, no, no. Hoy tienes el día libre.

—Pero, con todo lo que hay que hacer... ¿Qué estáis diciendo? ¿Y para qué quiero yo un día libre?

—¿Para qué? Mi niña, tú hoy te vas de compras y a la peluquería, a la estetición y a todo lo que necesites para estar bien guapa el sábado —exige la señora Mercedes.

Mónica se ha quedado con la boca abierta justo cuando iba a protestar. Acaba de darse cuenta de que la señora Mercedes tiene razón. Ni se había parado a pensar qué se pondrá, ni se le había ocurrido que, para un evento tan especial, debe vestirse acorde con las circunstancias.

De repente, se siente descolocada y sin saber qué hacer.

Pero Salvador interviene.

—Está todo controlado. No queda nada pendiente por hacer. La señora Mercedes tiene razón, hoy vas a dedicarte a ti, en exclusiva. El sábado es un día muy importante para ti y para La Vintage, no querrás venir con vaqueros, ¿verdad? Aunque, para mí estés guapa de cualquier manera... —dice queriendo decir más, pero callando—. Eso sí, necesito que reserves una hora para mí esta tarde, tengo que darte grandes sorpresas.

Mónica acaba de darse cuenta de que no puede moverse de allí, y la razón no es sólo lo que haya que hacer en La Vintage. Es que no quiere separarse de Salvador. Después de tantos días de horas interminables se ha acostumbrado tanto a estar con él, a compartirlo todo con él, a hablar y hablar, a su sonrisa, a sus detalles, a su forma de mirarla..., que ya le es necesario.

Pero hay que ser consecuente y sí, necesita prepararse y comprarse algo adecuado para la

inauguración. Además, lo verá por la tarde, aunque sólo sea una hora. Ya presente que el día se le va a hacer largo sin él.

—Pero ¡venga! Vete ya, disfruta tu día libre —insiste él, con su sonrisa encantadora.

—Sí, sí, ya me voy. Entonces, ¿está todo controlado? ¿Y cuándo nos vemos? ¿Y qué sorpresas son ésas?

—Tranquila. Voy a hacer unas gestiones y luego te llamo. Y en cuanto a las sorpresas, esta tarde... —Sus ojos verdes sonrían, traviosos.

Así que Mónica sale por la puerta, un poco desorientada y sin saber muy bien por dónde empezar. Pero ¿qué mejor que llamar a las amigas para un día de compras y cuidados personales? Eso hace. Y todas se ponen manos a la obra.

Ni se le hizo largo el día ni pudo echar de menos a Salvador. Por un lado, porque estaba en buena compañía y disfrutando de cosas que hacía mucho tiempo que no se había permitido; y por otro, porque cada hora, puntual, Salvador le enviaba wasaps para ponerla al corriente e intercalaba otros mensajes que parecían insinuar que también la echaba de menos, con su estilo tan característico y encantador. Aunque con esos mensajes también le entraban más ganas de verlo, y además seguía intrigada por lo que tuviera que contarle. ¿Qué sorpresas la esperaban? Tenía plena confianza en Salvador y sabía que fuera lo que fuera le gustaría, seguro.

Día de chicas. Se dejó mimar.

A la hora acordada entraba en La Vintage.

—¿Te ha sentado bien el día libre? Sin duda, se nota que sí —comentó Salvador al verla.

A Mónica le había sentado bien el día y lo que se notaba, pero eso no se lo iba a decir, era la alegría de volver a verlo y la expectación que sentía.

Salvador había preparado la mesa del rincón. El original rincón que tanto le gustaba a Mónica.

El final de esa conversación fue lo mejor, pero lo del principio la dejó anonadada.

Aunque tuvo que aguantarse la impaciencia y las ganas de estrangularlo, porque él, para hacerla sufrir, comentó esto y aquello y no dijo nada nuevo, ni mucho menos sorprendente.

—¡Vaaa, venga! Dime ya lo que me tengas que contar. Eres malo —le pidió finalmente Mónica, rabiando y riendo.

—Bueno, ahí va la bomba.

Salvador sabía que las referencias y los contactos eran de gran importancia para apoyar cualquier proyecto empresarial. Llevaba tiempo planificando y contactando con personas que, sólo con su presencia en la inauguración, promocionarían La Vintage como local de calidad. Y ese mismo día habían empezado a llegar algunas confirmaciones.

Además de los habituales (el alcalde y el cura, que de éstos no se podían salvar): un conocido y televisivo chef, un renombrado escritor, una cantante famosa, que se había comprometido a cantar su canción más popular para poner el broche final a la inauguración, un jugador de fútbol, de los nombrados, y los empresarios más solventes e influyentes de la ciudad.

¡Mónica estaba impactada!

Sin duda, la asistencia de todos ellos iba a atraer más gente a la inauguración, le otorgaría una gran reputación y reconocimiento y también auguraba acuerdos y contratos de colaboración y promoción.

Mónica casi lloraba.

Su cafetería, su modesta La Vintage, su pequeño sueño se convertía en un gran proyecto. Muy atrás quedaba su sufrimiento al pensar que tendría que cerrarla. Y todo gracias a Salvador, que hacía honor a su nombre y las salvaba, a ella y a La Vintage, de lo que parecía su destino inevitable, su cierre al mundo.

Todo lo que había hecho Salvador no era nada en comparación con el sentimiento de gratitud que la invadía en ese momento.

Se levantó y lo abrazó. Y así estuvieron casi una eternidad. Sin necesidad de hablarse. Tan sólo sintiéndose uno al otro.

—Tengo un regalo para ti —dijo él, sin soltarla todavía—. Algo personal. No es gran cosa, pero para mí tiene mucho significado.

Le entregó una cajita de madera. Dentro había una vela.

—Es la vela de nuestra primera cena. El día que hablamos por primera vez. Llegaste toda asustada y preocupada, sin saber lo que ocurría. Se te veía tan indefensa... Me presenté y te conté lo que había estado preparando para La Vintage. Esta vela significa mucho, porque lo que no te conté es que, desde el primer día que te vi, aquel que estabas tan atareada atendiendo tú sola y ni siquiera pude hablar contigo, supe que este proyecto no sería uno más. Y luego, en nuestra primera cena, comencé a sentir algo que ha ido creciendo a cada momento que he estado contigo. Y creo que me he enamorado de ti.

—Yo también creo que estoy enamorada de ti —contestó Mónica.

Y el abrazo continuó.

El alma se quedó en ese momento, ahí, estática, inmóvil, sin espacio ni tiempo, incorpórea... ya no le pertenecía. Ella... deambulaba sin alma, temblando, sintiendo como sus manos recorrían sus costados como si recordaran su cuerpo, de otras vidas, de otros mundos, la misma alma, en estos cuerpos.

Y los ojos verdes. Aun cerrados eran verdes. Aun cerrados traspasaban, porque sus almas se habían unido al fin, sin saber cuánto tiempo había durado la espera... ¿Una vida?, ¿muchas vidas?, ¿reencarnación tras reencarnación?

Sin creer en estas cosas o tal vez creyendo en ellas, las almas hablaban ellas solas y articulaban los cuerpos para que cumplieran las acciones que dictaban, que eran unirse cada vez más, acercarse más, abrazarse con fuerza desesperada, sabiendo que ya nada las podría separar.

A las almas.

Sentimiento puro.

Reencuentro eterno.

—Estás guapísima —le dijo él al verla entrar con su vestido verde, sus zapatos de tacón, arreglada y maquillada—. Y me siento muy feliz de estar contigo.

Amigos, familiares y gente en general ya aguardaban en la calle, a la espera de la apertura oficial de la nueva La Vintage.

La noche no empezaba nada mal.

Todo preparado. Todos preparados.

Sonrisas. Champán. Canapés selectos. Abrazos. Besos. Nervios. Música. Fotos.

La señora Mercedes no cabía en sí de gozo de la emoción. Quería a Mónica como a una hija y la enorgullecía ver adónde había llegado. Estaba radiante, se sentía en parte protagonista mientras

iba de aquí para allá entre reporteros, cámaras y famosos.

Mónica flotaba. Dichosa, feliz, cansada, eufórica... Había pasado muchos nervios, pero la confianza y la seguridad que demostraba Salvador la salvaron siempre de salir corriendo.

Él no se despegó de ella en toda la noche. La cogía del brazo y la acompañaba, la guiaba, le presentaba a todo el mundo, dirigía el protocolo... y le sonreía dándole ánimo para que disfrutara de este momento único y perfecto de su vida. Su sonrisa y su mirada también le decían la adoración que sentía por ella y auguraban buenos y tiernos momentos para vivirlos juntos, con intensidad.

Hubo más sorpresas para Mónica. No se sabía cómo, Salvador había conseguido traer a sus padres y a su hermano Toni. Mónica no pudo contener las lágrimas de emoción.

Sorpresas. Regalos. Emociones.

La música que sonaba. Los amigos que la rodeaban. Su familia. Salvador. La Vintage parecía brillar con una luz de futuro, de energía, de amor.

Era el mejor día de su vida. No se podía pedir más. Mónica se sentía agradecida hasta el infinito por todo lo que tenía y la vida que se le presentaba.

Lo mejor está por venir.

No. Lo mejor ya ha venido.

NOTICIA EN EL PERIÓDICO LOCAL

Inauguración de La Vintage

Un gran acontecimiento fue la inauguración de la renovada cafetería La Vintage durante la velada del sábado, a la cual asistieron celebridades y empresarios de toda la ciudad. Contó con gran éxito de público y la aprobación entusiasta de cuantos privilegiados acudieron al evento. Toda la prensa se hace eco de esta noticia por el redescubrimiento de este singular y único local, que había pasado desapercibido hasta la fecha y que desde ayer constituye una de las cafeterías de referencia en la ciudad.

La Vintage se erige como local cien por cien recomendable. No duden en visitarla y disfrutar de su encanto especial, y si desean cenar o contratar un evento, no lo duden y háganlo cuanto antes, porque advertimos de que ya hay lista de espera.

En las imágenes, algunos de los momentos más representativos de la inauguración y fotografías de los famosos que asistieron, junto a la propietaria del local.

Capítulo 20

¿Qué pasa?

El día después.

Mónica se despierta con una sensación de profunda tranquilidad.

Y con una ilusión.

Una ilusión muy grande. De saberse plena. De sentirse dueña de su vida. Aunque dé giros y giros, ahora Mónica maneja el timón.

Y no va a soltarlo. No, señor.

Todo su cuerpo lo recorren oleadas de alegría, satisfacción e ilusión, a intervalos, como las olas del mar, una detrás de otra, en infinita progresión.

Un nuevo camino que andar y, esta vez, bien acompañada.

Y van pasando los días.

Con La Vintage en marcha, con un nuevo orgullo, enfoque, impulso y, algo muy importante, una nueva La Vintage llena de actividad... y de ingresos.

Pero...

No. ¡No puede ser!

¿Qué pasa?

Preocupación. Rabia. Impotencia. Frustración. Ahogo. Arranques de osadía. Vuelta a la miseria mental.

Y, sobre todo, ¿por qué?

¿Por qué no contesta Salvador?

¿Por qué no le habla?

¿¿¿Por qué???

¿Qué ha pasado?

Todo era perfecto. Todo era maravilloso..., mágico.

¿Es que no podía tenerlo todo?

¿Cómo va a tener la fuerza para llevar La Vintage, para llevar la vida, para llevarse a sí misma... si no tiene a Salvador?

Y, de nuevo, ¿por qué?

¿Qué puede hacer? ¿Qué puede decir? ¿Qué ha pasado?

Nada tiene sentido.

Pasan los días, las semanas, los meses... y Salvador no contesta. Nunca.

Mónica no sabe qué pensar.

Cuando su vida empezaba a arreglarse de una forma que ni en su imaginación hubiera podido inventar, todo ha dado un giro inesperado, aplastante y, de nuevo, devastador.

Lo peor es que no entiende el porqué.

Se cuestiona, en repetidas ocasiones, qué hay de malo en ella para que las cosas no le salgan «redondas», como se suele decir; para que, como en las películas, como en las novelas, como en las vidas de sus amigas, no pueda ser completamente feliz con un completo final feliz.

Por lo visto, Salvador fue solo una ilusión, sólo una «ilusión», un espejismo de amor, venido para paliar el daño que sufría su corazón, pero... nada más.

«Tal vez no pueda tenerse todo. Tal vez debo conformarme con el éxito de mi negocio y no conseguir el éxito en el amor. Una cosa o la otra. No puedo hacerle esto a mi corazón. No debería tener que tomar la decisión de una cosa o la otra. ¡Quiero las dos!».

Y después de días de llorar, tratar de entender, llorar, tratar de entender...

De pronto, una mañana...

Mónica decide continuar sola. Vivir. Sola.

Puede hacerlo. Había llegado a quererlo. Él había hecho que su vida cambiara. Él había conseguido reflotar La Vintage y reflotar su ilusión, y le da las gracias por ello. Pero ahora debe continuar y será capaz de continuar sola. Tiene que hacerlo. Lo hará.

Nada más le queda por hacer o decir frente al mutismo de Salvador.

Tal vez, algún día, llegue a entender sus razones...

«¿Qué cojones estoy haciendo? ¿Qué e s t o y haciendo? ¿Dónde está mi profesionalidad?

»Me he dejado llevar...

»La estúpida magia de La Vintage me ha hecho perder la razón.

»Mónica... Sólo es un potencial. Una cría idealista, insegura y llena de fantasías. Con un cacao mental increíble.

»Mónica es... un pasatiempo. Un dulce pasatiempo.

»No sabe nada de mí. No conoce mi pasado. No sabe que la ética me la paso por el forro, no sabe que, si puedo conseguir un cliente, pisoteo a quien haga falta para llegar adonde quiera llegar. Desconoce mi ambición.

»¿Que soy un cabrón? Un auténtico cabronazo. Sí. ¿Y qué? Soy así. Y me gusta.

»Y mi libertad... no la cambio por nada ni nadie. No me ato a nadie. Viajo aquí y allá. No soy de nadie ni de ningún lugar. Y me follo a quien quiero cuando quiero. Sin más.

»No. Esto ha sido un error. Un cuento. No hay final feliz. Yo estaba muy bien como estaba. No quiero esto».

Durante meses, Salvador se repitió estos pensamientos como un mantra, tratando de fijarlos en su mente e inventando nuevas formas de manipular y acallar lo que sentía. Salvador tenía una lucha interna que no lo dejaba vivir. Apenas trabajaba. No tenía ilusión. No tenía empuje ni concentración.

Mónica, esa cría soñadora..., esa chiquilla, ocupó esos meses toda toda su mente... y todo.

Y, finalmente, decidió.

«Soy un capullo integral.

»No se merece esto.

»No sé qué tiene, pero lo ha trastocado todo. No puedo seguir así, tratando de hacer una vida que ya no es la misma de antes. No puedo seguir como si no hubiera pasado nada.

»Y no sé qué ha pasado.

»Me escribe y me dice que no tengo valor para decirle qué es lo que pasa. No, no lo tengo, porque ni yo sé lo que está pasando. Sólo sé... sólo sé... no sé. Tal vez esto quiere decir que... Quizá esto que me pasa es lo que dicen que es el amor. Y no sé si me gusta. Porque todo se desbarajusta. Ya no hay nada claro. Y no sé qué ocurrirá después. No tengo el control... y sigo sin saber nada.

»Perdóname.

»Voy a hacerte volar, cariño.

»Quiero darte, darte y darte.

»Aún no sé qué.

»Y no sé decirte por qué.

»Sólo sé que me rindo.

»Que estoy aquí para ti, contigo.

»Y me siento bien.

»Nervioso y con miedo, pero bien.

»Y, si no me dejas, si logras perdonarme, yo, yo...

»Yo creo que te quiero.

»Déjame contarte.

»Sólo quiero decirte que no puedo estar sin ti.

»No quiero perderte.

»Quiero tenerte.

»Te daré lo mejor de mí.

»Pase lo que pase, te daré lo mejor.

»Perdóname.

»No sé qué hacer. No sé cómo.

»Sé que quiero estar contigo porque lo necesito, porque te necesito y no puedo ya estar sin ti.

»Perdóname por no haberlo visto antes, no quería hacerte daño. Creí que podía hacerte daño y te lo estaba haciendo. Cariño, no sabes cuánto lo siento.

»Déjame demostrarte quién soy. Soy quien soy contigo.

»Soy contigo o no soy. Sólo puedo ser contigo. Y nada más importa. Y todo lo demás ya se arreglará. No soy quien tú crees que soy, pero déjame ser mejor contigo.

»Me vuelves loco. Sólo quiero tenerte.

»Hacerte vibrar, disfrutar, sentir, vivir, volar.

»Siempre quiero tenerte. Siempre.

»Estar dentro de ti y llenarte de placer.

»Tenerte. Y volverte a tener.

»Voy a vivir por eso. Sólo para eso.

»Quiero cuidarte de todo y de todos, hasta de mí. Quiero envolvete para que no tengas que

sufrir nunca más.

»Quiero darte.

»Quiero...

»Perdóname».

Todo esto quiso decirle a Mónica.

Sólo le dijo:

«Perdóname.

»Te quiero».

Una agradable y, a la vez, inquietante estática inundó La Vintage cuando Ela entró. Una suave brisa de mar con olor de tierra de montaña tras la lluvia.

Un escalofrío que te despierta de repente, que te hace ser consciente de que la vida está ahí, de que tú eres vida y te debes a ella y te debes a ti.

La sensación de frescor que se expande hacia todas direcciones y te llega y te acaricia.

Como el aliento que deja un chicle de clorofila, de esos que pican.

Una frescura trascendental, profunda y vieja, que es ligera, pero tiene la sabiduría de todos los tiempos.

Olor de mar entremezclado (entre mezclas) con olor a lluvia de montaña, como cuando paseas entre los pinos y los matorrales de hierbas aromáticas o de hierbas sin más. Olores que te inundan y dicen:

¡Eh!

¡Estoy aquí!

¡Respira hondo!

¡Sáciate de mí!

Renuévate con este aire mejorado por la lluvia, que limpia y depura.

Un sutil pensamiento limpio.

Color blanco. Como el blanco de la nieve en un día de sol.

Sed. De agua. De manantial. Pura. Refrescante. Saciante. Viva.

Tenue sonido de olas lejanas, como el que dicen que se oye en las caracolas de mar.

Lluvia en el pueblo vecino. Río tranquilo fluyendo hacia su fin. Agua vertiéndose desde arriba.

Frescor ancestral que envuelve, pero no se queda.

Aromática sensación que inunda y desborda, acariciando hasta el alma.

Era como si todas las sensaciones hubieran estado aletargadas en lo más profundo de cada ser vivo, como si ser vivo no fuera ser vivo, estar vivo. Y, de repente, a partir de este momento, el reloj funcionase y empezara a girar cuando había estado años estropeado, porque no estaba vivo.

Y era como si las sensaciones, apoyándose codo con codo con uno mismo, rebrotaran, al igual que rebrota todo en primavera, que renace y se vuelve a hacer, creando lo mejor.

Decir que todas las miradas se dirigieron hacia la entrada es quedarse corto.

Todas las almas respiraron.

Todos los alientos levitaron.

La piel brillaba.

El cuerpo era un intrincado y laborioso laberinto de carreteras transportando vida, latiendo y

pulsando.

Los corazones se conectaban unos con otros, como si hubiera wifi gratuito.

Ela paseó su mirada tranquila, serena y abismal por toda la cafetería con paciencia crédula e inocente.

No hubo nada ni nadie, ni algo ni alguien, que no fuera bañado por su atrayente soplo.

Cada objeto y cada persona se asentó con ella.

Se reconoció en ella y ella los reconoció.

Midió y compensó los líquidos sin querer, porque era innato en ella, porque Ela era una criatura de la lluvia y aún estaba en fase inicial de experimentar, averiguar y aprender.

Las verdades ocultas a la mirada cotidiana, el amor absolutamente absoluto, el sinsentido de los sentimientos, de las emociones y de los pensamientos vividos..., todo cayó cual fardo sobre Ela, como ella misma cayó.

No hubo aviso previo, no hubo antesala ni preludio. El desconcierto del concierto de la vida le hizo entender que no entendía nada.

Ela sentía. Sentía la vida. Se sentía vivir.

Y no había más, tampoco menos.

No había que despejar incógnitas. No había que provocar tsunamis. La vida ya era plena en sí misma, al igual que Ela.

Y, en cuanto lo supo, algo ocurrió:

Mónica y Ela se miraron, un lazo invisible las unió y las hizo una.

FIN

Epílogo

Carta de Mónica a Salvador.

Recorres mi cuerpo con una seguridad pasmosa, con firmeza pero con suavidad, con fuerza pero con delicadeza. Nada es brusco, todo es natural. No agarras, pasas tus manos, me abrazas con fuerza y me besas con pasión y yo... dejo de controlar... no recuerdo dónde ha ocurrido... no sé cómo te he besado, cómo me he agarrado a ti sin poderte soltar, porque te tenía ahí, porque se detienen el tiempo, el pensamiento..., todo. Sólo hay sensación, sólo vida.

De repente, paras, me sujetas firmemente y yo... no puedo respirar, no puedo abrir los ojos, no puedo pensar...

Me coges del pelo suave, pero firme, ladeas mi cabeza y... me besas. Como en las películas. Nunca pensé que fuera real, que fuera tan sensual y natural al mismo tiempo, que el mix de posesión-entrega-pasión provocara múltiples sensaciones en mí, nunca experimentadas. Tan intenso. Tan para dejarse llevar, porque quieres dejarte llevar.

Me diriges tan naturalmente, me giras, me coges, me posicionas, me mueves... y no me entero. Es como estar en una nebulosa, en una niebla de dicha, de placer, el ritmo acompasado, acorde a nuestros cuerpos, a lo que demandan nuestras almas, que ya no pueden más y no tienen ninguna intención de controlarse nunca jamás, porque al fin se han reencontrado y el sentimiento es eterno.



Luz Ros: Nace en Valencia en 1971. Es viuda y tiene dos hijos.

Algunas constantes en su vida son la lectura, las reflexiones profundas y la creatividad sin límite.

La historia de una criatura de la lluvia surge íntegra en su mente una noche de agosto de 2015, y marca su inicio en la escritura.

En 2017 recibe su primer premio literario por el relato *Sueña, siente, vive*, otorgado por La Soci (La Caixa) y publicado en el libro *Mírame a los ojos* por Plataforma Editorial.

En 2018 decide enviar a Click Ediciones (Grupo Planeta) su primera novela y, comprobando que la vida la empuja a convertirse en escritora y comunicadora, en 2019 se decide a compartir con el mundo aquello que a ella misma ya le había servido, y mucho, para cumplir sus sueños, al convertir los artículos del blog en un poderoso método de desarrollo personal en el libro *Mariposa azul*.

En este momento prepara su siguiente novela, a la vez que ultima su próxima publicación inspirada en sus experiencias y conocimientos, para seguir ayudando y aportando Luz al mundo.

Luz Ros define lo que escribe como escritura positiva. «Aquí sólo encontrarás motivación, positividad y fuerza, porque es lo que siento y lo que te quiero transmitir».

Le encanta el café, las conversaciones interesantes, disfrutar de buenos momentos y enfrascarse en nuevos proyectos.

Sus mayores motivaciones son sus hijos, su familia, las buenas amistades y seguir escribiendo para que sus lectores «sientan cada pedacito de vida».